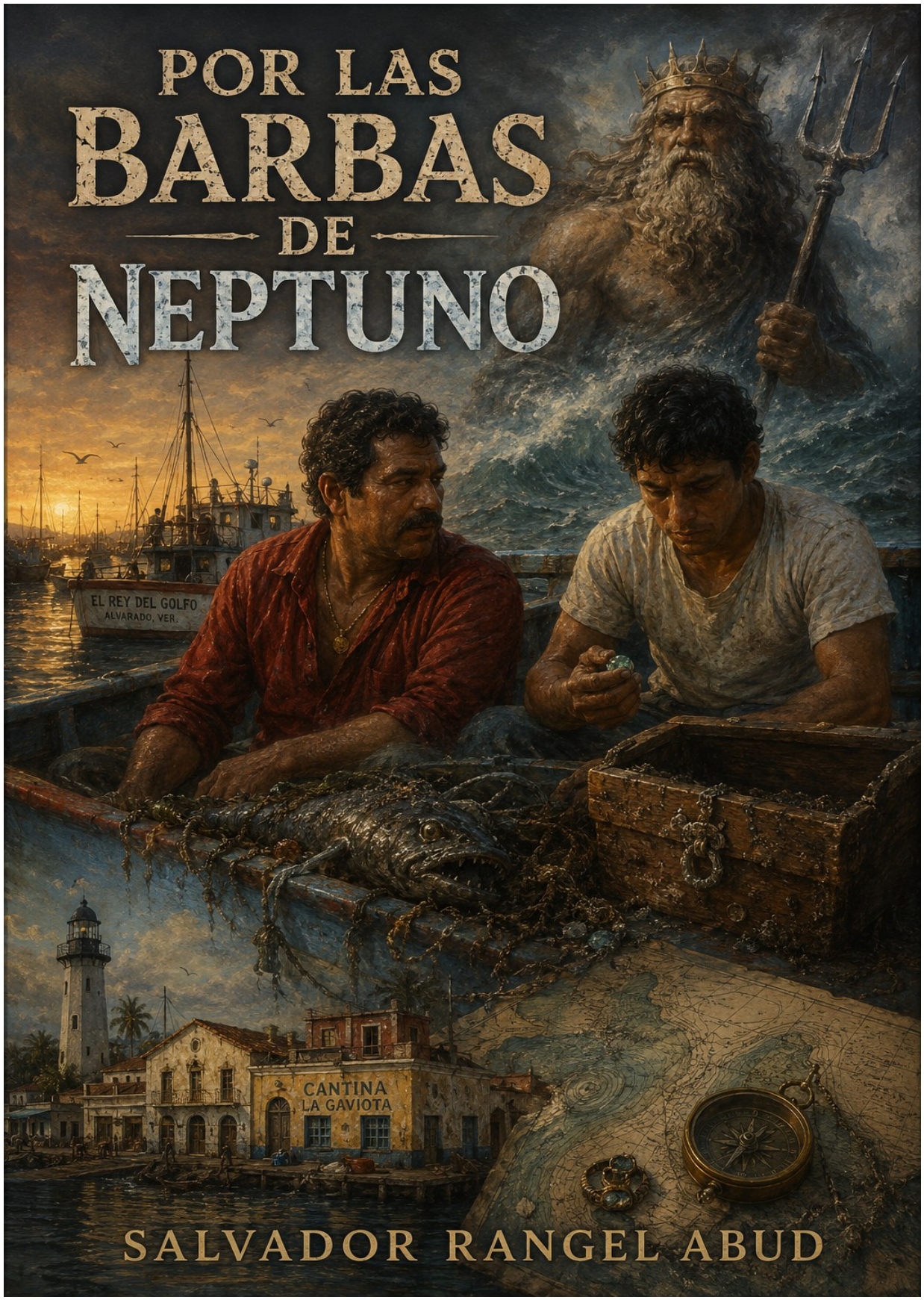
POR LAS
BARBAS
DE
NEPTUNO
EL REY DEL GOLFO
ALVARADO, VER.
CANTINA
LA GAVIOTA
SALVADOR RANGEL ABUD

Por las barbas de Neptuno
Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Alvarado, Veracruz. Tiempo presente. Onésimo Carreón Fuentes, pescador de camarón a quien todo el puerto llama el Negro, lleva cuarenta años saliendo al Golfo de México con el mismo barco desvencijado, el mismo hielo comprado fiado y la misma obstinación de los hombres que no saben hacer otra cosa con su vida que la única que han elegido. Una mañana de septiembre, en el copo de una red de arrastre ordinaria, sube una criatura que no debería estar donde la encontró: un pez rana de fondos profundos, peludo, furioso y completamente feo, que camina sobre la cubierta con sus aletas-manos con la dignidad involuntaria de un burócrata en desgracia. Onésimo lo bautiza el Licenciado Calderilla en honor al presidente municipal y lo convierte en espectáculo del puerto. Pero el pez guarda un secreto: en su estómago hay una esmeralda de origen colonial que lleva trescientos años en el fondo del Golfo. Lo que comienza como una broma de muelle se convierte en una expedición hacia las profundidades de la historia, la ambición, la lealtad y la memoria del mar. Con Pepe Alatriste, biólogo marino de sueños frustrados, el joven Tofico y Matilde Rivas, investigadora de historia marítima colonial, Onésimo descenderá al corazón de un misterio que el Golfo de México ha guardado desde 1683: el naufragio del galeón Santa Catalina de Alejandría, su cofre sellado y los secretos que la Corona española decidió que eran demasiado importantes para dejarlos flotar.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene escenas de peligro en altamar bajo condiciones de temporal, tensión derivada de la ambición de personajes con recursos económicos y poder de presión institucional, y referencias a muerte histórica en naufragio colonial. El humor popular veracruzano incluye lenguaje coloquial directo propio del ambiente portuario. No contiene violencia explícita, contenido sexual explícito ni situaciones perturbadoras de ningún tipo. Es una novela de aventura y misterio histórico con humor costumbrista, apta para lectores adultos y jóvenes adultos.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Nacido en México con raíces en Xalapa, Veracruz, su obra literaria abarca más de doscientas dos novelas publicadas en géneros que van de la narrativa histórica a la ficción de aventura, de la novela coral didáctica a la narrativa genealógica y romántica. Su escritura combina el rigor intelectual de su formación científica con una sensibilidad literaria

profundamente enraizada en la historia, la cultura y el paisaje del México contemporáneo. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Por las barbas de Neptuno

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela de aventura / Misterio histórico

Subgénero: Ficción costumbrista / Thriller de patrimonio subacuático

Extensión: Prólogo + 22 capítulos + Epílogo

Ambientación: Puerto de Alvarado, Veracruz, México. Tiempo presente y 1683

Idioma: Español

Primera edición: 2026

País de origen: México

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Por las barbas de Neptuno nació de una convicción que he sostenido desde hace mucho tiempo: que el Golfo de México es uno de los grandes personajes de la literatura mexicana que todavía no ha sido completamente escrito. Sus puertos, sus pescadores, su humor costeño, su historia de naufragios coloniales y corsarios holandeses, y esa manera específica que tiene la gente de los puertos de relacionarse con el mar como con una entidad que tiene carácter propio y que es tratada en consecuencia, todo eso merecía una novela que no fuera de exotismo turístico sino de vida real. Onésimo Carreón es un hombre que existe en todos los puertos del Golfo aunque no tenga un nombre específico en ninguno. El Licenciado Calderilla, el pez rana que desencadena la historia, existe también: los peces rana de la familia Antennariidae son criaturas reales, bentónicas, que caminan sobre el fondo con sus aletas pectorales y que de vez en cuando aparecen en redes de arrastre en aguas más someras de las que habitan normalmente. El Santa Catalina de Alejandría es ficticio, pero los galeones coloniales que el Golfo guarda en su fondo no lo son. Hay docenas de ellos ahí abajo, esperando con la paciencia que solo tienen las cosas que no saben que están esperando.

LICENCIA

Esta obra está publicada bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución no comercial del texto íntegro siempre que se cite al autor y la fuente. No se permite la modificación, transformación ni

creación de obras derivadas sin autorización expresa del autor. Para usos comerciales o editoriales, contactar a: wrangel.1352@gmail.com

---

PALABRAS CLAVE

Alvarado, Veracruz, Golfo de México, pez rana, galeón español, naufragio colonial, patrimonio subacuático, INAH, esmeralda, cofre, pescador, aventura marítima, misterio histórico, humor costumbrista, siglo XVII, arqueología subacuática, México contemporáneo, novela de aventura, ficción histórica, humor veracruzano

---

TEMAS PRINCIPALES

La memoria del mar como guardián involuntario de la historia humana. El humor popular veracruzano como forma de resistencia y de conocimiento. La confrontación entre el conocimiento empírico del pescador y el conocimiento científico del biólogo, y la fertilidad de su encuentro. La ambición organizada frente a la honestidad desorganizada, y por qué la segunda a veces gana. La identidad de los muertos históricos y el derecho de los vivos a conocerla. El patrimonio histórico subacuático como territorio en disputa entre el estado, los particulares y quienes lo descubren por accidente. La transformación de personas ordinarias cuando circunstancias extraordinarias las obligan a ser más de lo que creyeron ser. El Golfo de México como personaje activo de la historia mexicana.

CITAS DESTACADAS

"El mar no regala nada. Presta con un interés que uno tarda en entender hasta que llega la hora de pagar."

"El Licenciado Calderilla era feo, malhumorado y caminaba sobre la cubierta con una dignidad que ningún político de carne y hueso ha conseguido todavía."

"En puertos pobres, la simple posibilidad de un tesoro basta para pudrir amistades antiguas."

"Lo que está en el fondo del mar lleva mucho tiempo ahí. No tiene prisa. Los que tienen prisa son los que lo buscan. Esa prisa es la que arruina las cosas, siempre."

"No soy buen hombre en el sentido de los libros de moral. Pero hay una cosa que no hago, que es vender lo que no es mío."

"El mar es simplemente el lugar donde las cosas van cuando nadie las cuida, y donde esperan con más paciencia que cualquier ser vivo que haya decidido mirarle la cara."

"Cuando alguien finalmente llega a buscarlos, ese algo lo sabe."

COMPARACIONES LITERARIAS

Por su humor costumbrista y su retrato de la vida popular de los puertos del Golfo de México, esta novela evoca la tradición del costumbrismo veracruzano y la obra de Sergio Galindo. Por la combinación de aventura marítima, investigación histórica y antagonismo entre personajes de recursos desiguales, dialoga con las novelas de Arturo Pérez-Reverte, en particular con El tesoro del capitán Alatriste y con La carta esférica. Por su tratamiento del patrimonio histórico como objeto de disputa entre instituciones, particulares y descubridores accidentales, se aproxima a algunos momentos de Las aventuras del capitán Alatriste y a la narrativa de aventura arqueológica anglosajona del tipo de Clive Cussler, aunque con un tono considerablemente más irónico y más anclado en la realidad institucional mexicana. Por el humor del protagonista y su relación con el mar como territorio existencial, la novela tiene algo de la voz de Quino trasladada a la narrativa de puerto: la filosofía práctica del hombre que no tiene tiempo para las teorías pero que llega a las mismas conclusiones por caminos más directos.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿De qué manera el humor de Onésimo funciona como estrategia de supervivencia en un entorno económicamente precario, y cómo cambia ese humor a lo largo de la novela?

¿Qué dice la novela sobre la distancia entre el conocimiento científico formal y el conocimiento empírico de los pescadores, y cuál de los dos resulta más útil en las distintas fases del hallazgo?

¿Es Mauro Barragán un villano en el sentido convencional, o es simplemente el representante lógico de un sistema que funciona exactamente como está diseñado para funcionar?

¿Qué significa que el contenido del cofre resulte ser correspondencia diplomática sobre aranceles en lugar del tesoro que los personajes imaginaban? ¿Decepción, revelación o ambas cosas?

¿Cuál es el papel del viejo Eleazar en la novela, y qué representa su conocimiento oral frente a los instrumentos científicos de Pepe?

¿Cómo transforma el hallazgo a cada uno de los cuatro personajes principales de maneras diferentes? ¿Qué tiene en común esa transformación?

¿Qué dice la novela sobre el patrimonio histórico: a quién pertenece, quién tiene derecho a beneficiarse de él y cuál es la responsabilidad de quienes lo encuentran?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Por las barbas de Neptuno*. México, 2026. Licencia CC BY-NC-ND 4.0. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que destacan: *Xalapa de mis amores*, novela romántica ambientada en el Conservatorio de Música de la Universidad Veracruzana; *El último rojo del Soviet*, novela didáctica ambientada en la Ciudad de México en estilo Vargas Llosa; *Una España siempre en llamas*, novela coral sobre la familia Pereda Samaniego a través del siglo XX español; *Las voces de la razón*, novela coral ambientada en un seminario de La Sorbona; *La sangre del norte*, novela histórico-genealógica que traza el linaje del Barón von Wrangel hasta la familia Rangel Abud en Xalapa; *La república que pudo haberse sembrado*, novela histórica contra fáctica sobre México desde Juárez hasta el presente; y *Esto es lo que hicimos de México*, novela coral sobre la historia nacional desde sus siete ejes temáticos fundamentales.

MENSAJE FINAL

Por las barbas de Neptuno es una declaración de amor al Golfo de México y a los hombres y mujeres que viven de él y con él y a veces contra él, que lo conocen con el cuerpo antes que con la cabeza y que tienen una relación con el mar que ningún turista ni ningún oceanógrafo puede replicar completamente. Es también una historia sobre lo que ocurre cuando las personas ordinarias se topan con algo extraordinario que no pidieron y que no pueden rechazar una vez que lo tienen en las manos: la historia de cómo la curiosidad, la honestidad y la obstinación pueden resultar, en las circunstancias correctas, más eficaces que el dinero y los contactos. El Licenciado Calderilla era un pez feo. Pero fue el mensajero más improbable y más eficaz que el Golfo de México ha enviado a la superficie en varios siglos. Por sus barbas.

ÍNDICE

PRÓLOGO: El secreto del fondo
CAPÍTULO 1: El Rey del Golfo
CAPÍTULO 2: La piedra con patas
CAPÍTULO 3: El Licenciado Calderilla
CAPÍTULO 4: El malecón enloquece
CAPÍTULO 5: La muerte del monstruo
CAPÍTULO 6: El biólogo de los peces feos
CAPÍTULO 7: Lo que habita debajo
CAPÍTULO 8: Fiebre en Alvarado

CAPÍTULO 9: Redes rotas
CAPÍTULO 10: La marca en el mapa
CAPÍTULO 11: Los hombres que huelen el oro
CAPÍTULO 12: La mujer del faro
CAPÍTULO 13: Los dueños del fondo
CAPÍTULO 14: La Boca del Diablo
CAPÍTULO 15: Las luces bajo el agua
CAPÍTULO 16: El silencio de la mañana
CAPÍTULO 17: Lo que viene entre el lodo
CAPÍTULO 18: Barragán aprende a esperar
CAPÍTULO 19: El pecio respira
CAPÍTULO 20: La noche del norte
CAPÍTULO 21: El cofre de hierro
CAPÍTULO 22: Lo que el mar no regala
EPÍLOGO: Por las barbas de Neptuno

POR LAS BARBAS DE NEPTUNO

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El secreto del fondo

Golfo de México, 1683

En el año de 1683, cuando el Golfo de México era todavía una inmensidad poblada por mapas incompletos, rumores de corsarios, rutas de plata y supersticiones que los marineros repetían en voz baja para no tentar al destino, un galeón español avanzaba frente a las costas de Veracruz bajo una tormenta tan cerrada que la noche parecía haber descendido sobre el océano con todo el peso de un castigo antiguo.

El barco venía huyendo desde hacía varios días de naves piratas que lo habían seguido con paciencia de lobos desde aguas caribeñas, y aunque sus cañones habían conseguido mantener a distancia a los perseguidores, el casco llevaba heridas abiertas, las velas colgaban desgarradas y la

tripulación entendía que escapar de los hombres no significaba haber escapado del destino cuando el Golfo empezaba a cambiar de humor.

El capitán Esteban de Urrutia, endurecido por décadas de viajes entre España y el virreinato, permanecía en la cubierta principal observando la furia de las aguas con ese silencio que solamente poseen los hombres acostumbrados a reconocer antes que los demás el momento exacto en que una embarcación empieza a perder la batalla.

La lluvia caía tan espesa que apenas dejaba ver los mástiles, el viento arrancaba astillas de las jarcias y las olas golpeaban los costados del galeón con una insistencia que parecía deliberada, como si algo situado debajo de la superficie hubiese decidido arrastrar la nave hacia una zona del mar donde ningún auxilio humano podía alcanzarla.

En las bodegas viajaban riquezas suficientes para alimentar durante años la codicia de cualquier puerto: plata novohispana, cajas de monedas, porcelanas orientales traídas desde Manila por la ruta del Pacífico, sacos de cacao, joyas de familias nobles y pequeños cofres de mercancías reservadas para manos poderosas en la metrópoli. Pero entre toda aquella carga existía un objeto distinto, mucho más discreto y peligroso, un cofre de hierro custodiado desde Veracruz por órdenes directas de la Corona, cuyo contenido conocían únicamente el capitán, un funcionario real de rostro pálido y nervioso, y un sacerdote que llevaba horas murmurando oraciones sin lograr que su voz se impusiera al rugido de la tormenta.

El funcionario insistía en que aquel cofre debía salvarse aunque todo lo demás se perdiera, pero Urrutia, que conocía mejor el mar que las intrigas de palacio, sabía que en ciertas noches no se salva lo que uno quiere sino lo que el océano decide no tragarse.

La situación dentro del galeón se volvió cada vez más confusa a medida que el agua comenzó a filtrarse por las juntas vencidas del casco. Los marineros corrían entre sombras, lámparas temblorosas y tablas resbaladizas tratando de asegurar cabos, achicar agua y sostener velámenes que el viento quería arrancar de cuajo. En las bodegas inferiores, los esclavos encadenados golpeaban los mamparos inundados con una desesperación que se mezclaba con el crujido de la madera, mientras algunos soldados heridos se aferraban a barriles, cajas o imágenes religiosas como si cualquier objeto sólido pudiera convencer al mundo de no deshacerse alrededor de ellos.

Nadie necesitaba decir en voz alta que el barco estaba perdido, porque el propio galeón lo estaba anunciando con cada crujido, con cada tabla que cedía, con cada hombre que miraba a los demás buscando en sus ojos la confirmación de lo que todos ya sabían.

Cerca de la medianoche, la nave empezó a desviarse hacia una región del Golfo que los pilotos más viejos evitaban por instinto y por memoria colectiva, una extensión de aguas profundas que algunos llamaban la Boca del Diablo y otros preferían no nombrar en absoluto, no tanto por miedo a una leyenda específica como por respeto a esa sabiduría antigua de los

navegantes que sabe reconocer los lugares donde el mar se comporta de manera diferente al resto del mundo.

Las corrientes se torcieron con violencia, la brújula perdió toda obediencia y el timón dejó de responder con la docilidad acostumbrada, de modo que el capitán comprendió que la tormenta no estaba simplemente empujándolos hacia alguna orilla sino entregándolos a un fondo desconocido con la indiferencia de quien cumple una tarea que no le corresponde juzgar.

El funcionario real, que durante el viaje había custodiado el cofre con una vigilancia casi supersticiosa, fue el primero en perder la compostura. Se aferró al brazo de Urrutia en la cubierta y le habló al oído con una urgencia que el capitán no pudo escuchar por completo entre el ruido del viento, aunque entendió perfectamente el sentido: aquel cofre no debía llegar a manos enemigas.

Urrutia lo apartó con la brusquedad de quien tiene cosas más urgentes en qué pensar que los miedos de un burócrata, y dio sus órdenes con la calma forzada de los capitanes que saben que el pánico visible en el mando es más peligroso que cualquier tormenta.

Antes de que la nave se rindiera por completo, Urrutia ordenó asegurar el cofre de hierro en la estructura más profunda de la bodega central, no con la esperanza de salvarlo sino con la amarga lucidez de impedir que su contenido quedara flotando entre restos, cadáveres y tablas rotas donde cualquier mano pudiera alcanzarlo. Mientras varios hombres lo arrastraban con dificultad entre el agua que ya llegaba a las rodillas y la oscuridad rota apenas por una linterna que se apagaba y volvía a encenderse con cada sacudida del barco, una joven aristócrata que regresaba a España con su familia perdió el equilibrio sobre la cubierta inclinada.

Al intentar sujetarse de una cuerda empapada, vio escapar de su mano un anillo de oro antiguo coronado por una esmeralda de un verde tan profundo que en las noches tranquilas del Atlántico había parecido contener dentro de sí misma la memoria de todos los mares por los que había viajado. La joya rodó lentamente entre agua, sangre y fragmentos de madera hasta desaparecer por una abertura hacia las entrañas del barco, y la joven intentó seguirla como quien intenta rescatar no un objeto sino la última prueba de que perteneció a un mundo ordenado, pero el golpe de otra ola sacudió la cubierta y la arrastró hacia la confusión donde ya no era posible distinguir entre tripulantes, equipaje, madera rota y espuma negra.

Casi al mismo tiempo, el galeón comenzó a hundirse con una lentitud que tenía algo de ceremonia y mucho de condena. Primero se inclinó como si aún quisiera resistir, mostrando durante un instante interminable el costado entero a las olas que lo golpeaban, y luego cedió por completo al peso del agua que invadía camarotes, bodegas, escaleras y corredores con la paciencia metódica de quien sabe que tiene todo el tiempo del mundo.

Las campanas sonaron sin mano humana que las tocara. Los hombres gritaron nombres que nadie alcanzó a responder. Y el océano terminó

cerrándose sobre los mástiles con la misma indiferencia con que se cierra sobre cualquier cosa que cae en él, sin importar si lo que cae es madera, plata, carne o la esperanza de quienes creyeron hasta el último momento que el mar distingue entre los inocentes y los culpables.

Con los siglos, el naufragio dejó de pertenecer a los hombres y pasó a formar parte del fondo marino con la misma naturalidad con que las cosas olvidadas terminan siendo parte del paisaje del olvido. El limo cubrió los tablones con paciencia mineral. El coral se adueñó de las formas rotas del casco y las transformó en arrecife, en hábitat, en territorio ajeno a cualquier disputa humana.

Las corrientes escondieron los restos bajo capas de sedimento que se acumularon durante décadas y luego durante siglos, y los animales de profundidad hicieron de los camarotes destruidos y las bodegas desfondadas un mundo propio donde ya no importaban ni la Corona ni los piratas ni los linajes ni las oraciones pronunciadas durante la última noche de un barco que el mundo acabó olvidando porque el mundo siempre acaba olvidando lo que el mar se lleva.

Allí, en la oscuridad donde la memoria humana se vuelve inútil y el tiempo adopta la lentitud de las cosas que no necesitan apresurarse, siguieron descansando el cofre de hierro con sus secretos intactos, el anillo de oro con su esmeralda antigua, y los huesos de quienes habían tenido la mala fortuna o la mala estrella o simplemente el mal momento de estar a bordo cuando el Golfo de México decidió que aquella noche no habría misericordia para ninguna embarcación que se aventurara demasiado cerca de la Boca del Diablo.

Tres siglos y algo más tarde, el mundo que existía sobre aquellas aguas cambió de maneras que nadie a bordo del galeón habría podido imaginar: cayeron imperios, nacieron naciones, los mapas se redibujaron docenas de veces, los hombres inventaron máquinas capaces de volar sobre el mismo cielo donde aquella noche solo había relámpagos y desesperación, y el Golfo de México pasó de ser una frontera del mundo conocido a convertirse en ruta de petróleo, de turismo, de migración y de pesca comercial.

Sobre la Boca del Diablo navegaron camaroneros, lanchas de motor, barcos de carga y ocasionales veleros de recreo cuyos tripulantes no tenían la menor idea de lo que descansaba en el fondo ese mar a veces tranquilo, a veces monstruosamente furioso, pero siempre arcano a los ojos de todos.

El cofre de hierro esperó con la paciencia que solo tienen las cosas que no saben que están esperando. La esmeralda del anillo perdido brilló durante siglos en la oscuridad perfecta del fondo marino, tan ajena al valor que los hombres le atribuían como lo era el limo que la cubría o el cangrejo que ocasionalmente pasaba sobre ella sin detenerse.

Estaba allí, hasta que una criatura pequeña, fea, obstinada y completamente ajena a cualquier historia humana, nacida para vivir entre sombras, lodo y presas que no se ven venir, se lo tragó por accidente con su esmeralda

antigua y comenzó sin saberlo el largo, ridículo y completamente improbable regreso de aquella historia hacia la superficie.

CAPÍTULO 1

El Rey del Golfo

Puerto de Alvarado, Veracruz. Madrugada de septiembre

El café de Onésimo era negro como pecado mortal y suficientemente amargo para despertar a un muerto, que era exactamente la intención con que lo preparaba cada madrugada desde hacía más años de los que le convenía contar. Lo bebía de pie, frente a la ventana que daba al callejón oscuro donde los gatos del puerto peleaban sus guerras silenciosas. Tenía una concentración que cualquier observador externo habría confundido con meditación profunda y que en realidad no era otra cosa que el esfuerzo de un hombre de cincuenta y tantos años por convencer a su cuerpo de que tenía ganas de enfrentar otro día.

El cuerpo casi siempre terminaba convenciéndose. Pero cada vez le costaba más.

Onésimo Carreón Fuentes, a quien todo Alvarado llamaba el Negro con esa familiaridad costeña que mezcla cariño, burla y costumbre sin distinguir claramente entre las tres, era pescador de camarón desde los dieciséis años, propietario de un pequeño barco que llevaba dos décadas sobreviviendo milagrosamente a las tormentas del Golfo, deudor crónico de la cooperativa pesquera, pretendiente persistente y rechazado de Celia Mondragón, y hombre conocido en todos los expendios de cerveza del puerto desde la bocana hasta el mercado.

Era, en resumen, una figura. No una figura importante en ningún sentido que los libros de historia pudieran reconocer, sino una figura en el sentido más local y más verdadero de la palabra: alguien cuya presencia modifica ligeramente el tono de cualquier lugar donde entra, para bien o para mal según el humor del día.

Terminó el café, enjuagó la taza con el agua que quedaba en el bote de plástico azul que hacía las veces de tinaco provisional desde hacía dos temporadas, y salió al callejón con las llaves del barco en la mano y una gorra de beisbol tan desgastada que el equipo que alguna vez representó era ya imposible de identificar. Afuera, Alvarado olía como olía siempre antes del amanecer: a agua salada, a gasolina, a pescado con distintos grados de frescura y a esa humedad específica del Golfo que se instala en la ropa y en el pelo y en la memoria de quien nace cerca del mar y nunca termina de irse aunque quiera.

El muelle lo recibió con su ruido de siempre. Motores que tosían. Cadenas que arrastraban. Voces de pescadores que se insultaban afectuosamente mientras cargaban hielo o revisaban redes o simplemente existían en ese espacio de madrugada donde los hombres del mar son más ellos mismos

que en ningún otro momento del día porque todavía no ha llegado nadie de tierra adentro a complicar las cosas.

—Negro, te dejaron un recado del inspector —dijo un hombre que pasaba cargando una caja de unicel sin mirarlo.

—Dile que se vaya a chingar a su madre de mi parte —respondió Onésimo, con la misma naturalidad con que otro hombre habría dicho buenos días.

—Ya se lo dije la semana pasada.

—Pues repíteselo. El ejercicio hace bien.

El Rey del Golfo, como se llamaba su bote, estaba donde siempre estaba, atracado en el lugar número siete del muelle de la cooperativa, entre la lancha de los hermanos Zepeda y el casco oxidado de un barco que había dejado de salir a pescar hacía dos años y que su dueño se negaba a vender por una combinación de orgullo y de la esperanza ilógica de que alguna mañana amaneciera reparado por milagro.

El camaronero de Onésimo no era hermoso ni había sido nunca nuevo, pero tenía algo que los barcos adquieren cuando sobreviven suficiente tiempo junto a alguien: una personalidad. Era un barco de madera de diez metros con la cabina pintada de azul en algún momento remoto que el sol y la sal habían ido convirtiendo en un azul cada vez más hipotético, el casco reparado con tablones de distintos calibres y distintas épocas que le daban al conjunto un aspecto de criatura parchada, el motor fuera de borda que Onésimo conocía tan bien como conocía sus propios defectos y que funcionaba siempre, aunque a veces tardara varios intentos en convencerse de hacerlo.

Tofico ya estaba a bordo, sentado en la popa con una torta en la mano y los ojos todavía a medio abrir.

Tofico, cuyo nombre completo era Cristóbal Fortunato Iniesta pero que respondía únicamente al apodo desde que Onésimo lo había bautizado así en su primera semana de trabajo sin que nadie hubiera pedido opinión al respecto, tenía veintidós años, el cuerpo flaco de quien come menos de lo que trabaja, y esa mirada de despierto-pero-fingiendo que tienen los jóvenes cuando están aprendiendo algo y prefieren que el maestro no sepa exactamente cuánto han aprendido ya. Llevaba ocho meses trabajando en El Rey del Golfo, que en el vocabulario de Onésimo significaba ocho meses de insultos educativos, correcciones a gritos y una enseñanza práctica del oficio de pescar que ningún manual escrito habría podido replicar aunque lo intentara.

—¿Compraste el hielo? —preguntó Onésimo subiendo a bordo.

—Cincuenta kilos. De los que estaban vendiendo en el muelle tres.

—¿Y la carnada?

—También.

—¿Revisaste las redes?

—Desde anoche.

—¿Y?

—La de media aguas tiene un descosido en el ala derecha que había que remendar antes de tirarla, si no se iba a abrir más.

—¿La cosiste entonces? —le dijo simplemente ante el asentimiento con la cabeza de Tofico.

Onésimo lo miró con la expresión de quien evalúa si una respuesta merece un insulto o un reconocimiento, y terminó no dando ninguno de los dos, que para Tofico equivalía a un elogio.

Pasaron la siguiente media hora cargando el hielo, acomodando los aparejos, revisando el combustible y haciendo todas aquellas cosas pequeñas y necesarias que preceden a cualquier salida al mar y que los pescadores realizan con la automaticidad de los rituales: no porque cada paso sea estrictamente indispensable sino porque el orden de la preparación es también una forma de respeto hacia lo que viene después. El Golfo no perdonaba la improvisación. O la perdonaba a veces, pero de una manera que uno no siempre terminaba de agradecer.

Cuando el motor arrancó al tercer intento con su tos característica que luego se convertía en un ronroneo irregular pero confiable, Onésimo soltó amarras y El Rey del Golfo empezó a alejarse del muelle con esa lentitud cargada de intención que tienen los barcos de trabajo cuando saben adónde van.

El puerto quedó atrás poco a poco: las luces del malecón, el letrero apagado de la cantina de Celia, el tanque de agua de la cooperativa, la silueta del mercado todavía cerrado. Alvarado en la madrugada, era una ciudad que se despedía de sus hombres de mar sin hacer demasiado aspaviento, como quien ha repetido el mismo gesto demasiadas veces para seguir emocionándose con él.

El Golfo los recibió como siempre los recibía: sin ceremonia y sin promesas.

Onésimo conocía cada tramo de ese trayecto con la intimidad del que ha recorrido el mismo camino muchísimas veces y ha aprendido no solo la ruta sino todos los estados de ánimo posibles de ese camino. Sabía cómo se veía el horizonte cuando iba a cambiar el tiempo, reconocía la diferencia entre el color del agua sobre bancos de arena y el color del agua sobre fondos de lodo, podía leer en el comportamiento de las fragatas y los pelícanos si había cardúmenes activos o si el mar estaba en uno de esos días de indiferencia en que los peces parecen haber acordado colectivamente no aparecer.

No era ciencia, o mejor dicho, no era únicamente ciencia: era algo más antiguo y más difícil de explicar, esa forma de conocimiento que los hombres acumulan cuando llevan suficiente tiempo haciendo la misma cosa en el mismo lugar sin que ese lugar sea nunca exactamente el mismo.

Aquella mañana el Golfo parecía tranquilo. Quizá demasiado tranquilo, de esa manera específica que los pescadores viejos aprendían a desconfiar

porque el mar, cuando se porta muy bien sin razón aparente, suele estar tramando algo.

—¿A dónde vamos hoy? —preguntó Tofico desde la popa.

—Al banco de los Tres Palos primero. Si no hay nada, seguimos hacia el fondo de la ensenada.

—El viejo Pascual dice que por el fondo de la ensenada no hay camarón desde abril.

—El viejo Pascual dice muchas cosas. La mitad son ciertas y la otra mitad las dice para que nadie le quite el lugar cuando hay camarón de verdad.

Tofico consideró eso un momento.

—¿Y cómo sabe uno cuál mitad es cuál?

—Yendo a ver —dijo Onésimo.

Era la respuesta más honesta que podía dar, y probablemente la más útil, aunque Tofico todavía tardaría años en entender completamente qué significaba. En el oficio de la pesca, como en casi todos los oficios que dependen de fuerzas que el hombre no controla del todo, la única epistemología confiable era la del cuerpo presente en el lugar y el momento correctos, dispuesto a equivocarse y a aprender del error y a volver a salir mañana con el mismo motor tosiendo y el mismo hielo comprado fiado y las mismas redes que necesitan remiendo.

El sol empezó a aparecer sobre el horizonte del oriente con esa gradualidad que tiene en el Golfo, primero como una promesa naranja sobre el agua quieta, luego como una certeza dorada que encendía los mástiles de las embarcaciones que salían al mismo tiempo desde distintos puntos del puerto.

Onésimo condujo el barco hacia el banco de los Tres Palos sin apresurarse, fumando el primero de los cinco cigarros que se permitía al día, mirando el agua con la atención distraída del experto que ya no necesita mirar con esfuerzo porque su ojo ha aprendido a registrar sin que la mente le pida permiso.

No sabía todavía, claro, lo que esa mañana iba a sacar de las profundidades del Golfo.

Nadie lo sabía. Ni siquiera el Golfo, si es que el Golfo sabe algo de lo que guarda en sus tripas. Aunque hay pescadores viejos de Alvarado que juraría que sí sabe, y que simplemente espera el momento adecuado para devolver cada cosa.

Y esa mañana de septiembre, por razones que ningún hombre de ciencia ni ningún hombre de fe habría podido explicar satisfactoriamente, el Golfo de México había decidido que el momento adecuado para devolver una parte muy específica de su historia era ese día, en esa red, en ese barco desvencijado conducido por un pescador que se llamaba Onésimo y a quien todo el puerto llamaba el Negro, y que en ese momento no pensaba en

ninguna de las cosas extraordinarias que podían cambiarle la vida, sino en si el viejo Pascual tenía razón sobre el camarón de la ensenada, o si Celia Mondragón le iba a aceptar finalmente la invitación a cenar que le había extendido con diversas variaciones durante los últimos cuatro años sin éxito alguno.

CAPÍTULO 2

La piedra con patas

A bordo de El Rey del Golfo, altamar

El banco de los Tres Palos resultó ser exactamente lo que el viejo Pascual había prometido implícitamente al no decir nada sobre él: una zona de arrastre decente, sin grandes sorpresas, con camarón suficiente para justificar el combustible y el hielo pero no suficiente para que nadie fuera a ponerse contento. Onésimo tiró el copo tres veces en distintos puntos del banco y las tres veces la red subió con una mezcla de camarón café, jaibas medianas, algunos peces de descarte y esa basura oceánica que el Golfo devuelve sin explicación ni disculpa: trozos de cuerda de colores indefinibles, bolsas de plástico que habían completado algún viaje improbable desde alguna costa lejana, fragmentos de fibra de vidrio, una sandalia de plástico rojo sin pareja que Tofico examinó brevemente antes de tirarla de vuelta.

—Si encontramos la otra hacemos juego —dijo Onésimo.

—No son de su número, patrón.

—¿Y cómo sabes cuál es mi número?

—Porque las suyas están en la cabina y son azules.

—Me caen de la chingada los chamacos observadores.

Tofico sonrió solamente.

Al mediodía, con el hielo a la mitad y el sol castigando la cubierta con esa generosidad brutal que tiene en septiembre sobre el Golfo, Onésimo decidió mover el barco hacia el fondo de la ensenada. No porque creyera del todo que el camarón estuviera ahí —el viejo Pascual podía estar equivocado y podía estar mintiendo, y en cualquiera de los dos casos el resultado práctico era el mismo— sino porque quedarse en el banco de los Tres Palos una cuarta vez producía en él una irritación de principios que prefería no analizar demasiado.

Onésimo Carreón Fuentes era muchas cosas, pero hombre de rutina exactamente repetida no era. El mar lo había educado en la convicción de que repetir el mismo movimiento esperando distinto resultado era tanto una estupidez como una falta de respeto hacia el Golfo, que tenía sus propias ideas sobre cuándo y dónde había camarón y no estaba obligado a compartirlas.

El fondo de la ensenada quedaba a cuarenta minutos de navegación hacia el sur, en una zona donde el agua cambiaba de color de manera perceptible:

del verde azulado de los bancos de arena al verde oscuro con reflejos casi negros que señalaba fondos de lodo profundo donde el camarón café solía enterrarse durante el calor del día y salía a alimentarse al anochecer. Era un lugar que Onésimo conocía bien, o creía conocer bien, que en el mar no es exactamente lo mismo pero sirve.

Tiró el copo una vez cerca del borde del color oscuro, esperó el tiempo reglamentario, y comenzó a recoger.

La red subió pesada. Más pesada de lo que el color del agua prometía, más pesada de lo que el banco de los Tres Palos había dado en todo el día. Onésimo y Tofico trabajaron el winche con la concentración práctica de quienes saben que una red muy pesada puede significar buena pesca o puede significar que engancharon algo que no debían haber enganchado, y que la diferencia entre las dos posibilidades se resuelve solamente cuando el copo llega a la superficie y uno puede ver lo que hay dentro.

Lo que había dentro era camarón. Bastante camarón, suficiente para mejorar el día de manera considerable. También había jaibas, algunos huachinangos pequeños que no alcanzaban la talla mínima y que había que devolver aunque nadie en la cooperativa fuera a verificarlo, fragmentos de coral arrancados del fondo, lodo en cantidades generosas y una selección habitual de objetos que el mar conserva en sus fondos con una fidelidad que los hombres raramente le reconocen: otra sandalia —esta vez sin color identificable—, varios fragmentos de malla de una red más antigua, una botella de refresco con la etiqueta completamente borrada, y un bulto.

El bulto fue lo que detuvo a Tofico.

No era grande. Tenía el tamaño aproximado de un melón chico, o de una pelota de fútbol algo aplastada, y estaba cubierto por una combinación de lodo, algas adheridas y lo que parecía ser una especie de filamentos color amarillo sucio que en un primer momento Tofico confundió con fibra de alguna red vieja. Lo vio moverse cuando ya había apartado dos kilos de camarón a su alrededor, y se quedó con la mano detenida en el aire mirándolo con la expresión de alguien que ha tocado algo y no está del todo seguro de haberlo hecho.

—Patrón —dijo.

—¿Qué.

—Esto se mueve.

—Todo se mueve en el mar, Tofico. El problema son las cosas que no se mueven.

—No, digo que esto se mueve diferente.

Onésimo se acercó sin dejar de tirar camarón hacia la caja de hielo, miró el bulto con la atención rápida del experto, y se detuvo.

Se detuvo porque el bulto tenía ojos.

No unos ojos simpáticos ni unos ojos particularmente expresivos: eran dos esferas de un amarillo oscuro con pupila negra fija, redonda y perfectamente inmóvil, que miraban hacia arriba con una expresión que, si hubiera que traducirla al lenguaje humano, caería en algún punto entre la indignación profunda y el desprecio absoluto. Debajo de esos ojos había una boca. La boca era desproporcionada para el tamaño del cuerpo, ancha, ligeramente curvada hacia abajo en las comisuras, y en el momento en que Onésimo se inclinó a observarla se abrió despacio para mostrar una garganta de un rosa oscuro poco tranquilizador.

—Madre santa —dijo Tofico, retrocediendo dos pasos.

La criatura se movió entonces con una lentitud que tenía algo de deliberado y algo de dificultad genuina, empujando el lodo y los camarones a su alrededor con lo que resultaron ser unas aletas pectorales musculosas y cortas que funcionaban de una manera que ninguna aleta tenía derecho a funcionar: como manos. No exactamente como manos humanas, pero con una independencia de movimiento y una intención de desplazamiento que hacían inevitable la comparación. La cosa caminó. Dos pasos torpes, lentos, con la cabeza levantada y esa boca todavía abierta, hacia la orilla de la cubierta, con la actitud general de alguien que ha llegado a un lugar que no era su destino y está evaluando las opciones disponibles.

Onésimo la miró “caminar”.

La miró caminar durante cinco segundos completos, que en circunstancias normales habrían sido suficientes para que dijera algo, porque Onésimo Carreón Fuentes no era hombre de silencios prolongados. Pero esos cinco segundos fueron de silencio auténtico, del tipo que se produce cuando el cerebro está ocupado procesando información que no tiene categoría disponible y no puede liberar recursos para la producción de palabras al mismo tiempo.

Al sexto segundo habló.

—Oye —le dijo a la criatura.

La criatura abrió más la boca, como si fuera a responder, y no respondió nada.

—¿De dónde chingao saliste tú?

Tampoco respondió eso. Siguió caminando hacia la orilla con sus aletas-manos, ignorando a Onésimo con la indiferencia de los animales que no han sido entrenados para fingir que les importan los seres humanos.

Tofico seguía en su extremo de la cubierta con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba el asco con algo que habría preferido no identificar como miedo pero que sin duda lo era.

—Patrón, eso es venenoso. O está maldito. O las dos cosas.

—No está maldito. Las cosas malditas no caminan así, caminan diferente.

—¿Y cómo sabe usted cómo caminan las cosas malditas?

—Porque he conocido muchos políticos más malos que el aguardiente de Camilo.

Onésimo se puso en cuclillas frente a la criatura, que se había detenido a unos treinta centímetros de la orilla de la cubierta y lo miraba con sus ojos fijos y furiosos. Era, objetivamente hablando, uno de los animales más feos que había visto en cuarenta años de pesca, y Onésimo había visto cosas considerablemente feas.

El cuerpo era redondo y aplastado, cubierto de esos filamentos amarillos que desde cerca resultaban ser una especie de piel dérmica muy texturizada que se parecía vagamente a un tapete húmedo. La cabeza era casi tan ancha como el cuerpo. La boca volvió a abrirse cuando Onésimo se acercó, y esta vez mostró también unos dientes pequeños y curvados hacia adentro que no eran amenazantes exactamente pero tampoco eran tranquilizadores.

—Licenciado… —dijo Onésimo.

Tofico lo miró.

—¿Qué dice…?

—Que parece un licenciado. Míralo. La misma cara de importancia, el mismo disgusto general con todo, la misma costumbre de abrir la boca sin decir nada útil.

—¿Cuál licenciado?

—El presidente municipal… el Calderilla. Míralo bien y dime que no.

Tofico miró al animal con más atención de la que habría querido dedicarle. Luego miró a Onésimo. Luego volvió al animal.

—Sí —admitió sonriendo—. Un poco si le parece.

—Un poco no. Exactamente es Calderilla este hijo de la chingada…

La criatura abrió la boca de nuevo y la cerró, con ese movimiento lento y solemne que tenía, y Onésimo soltó una carcajada que salió de algún lugar genuinamente alegre, de esos lugares que en los hombres de su tipo permanecen cerrados la mayor parte del tiempo y se abren únicamente cuando algo verdaderamente absurdo y verdaderamente inesperado se presenta a demostrar que el mundo todavía tiene recursos.

—Licenciado Calderilla —anunció Onésimo al Golfo, al cielo y a Tofico—. Ha sido usted capturado en aguas mexicanas por una autoridad debidamente constituida. Tiene derecho a una cubeta de agua. Todo lo que diga o haga podrá ser usado en su contra.

—Patrón, en serio, eso puede ser venenoso.

—Si fuera venenoso ya nos habría picado o mordido...

—O no ha encontrado cómo.

—Tofico, tráeme la cubeta azul grande y llénala de agua de mar.

—¿Para qué?

—Para que el Licenciado viaje cómodo.

Tofico lo miró durante un momento con la expresión de alguien que está evaluando si tiene suficiente autoridad moral para negarse a algo, llegó a la conclusión correcta de que no la tenía, y fue por la cubeta. Mientras la llenaba asomando el balde por la borda, miraba al animal de reojo con la precaución de quien no descarta del todo las teorías sobre cosas malditas.

La criatura, por su parte, había dejado de intentar llegar a la orilla y se había instalado en el centro de la cubierta con la resignación de los seres que han comprendido que su situación no va a mejorar en el corto plazo y que la dignidad es lo único que les queda. Tenía los ojos fijos en Onésimo con una intensidad que, en un ser humano, habría indicado que estaba memorizando una cara para ajustar cuentas en otro momento.

Onésimo le sostuvo la mirada sin problema.

Llevaba cuarenta años mirando el Golfo de frente. Un pez peludo con aspiraciones políticas no iba a intimidarlo.

Cuando Tofico trajo la cubeta llena, entre los dos maniobraron para meter a la criatura dentro sin que ninguno de los dos pusiera las manos demasiado cerca de esa boca ancha y curvada. El animal entró al agua con un movimiento que tenía algo de alivio y algo de protesta, se instaló en el fondo de la cubeta mirando hacia arriba, y abrió y cerró la boca tres veces seguidas con un ritmo que Onésimo decidió interpretar como una queja formal ante la situación.

—Ya sé, Licenciado —le dijo—. La democracia es hoy una pinche mentira… una porquería…y tú no querías estar aquí. Pero ahora te chingas.

Tofico, a pesar de sus reservas, sonrió.

El Rey del Golfo emprendió el regreso a Alvarado con el camarón en el hielo, la cubeta azul asegurada con una cuerda en la popa, y Onésimo al timón pensando que aquella jornada, que había comenzado como una jornada mediocre de pesca en un banco sin grandes promesas, había terminado produciendo algo que ningún precio de camarón podía medir y que todavía no sabía exactamente qué era, pero que tenía la forma inconfundible de una historia.

CAPÍTULO 3

El Licenciado Calderilla

Puerto de Alvarado, días siguientes

El regreso de El Rey del Golfo al muelle de la cooperativa no fue silencioso. Onésimo Carreón Fuentes era incapaz de guardar un secreto que tuviera gracia, y la criatura que traía en la cubeta azul era la cosa más graciosa que había encontrado en cuarenta años de pesca, incluyendo la vez que sacó un calzón de mujer en la red cerca del rompeolas y nadie del puerto quiso reclamar su propiedad aunque tres hombres tuvieron ese día una expresión particularmente culpable.

Empezó a gritar desde que el barco entró por el canal.

—¡Vengan a ver! ¡Traigo al presidente municipal! ¡Salió del fondo del Golfo y ya entendemos por qué!

Los primeros en acercarse fueron los muchachos que siempre andaban por el muelle sin propósito definido, luego los pescadores que estaban descargando en el muelle contiguo, luego dos mujeres que venían del mercado y que se detuvieron por curiosidad antes de que su sentido práctico les recomendara seguir caminando, y luego, irremediablemente, todo el mundo que no tenía algo urgente que hacer en ese momento, que en Alvarado a media tarde era bastante gente.

Onésimo bajó la cubeta al muelle con una ceremonia que habría resultado ridícula en cualquier otro contexto y que en Alvarado resultó perfectamente apropiada.

—Damas y caballeros —anunció, con el tono de un presentador de circo que ha bebido lo suficiente para creer en su propio espectáculo—. El Licenciado Calderilla, presidente municipal de este municipio, captado en su hábitat natural en las profundidades del Golfo de México, donde aparentemente lleva viviendo desde antes de las últimas elecciones, lo cual explicaría varias cosas de la gestión municipal.

La carcajada fue inmediata y colectiva, de esas risas que recorren un grupo como una ola y que no requieren que todo el mundo haya entendido exactamente el chiste para funcionar, porque el chiste en cuestión era tan específico y tan reconocible para cualquier habitante del municipio que bastaba con escuchar el nombre para que el resto se completara solo.

La criatura, dentro de la cubeta, miraba hacia arriba con sus ojos fijos y furiosos y abría y cerraba la boca con esa solemnidad lenta que ya era su característica más reconocible.

—¡Está hablando! —gritó un niño.

—Está diciendo que necesita un aumento de sueldo —dijo Onésimo.

—¡Es igualito!

—Es igualito pero más honesto —confirmó Onésimo—. Miren cómo camina.

Inclinó levemente la cubeta para que el animal pudiera apoyar sus aletas sobre el fondo con mayor facilidad, y la criatura, con esa dignidad involuntaria de los seres que no saben que son cómicos, avanzó dos pasos torpes en el agua turbia mientras la audiencia reaccionaba con una mezcla de espanto y regocijo que es exactamente la respuesta correcta ante la fealdad cuando la fealdad se presenta con suficiente convicción.

En la cantina de Celia Mondragón, que quedaba a treinta metros del muelle y cuya puerta siempre estaba abierta en los horarios donde el calor de Alvarado hacía el interior más tolerable que la sombra de cualquier árbol, el ruido llegó antes que la explicación. Celia salió a la puerta a ver qué pasaba con la expresión de alguien que ha visto suficientes cosas raras en su vida

como para no escandalizarse fácilmente pero que tampoco quiere perderse nada que valga la pena.

Vio la cubeta. Vio a Onésimo. Vio la multitud.

Volvió adentro.

Tres minutos después Onésimo apareció en la puerta de la cantina con la cubeta.

—Celia, mira lo que encontré.

—Ya lo vi.

—¿Y?

—Y que no me lo metas aquí.

—Solo quiero que lo veas de cerca.

—Ya lo vi de lejos y con eso tengo. —Celia era una mujer de cuarenta y ocho años con el pelo recogido siempre en un chongo que nunca terminaba de estar perfectamente ordenado ni perfectamente desordenado, la mirada de alguien que ha escuchado demasiados cuentos para creer los nuevos sin antes revisarlos, y una tolerancia hacia Onésimo que ella misma definiría como resignación y que cualquier observador externo identificaría como algo más complicado—. ¿De dónde salió eso?

—Del Golfo. Fondo de la ensenada.

—¿Y por qué lo trajiste?

—Porque se parece al presidente municipal.

—Onésimo, un bagre con sombrero se parecería al presidente municipal. Eso no es razón suficiente.

—También camina.

Celia lo miró.

—¿Cómo que camina?

—Con las aletas. Como persona. Ven, te lo muestro.

—No quiero que me lo muestres.

—Celia.

—Que no.

—Cinco minutos.

—Llévalo al veterinario.

—En Alvarado no hay veterinario.

—Entonces llévalo a donde llevan las cosas raras.

—Las cosas raras las traen aquí.

Celia cerró los ojos durante un segundo con la paciencia de alguien practicando una técnica de meditación que nunca ha aprendido formalmente pero que la vida le ha enseñado por necesidad.

—Onésimo. ¿Qué quieres exactamente?

—Quiero que lo veas. Y quiero una cerveza.

—La cerveza te la doy. El bicho se queda afuera.

El animal pasó esa primera noche en la cubeta azul frente a la cantina de Celia, que era el punto de mayor tránsito social del puerto en las horas de la tarde y la noche, y que por lo tanto convirtió al Licenciado Calderilla en el tema de conversación de todo Alvarado antes de que oscureciera. Los pescadores que llegaban después de sus jornadas se detenían a verlo con una mezcla de asco y fascinación que es la respuesta más honesta ante la fealdad genuina. Los niños querían tocarlo y los adultos se los impedían no porque supieran que era peligroso sino porque la precaución ante lo desconocido es uno de los instintos más saludables de la humanidad. Las mujeres lo miraban con la distancia prudente de quien no quiere que le cuenten que se acercó. Los hombres se acercaban más pero hacían comentarios desde una distancia que todavía les permitiera retroceder con dignidad si el animal decidía moverse en su dirección.

Tofico lo observaba todo desde una banca del muelle con la expresión del que ha participado en algo y todavía no ha decidido si está orgulloso de ello o no.

—¿Y si es venenoso de verdad? —le preguntó a Onésimo cuando el patrón pasó junto a él con una cerveza nueva.

—Entonces alguien lo va a descubrir.

—¿Y si soy yo?

—Entonces lo descubriste tú. Eso también tiene su valor.

—Patrón, eso no es tranquilizador.

—Tofico, la vida no es tranquilizadora. El mar tampoco. Aprende a vivir con eso y te irá mejor.

El muchacho consideró esta filosofía durante un momento.

—¿Y si lo devolvemos al mar?

—¿Ahora? Ya es noche. Mañana vemos.

Pero no lo devolvieron al día siguiente, porque al día siguiente la historia del Licenciado Calderilla había llegado ya a los oídos del presidente municipal verdadero, cuyo nombre completo era Epifanio Calderilla Bocanegra y quien tenía, entre otras características, una vanidad que había sobrevivido a veinte años de política local sin sufrir ningún daño digno de mención.

El presidente se enteró del apodo por boca de su secretaria, quien a su vez lo había escuchado de su cuñado, quien lo había escuchado en la cantina de Celia, y la cadena de transmisión había conseguido llegar de la cubeta azul al despacho municipal en menos de dieciocho horas, que era una velocidad de circulación de la información perfectamente normal en Alvarado para cualquier noticia que tuviera el nivel adecuado de vergüenza pública.

El presidente no convocó una conferencia de prensa para desmentir el parecido. No podía, porque hacerlo habría confirmado que el parecido le preocupaba, lo cual habría confirmado el parecido. En cambio optó por la estrategia alternativa de los hombres públicos heridos en su vanidad que no pueden atacar directamente: mandar a sus subordinados a complicarle la vida al ofensor mediante procedimientos de apariencia administrativa.

Al tercer día de la presencia del Licenciado Calderilla en el muelle, apareció un inspector de sanidad portuaria que quería revisar las condiciones higiénicas de El Rey del Golfo. Al cuarto día llegó un empleado de la cooperativa a preguntar por el estado de la cuota mensual de Onésimo. Al quinto día, un funcionario de recursos naturales se interesó por la especie exacta del animal capturado y por si existía algún permiso específico para mantenerla fuera de su hábitat.

Onésimo enfrentó cada visita con la misma táctica que había aplicado toda su vida ante la autoridad municipal: humor agresivo, respuestas ambiguas y la capacidad de hacer que el funcionario en turno se sintiera ridículo sin poder señalar exactamente por qué. Al inspector de sanidad le ofreció una visita guiada del barco que terminó con el inspector mirando el motor durante veinte minutos mientras Onésimo le explicaba cada pieza con un detalle técnico tan exhaustivo que el hombre salió con dolor de cabeza y sin haber encontrado nada que objetar. Al de la cooperativa le pagó la cuota con una cantidad exacta de monedas de un peso que tardó doce minutos en contar. Al de recursos naturales le informó que el animal se llamaba Licenciado Calderilla y que si el funcionario quería saber la especie exacta podría buscarlo en los libros, porque él era pescador y no biólogo, y que en todo caso el pez no estaba capturado sino de visita.

Fue precisamente ese último visitante quien mencionó, casi de pasada y con el tono de alguien que no está seguro de que la información tenga relevancia, que había un biólogo marino trabajando en la cooperativa que quizá podría identificar la especie. Se llamaba Pepe Alatriste, dijo, y llevaba varios meses clasificando capturas para los registros del estado.

Onésimo escuchó el nombre sin darle particular importancia.

Esa misma tarde, sin embargo, mientras le explicaba al Licenciado Calderilla, con quien había desarrollado una relación de monólogo unilateral que le resultaba más satisfactoria que muchas conversaciones que había tenido con seres humanos, que la política local era un pantano y que los pantanos eran el hábitat natural de ciertas criaturas, vio acercarse al muelle a un hombre de unos cuarenta años, delgado, con lentes de armazón metálica y una libreta en la mano, que miraba la cubeta azul con una atención diferente a la de los curiosos habituales.

No era la atención del que busca entretenimiento.

Era la atención del que reconoce algo.

—¿Es usted el dueño del animal? —preguntó el hombre, deteniéndose a prudente distancia de la cubeta.

—Soy su custodio temporal —dijo Onésimo—. El animal es autónomo. No reconoce dueños. Como todos los políticos.

El hombre no sonrió, lo cual era inusual en la presencia del Licenciado Calderilla porque el animal producía sonrisas con bastante facilidad. En cambio se agachó junto a la cubeta y la observó durante un momento con esa concentración que Onésimo identificó como profesional: no el asombro del lego sino la evaluación del experto.

—¿De dónde lo sacó?

—Del Golfo. Fondo de la ensenada, cerca del banco de los Tres Palos. ¿Por qué?

El hombre se incorporó y lo miró con una expresión que mezclaba la cautela con algo que podría haber sido entusiasmo contenido.

—Porque este animal no debería estar donde lo encontró —dijo—. Este tipo de pez vive en fondos muy profundos. No sube a la zona de arrastre normal. Para que haya llegado hasta aquí, algo lo sacó de su hábitat. O él mismo salió de algún lugar que no pertenece a esa zona de pesca.

Onésimo lo miró.

—¿Y eso qué significa?

—Que quizá hay algo interesante donde lo capturó —dijo el hombre, y extendió la mano—. Pepe Alatriste. Biólogo marino.

Onésimo estrechó la mano con la evaluación rápida que había aprendido a hacer con los desconocidos: manos de trabajo de escritorio, apretón firme pero no presumido, mirada directa. No era un funcionario, o no era solo un funcionario. Era alguien que había estudiado para ser una cosa y había terminado siendo otra, y en esa distancia había algo que Onésimo reconoció porque era su propia historia contada en un idioma diferente.

—Onésimo Carreón —dijo—. Pescador. Y esto —señaló la cubeta— es el Licenciado Calderilla, presidente municipal en su versión mejorada.

Esta vez Pepe Alatriste sí sonrió, aunque brevemente, como alguien que no quiere que lo atrapen siendo gracioso.

—¿Puedo examinarlo?

—Es libre de intentarlo. Él tiene sus propias opiniones al respecto.

CAPÍTULO 4

El malecón enloquece

Puerto de Alvarado, una semana después

La fama del Licenciado Calderilla creció con la velocidad específica de las historias que tienen el ingrediente correcto en el momento correcto, que en Alvarado era cualquier historia que combinara lo grotesco con lo político y lo político con algo que la gente pudiera ver con sus propios ojos. En veinticuatro horas el pez era conocido en el mercado. En cuarenta y ocho

había llegado a los ejidos de los alrededores. Al quinto día, un locutor de radio local lo mencionó en su programa de las ocho de la mañana como el misterio marino que tenía al puerto de cabeza, y a partir de ese momento el flujo de curiosos adquirió una organización espontánea que nadie había planeado y que funcionaba con la eficiencia caótica de los fenómenos que se sostienen solos.

Onésimo no hizo nada para frenar el proceso. Habría sido como intentar frenar una marea con las manos: inútil, agotador y ligeramente ridículo. En cambio lo aprovechó con la habilidad instintiva del hombre que ha pasado la vida convirtiendo circunstancias adversas en entretenimiento y sabe que el entretenimiento, bien administrado, tiene un valor que el camarón rara vez alcanza.

Acomodó la cubeta sobre una caja de madera junto a la entrada del muelle, de manera que quedara visible desde el malecón pero no tan accesible como para que cualquiera pudiera meter la mano sin su supervisión. Colocó junto a ella una hielera con cervezas y refrescos que Tofico vendía a precio razonable, y estableció un sistema de turno informal que consistía en que él mismo explicaba el animal a grupos de visitantes con versiones de la historia que mejoraban con cada repetición.

—Lo encontré en altamar —decía—, en una zona donde el Golfo se pone oscuro de una manera que los pescadores viejos conocemos y respetamos. El agua ahí tiene algo. Los peces normales no van. Solo los que vienen de muy abajo, donde el mar guarda sus secretos. Y este señor, el Licenciado, salió de ahí porque quizás abajo también lo corrieron.

La audiencia reía. El Licenciado Calderilla abría y cerraba la boca con su ritmo solemne. Tofico cobraba las cervezas.

Era un negocio modesto pero satisfactorio.

Pepe Alatriste apareció al segundo día con una cámara fotográfica y una libreta llena de anotaciones que consultaba con la frecuencia de alguien que necesita recordarse a sí mismo que tiene un método. Había pasado la noche anterior revisando libros y bases de datos en su computadora con la urgencia silenciosa de los científicos cuando algo les pica la curiosidad de la manera correcta, y había llegado a algunas conclusiones que quería verificar antes de compartir. Se instaló junto a la cubeta con la paciencia del investigador experimentado, que es una paciencia diferente a la paciencia ordinaria porque incluye la capacidad de ignorar completamente todo lo que no es el objeto de estudio.

—¿Qué encontró? —le preguntó Onésimo al mediodía, cuando el flujo de visitantes se redujo temporalmente porque la gente se fue a comer.

—Es un pez rana —dijo Pepe, sin levantar los ojos de la libreta—. Familia Antennariidae. Hay varias especies en el Golfo, pero este es más grande de lo habitual y tiene características que no corresponden del todo a las especies que normalmente aparecen en esta zona de arrastre.

—¿Habla en español también?

Pepe levantó los ojos.

—Es un pez que vive en el fondo. Profundidades considerables. No nada, camina. Por eso las aletas así. Se camufla entre esponjas y coral para atrapar presas. Es completamente inmóvil la mayor parte del tiempo y luego se mueve muy rápido cuando hay algo que atrapar.

—Como ciertos políticos —dijo Onésimo.

—Lo que me interesa —continuó Pepe, con la obstinación de quien ha decidido no entrar en la broma aunque entienda el chiste— es la profundidad. Este animal no debería estar en la zona donde lo capturó. La zona de arrastre normal ahí no baja suficiente para su hábitat. Para que haya llegado a su red, o fue arrastrado por alguna corriente inusual, o su red tocó un fondo más profundo de lo que usted cree.

Onésimo lo miró con la atención que reservaba para la información que podía tener consecuencias prácticas.

—¿Más profundo cuánto?

—No lo sé todavía. Necesitaría saber la longitud exacta del cable que usó, la velocidad de arrastre, el tiempo que estuvo en el agua. ¿Tiene esos datos?

—Tengo memoria y costumbre. Los datos exactos se los dejé al Golfo.

—Con memoria y costumbre podemos aproximar.

Esa tarde, mientras el Licenciado Calderilla seguía presidiendo su corte de curiosos con la indiferencia de quien ha aceptado que su vida ha tomado un rumbo inesperado, Onésimo y Pepe tuvieron la primera de lo que serían muchas conversaciones largas sentados en el muelle con las piernas colgando sobre el agua. Onésimo hablaba de corrientes, de colores del fondo, de comportamiento de las redes en distintas zonas, de los lugares donde el cable tiraba de manera diferente, de los bancos de lodo que los pescadores viejos conocían por nombre aunque no aparecieran en ningún mapa. Pepe escuchaba y anotaba y hacía preguntas que al principio parecían irrelevantes y que después resultaban ser exactamente las correctas.

Era un diálogo entre dos formas distintas de conocer el mismo lugar, y ambas formas tenían cosas que la otra necesitaba.

La noticia del pez siguió circulando. Tres días después de la mención en radio, llegó al puerto un fotógrafo de un periódico regional que quería una imagen del animal para una nota de curiosidades. Onésimo se ofreció a ser fotografiado junto a la cubeta con la disposición del que ha nacido para ser retratado y que simplemente ha esperado pacientemente el momento correcto. La foto que salió publicada mostraba a un hombre de piel oscura y dientes blancos sonriendo junto a una cubeta de la que emergía la cabeza del Licenciado Calderilla con su expresión habitual de disgusto institucional, y el pie de foto decía: *Pescador alvaradeño con extraño hallazgo marino. El animal ha sido bautizado popularmente como el Licenciado*.

El presidente municipal Calderilla Bocanegra leyó el periódico esa mañana en su despacho y lo dobló sobre el escritorio con una precisión que su secretaria reconoció como señal de alarma.

—Dile al jefe de inspectores que quiero ver el expediente de permisos de ese pescador —dijo.

—¿Cuál pescador, licenciado?

—El del periódico. El del pez.

—¿Le mando también el recorte?

—No me mandes el recorte.

Las consecuencias de esa instrucción llegaron al muelle al día siguiente en forma de dos inspectores que querían revisar las condiciones de almacenamiento de la captura de El Rey del Golfo y que llevaban el semblante tenso de quienes tienen una tarea que no eligieron. Onésimo los recibió con una hospitalidad excesiva que resultaba más intimidante que cualquier hostilidad, les ofreció café, les mostró el barco con un entusiasmo tan exhaustivo que los hombres tardaron dos horas en completar una revisión que normalmente llevaba veinte minutos, y al final firmaron un acta que no encontraba ninguna irregularidad y que dejaba a todos en una posición ligeramente más incómoda que antes de la visita.

—¿Qué querían? —preguntó Tofico cuando los inspectores se fueron.

—Lo que siempre quieren los que manda el presidente: demostrar que pueden molestarte aunque no tengan razón.

—¿Y los van a mandar otra vez?

—Probablemente. —Onésimo abrió una cerveza con el borde del muelle, que era la manera en que abría las cervezas desde hacía veinte años y que había dejado en la madera una serie de marcas que eran, si uno sabía leerlas, un diario de todos los momentos en que había necesitado una cerveza urgentemente—. Pero mientras más me mandan inspectores, más gente viene a ver al Licenciado por solidaridad. Y mientras más gente viene, más cervezas vende Tofico. Así que deja que manden.

El Licenciado Calderilla, como si hubiera seguido la conversación, abrió la boca tres veces seguidas con su ritmo solemne.

—Exactamente —le dijo Onésimo.

Fue en esos días de espectáculo muelle-adentro cuando el animal empezó a cambiar. No dramáticamente, no con síntomas alarmantes que hubieran bastado para decidir devolverlo al mar de inmediato, sino con esa gradualidad lenta y equívoca de los deterioros que uno puede elegir no ver hasta que resulta demasiado tarde para haberlos visto antes. El movimiento se volvió más lento. Los filamentos dérmicos perdieron algo del amarillo intenso del principio y adquirieron un tono más apagado, más parecido al lodo que al coral. Los ojos, que habían mirado el mundo con una indignación

activa y sostenida, comenzaron a tener momentos de fijeza diferente: no la fijeza furiosa del primer día sino algo más parecido a la ausencia.

Pepe lo notó primero, porque Pepe miraba al animal con ojos de biólogo y no de empresario de espectáculos.

—Se está muriendo —le dijo a Onésimo una tarde, sin rodeos y sin el tono de reproche que habría usado otro hombre.

—¿Estás seguro?

—No completamente. Pero no está bien. El agua de la cubeta no es suficiente para él. Necesita presión, temperatura, el tipo de agua que hay en profundidad. Aquí arriba todo es demasiado diferente a lo que conoce.

Onésimo miró al Licenciado Calderilla durante un momento.

—¿Lo devolvemos?

—Ya puede ser tarde para eso. Y además no sabemos devolver. No tenemos equipo para bajar a la profundidad donde vive.

—¿Y entonces?

—Entonces estudiarlo mientras podamos. Aprender lo que pueda enseñarnos antes de que se vaya.

Había algo en esa frase, en la manera directa y sin sentimentalismo en que Pepe la pronunció, que le dijo a Onésimo que aquel biólogo mediocre atrapado en un trabajo de puerto no era exactamente lo que parecía desde afuera. Los hombres que hablan de aprender de las cosas antes de que se vayan han pensado antes sobre la pérdida de una manera que no todo el mundo se toma el trabajo de hacer.

—¿Qué puede enseñarnos? —preguntó Onésimo.

—Dónde vivía —dijo Pepe—. Y si dónde vivía tiene algo que ver con lo que está debajo del lugar donde lo encontraste.

Onésimo no respondió de inmediato. Miró el agua oscura del malecón, que a esa hora de la tarde recibía el sol desde un ángulo que lo volvía casi opaco, casi sólido, como si fuera una superficie de otro material completamente diferente al que uno se imagina cuando piensa en el mar.

—¿Y si tiene algo que ver? —dijo al fin.

—Entonces hay que ir a ver qué es ese algo —dijo Pepe, con la serenidad de quien ha llegado a una conclusión después de darle muchas vueltas y ya no necesita fingir que no la tiene.

El Licenciado Calderilla abrió la boca una vez. La cerró. Sus ojos miraron hacia arriba con esa expresión que ya no era indignación sino algo diferente que ninguno de los dos supo nombrar con precisión, pero que ambos sintieron de la misma manera: como si el animal, que no podía hablar, estuviera de todas formas diciéndoles algo que habían tardado demasiado en escuchar.

CAPÍTULO 5

La muerte del monstruo

Cooperativa pesquera de Alvarado

El Licenciado Calderilla murió una madrugada húmeda de la segunda semana, cuando el puerto todavía no terminaba de despertar y los primeros motores empezaban a sonar en el muelle con esa tos metálica que anuncia otro día de trabajo. No hubo dramatismo visible en la escena, ni relámpago de presagio, ni ninguna de las señales con que las historias mal contadas suelen adornar las muertes que quieren hacer parecer importantes. El pez simplemente dejó de moverse dentro de la cubeta, hundido en el agua turbia como una cosa que por fin renunció a seguir participando en el teatro humano donde lo habían convertido en político, demonio, mascota, chiste y, en las últimas horas, en algo más difícil de nombrar.

Onésimo lo descubrió a las cinco de la mañana cuando pasó junto a la cubeta de camino al barco con el café todavía en la mano. Se detuvo. Lo miró durante un momento. Bebió un sorbo del café. Lo miró otra vez, como si la segunda mirada pudiera producir un resultado diferente al de la primera.

No lo produjo.

El Licenciado Calderilla estaba muerto con la misma dignidad irritante con que había vivido los últimos días: los ojos abiertos y fijos, la boca ligeramente entreabierta, apoyado sobre sus aletas en el fondo de la cubeta como si hubiera decidido sentarse a esperar algo que tardó demasiado en llegar. Si uno no sabía que era un pez y miraba desde cierta distancia con cierta imaginación, podía parecerse a un burócrata que se quedó dormido en su silla durante una sesión larga de cabildo.

Onésimo no hizo ningún chiste.

Eso, en sí mismo, era una forma de luto.

Llamó a Tofico con un silbido corto y cuando el muchacho apareció bostezando desde la dirección del barco, le señaló la cubeta con un movimiento de cabeza que Tofico interpretó correctamente sin necesitar más explicación.

—¿Lo devolvemos al mar? —preguntó Tofico, en voz baja, con el tono que se usa involuntariamente cerca de los muertos aunque sean animales y aunque uno no crea en ninguna de las cosas que justifican ese tono.

—Pepe dijo que quería estudiarlo antes.

—¿Y usted qué quiere?

Onésimo miró la cubeta durante un momento.

—Yo quiero saber de dónde salió —dijo—. Y para eso necesitamos a Pepe.

Llamó al biólogo con el teléfono, a las cinco y cuarto de la mañana, sin pedir disculpas por la hora porque consideraba que los hombres de ciencia, como los hombres de mar, debían estar disponibles cuando la naturaleza tomaba decisiones inconvenientes para los horarios humanos. Pepe contestó al

segundo tono, lo que sugería que o ya estaba despierto o dormía con el teléfono junto a la almohada esperando exactamente esa llamada, y llegó al muelle veinte minutos después con su libreta, una cámara fotográfica y una caja de herramientas pequeña cuyo contenido Onésimo prefirió no preguntar.

—¿Cuándo fue? —preguntó Pepe, arrodillándose junto a la cubeta.

—Lo encontré así hace media hora.

—¿Lo movió?

—No.

—Bien. —Pepe fotografió al animal en la cubeta desde varios ángulos con la concentración de quien sabe que tiene poco tiempo antes de que la luz cambie y el cuerpo también. Luego levantó la vista hacia Onésimo—. Necesito un lugar limpio para examinarlo. Mesa plana, buena luz.

—La cooperativa tiene una mesa de trabajo en la bodega de frío. Siempre hay luz.

—¿A esta hora está abierta?

—Para mí siempre está abierta.

Eso no era estrictamente cierto, pero había en Alvarado ciertas personas que tenían cierta llave de ciertos lugares sin que nadie hubiera formalizado exactamente ese arreglo, y Onésimo era una de esas personas en uno de esos lugares, lo cual era suficiente.

Trasladaron la cubeta a la bodega de frío de la cooperativa con la discreción de quienes llevan algo que no quieren que todo el mundo vea, aunque a esa hora del amanecer había poca gente que pudiera verlos y la poca que había estaba demasiado ocupada en sus propios asuntos como para interesarse en los ajenos. La bodega olía a hielo, a pescado, a desinfectante y a esa humedad fría específica de los espacios donde la temperatura se mantiene artificial y constantemente, y la luz fluorescente que Onésimo encendió bañó todo de una blancura plana que hacía que las cosas parecieran más reales y menos reales al mismo tiempo.

Pepe trabajó durante dos horas con una meticulosidad que Onésimo observó desde una distancia de dos metros, sentado en una caja de plástico, bebiendo el segundo café de la mañana que Tofico había traído de algún lugar sin que nadie le pidiera, lo cual era una de las cualidades que Onésimo más valoraba en el muchacho: la capacidad de anticipar qué se necesitaba sin necesitar que se lo dijeran.

—¿Qué está buscando? —preguntó Onésimo, pasada la primera hora.

—Primero confirmar la especie. Luego el estado general del animal: si estaba enfermo antes de ser capturado o si murió por las condiciones fuera de su hábitat. Y después —hizo una pausa que Onésimo interpretó correctamente como la pausa de alguien que va a decir algo que considera importante— ver qué tiene en el estómago.

—¿Por qué el estómago?

—Porque este tipo de pez es un depredador de emboscada. Se queda inmóvil durante horas esperando que algo pase cerca. Come lo que tiene a mano, literalmente: lo que está cerca de donde vive. Si encontramos restos de lo que comió, podemos tener más información sobre su hábitat exacto.

Onésimo procesó eso.

—¿Como un testimonio? —dijo.

Pepe lo miró con una expresión que era reconocimiento.

—Exactamente como un testimonio —dijo.

La disección fue un proceso que Onésimo siguió con la misma atención con que había seguido otras cosas que no le gustaban pero que necesitaba entender: guardando silencio, observando sin interrumpir, almacenando la información para usarla después. Tofico se alejó hacia el otro extremo de la bodega con el pretexto de revisar algo que no había que revisar, porque el muchacho tenía sus límites y este era uno de ellos, y Onésimo lo respetó sin comentarios.

Pepe trabajaba con pinzas, bisturís y tijeras quirúrgicas con los movimientos de alguien que ha hecho este tipo de trabajo antes aunque quizás no exactamente esto, y anotaba en su libreta mientras avanzaba con una letra pequeña y apretada que Onésimo alcanzaba a ver desde su distancia pero no a leer.

Cuando llegó al estómago, la concentración de Pepe cambió de registro. No de manera dramática, no con ningún gesto que un observador casual habría notado, pero Onésimo no era un observador casual: era un hombre que llevaba cuarenta años leyendo el lenguaje corporal de otros hombres en situaciones donde ese lenguaje decía más que las palabras.

Pepe se había detenido.

—¿Qué es? —preguntó Onésimo, levantándose de la caja.

—No lo sé todavía. —Pepe manipuló algo con la pinza con una delicadeza que contrastaba con la rudeza general del entorno—. Hay algo sólido aquí que no debería estar.

—¿Sólido cómo?

—Denso. No orgánico. O no completamente orgánico.

Se acercó más. Pepe limpió el objeto con un trozo de gasa húmeda, con movimientos lentos y cuidadosos que hacían que el tiempo en la bodega adoptara una textura diferente, más espesa, más atenta. Onésimo miraba por encima del hombro del biólogo sin respirar demasiado fuerte, porque había algo en ese momento que le decía que respirar fuerte podría arruinarlo.

La forma apareció gradualmente, como aparecen las cosas enterradas cuando alguien las desentierra con el cuidado que merecen: primero como una curva, luego como un volumen, luego como algo que tenía la geometría

inconfundible de un objeto fabricado por manos humanas. Pepe limpió un poco más. Rotó el objeto suavemente con la pinza.

Era un anillo.

No un anillo cualquiera: era grande, elaborado, con una montura de metal que el tiempo y el estómago del pez habían oscurecido pero no destruido, y en el centro de la montura había una piedra. La piedra estaba cubierta todavía de una capa de material orgánico que Pepe limpió con cuidado progresivo, y conforme la limpiaba el color fue apareciendo desde adentro como aparece una llama cuando alguien sopla sobre las brasas casi apagadas: primero como una insinuación, luego como una posibilidad, luego como una certeza de verde.

Verde profundo. Verde que no pertenecía a ese lugar ni a esa hora ni a esa bodega de pescado y hielo y luz fluorescente.

Verde de esmeralda.

Onésimo y Pepe miraron el anillo durante un tiempo que ninguno de los dos habría podido medir con precisión. No se miraron entre sí. Miraron la piedra, que miraba de vuelta con la indiferencia perfecta de las cosas que llevan demasiado tiempo esperando como para emocionarse por haber sido encontradas.

Tofico, desde el otro extremo de la bodega, notó el silencio.

—¿Qué pasó? —preguntó, acercándose con la cautela del que no sabe si quiere saber la respuesta.

Pepe levantó el anillo con la pinza y lo sostuvo bajo la luz fluorescente. La esmeralda absorbió la luz artificial y la devolvió convertida en otra cosa, en ese verde oscuro y profundo que no tiene nombre más específico que el del mineral que lo produce.

—¿Eso es...? —empezó Tofico.

—Sí —dijo Pepe.

—¿Y de dónde...?

—De dónde lo sacó él —dijo Onésimo, señalando al Licenciado Calderilla con un gesto que era al mismo tiempo un señalamiento y algo parecido a un agradecimiento—. De donde vivía. De donde lo capturé.

El silencio que siguió tenía una textura diferente a todos los silencios anteriores de esa mañana. Era el silencio de tres hombres que han recibido al mismo tiempo una información cuyas implicaciones son demasiado grandes para ser procesadas de inmediato y que necesitan un momento para que el cerebro redistribuya los recursos que hasta hace un momento estaban ocupados en cosas más pequeñas.

Fue Tofico quien habló primero, con esa capacidad que tienen los jóvenes de llegar a las conclusiones simples antes que los adultos porque todavía no saben las razones por las que las conclusiones simples suelen ser incorrectas.

—Si el pez vivía cerca de donde lo capturamos, y el pez tenía esto en el estómago —dijo—, entonces esto también estaba cerca de donde lo capturamos.

—Sí —dijo Pepe.

—¿Y cómo llegó una esmeralda al fondo del Golfo de México?

Nadie respondió de inmediato, porque la respuesta obvia era también la respuesta que cambiaba todo, y los tres la estaban mirando al mismo tiempo desde ángulos diferentes con la misma mezcla de incredulidad y certeza que produce el momento en que una historia que uno pensaba que era de otro tipo resulta ser exactamente del tipo que nunca esperaba vivir.

—Pepe —dijo Onésimo al fin, con una voz que había bajado de tono sin que él lo decidiera.

—¿Qué.

—¿Cuántos años puede llevar algo en el fondo del Golfo antes de que alguien lo encuentre?

Pepe miró el anillo que todavía sostenía con la pinza.

—Siglos —dijo—. Si las condiciones son las correctas. Si está en el fondo de lodo adecuado, a la profundidad adecuada, sin demasiado movimiento de corrientes. Siglos.

Onésimo asintió despacio, como se asiente ante una información que uno ya sabía pero necesitaba escuchar de alguien con el tipo correcto de autoridad para decirla.

—Entonces —dijo— alguien perdió esto hace mucho tiempo.

—Sí.

—¿O lo hundió?

Pepe lo miró.

—O lo hundió —confirmó.

El Licenciado Calderilla seguía en la mesa metálica, devuelto en cierta medida a su condición de materia después de haber pasado una semana siendo un personaje. Onésimo lo miró durante un momento con algo que no era exactamente gratitud pero que tampoco era nada menos que eso.

—Gracias, Licenciado —dijo, en voz muy baja, solo para él—. Aunque hayas sido el político más feo que he conocido.

Pepe bajó la pinza con el anillo sobre la mesa y buscó en su caja de herramientas un frasco pequeño de vidrio donde guardarlo. Sus manos no temblaban, que era notable, porque las manos de Pepe Alatriste habían pasado los últimos años haciendo trabajos que no temblaban porque eran trabajos sin importancia, y ahora tenía entre los dedos algo que sí la tenía y las manos se habían dado cuenta antes que él.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tofico.

Onésimo miró el frasco donde la esmeralda descansaba ahora sobre un trozo de gasa doblada.

—Lo que hace cualquiera cuando encuentra el principio de una historia —dijo —. Seguirla.

CAPÍTULO 6

El biólogo de los peces feos

Casa de Pepe Alatriste / Malecón de Alvarado

Pepe Alatriste había estudiado biología marina en la Universidad Veracruzana con la convicción genuina y algo ingenua de quien cree que elegir bien la carrera es suficiente para que la vida salga bien. Había sido buen estudiante, no de los mejores pero sí de los que entienden lo que estudian en lugar de simplemente aprender a repetirlo, y había hecho su tesis sobre ecosistemas bentónicos del Golfo con el entusiasmo de alguien que ha encontrado el tema correcto en el momento correcto de su vida. Sus asesores le habían dicho que tenía futuro en la investigación. Algunos becarios del Instituto de Ciencias del Mar le habían sugerido que enviara su curriculum a instituciones de la Ciudad de México. Una investigadora española que vino de visitante un semestre le había dicho, con la franqueza específica de los europeos cuando hablan de talento, que era demasiado bueno para quedarse en Veracruz.

Pepe se había quedado en Veracruz. No por cobardía exactamente, sino por una combinación de circunstancias que en su momento parecían temporales y que con los años habían adquirido la solidez permanente de las cosas que no se nombraron cuando debían nombrarse. Su madre había enfermado. El trabajo en la cooperativa pesquera pagaba bien para los estándares locales. Alvarado era un puerto que conocía y que lo conocía a él, y hay algo en ese reconocimiento mutuo que resulta más difícil de abandonar de lo que uno anticipa cuando es joven y cree que el mundo entero lo está esperando.

Ahora tenía cuarenta y tres años, una renta de dos cuartos en una vecindad a tres calles del malecón, un sueldo que cubría lo necesario sin permitir mucho más, y una biblioteca de libros científicos que seguía comprando por internet con una fidelidad que sus compañeros de trabajo encontraban admirable o incomprensible según su propio nivel de resignación. Revisaba permisos de pesca, clasificaba capturas, llenaba formularios para el estado y escribía informes que nadie en particular leía. Era competente en eso, pero competente de la manera en que uno puede ser competente en algo que no eligió: sin ese grado adicional de atención que distingue el trabajo del oficio.

Lo había reconocido hacía tiempo sin dramatizarlo. Sencillamente había aceptado que la vida que tenía no era la vida que había imaginado, y que aceptarlo no era lo mismo que resignarse, aunque tampoco era del todo distinto.

Hasta el Licenciado Calderilla.

Esa noche, después de la disección y de la esmeralda y del frasco de vidrio que había llevado a su cuarto y puesto sobre el escritorio junto a la lámpara porque no tenía un lugar más apropiado donde guardarlo, Pepe Alatriste no pudo dormir. No de la manera agitada en que la gente dice que no puede dormir cuando en realidad está dando vueltas en la cama pensando en cosas menores: no pudo dormir porque tenía la mente completamente ocupada haciendo cosas que llevaba años sin hacer, que era buscar activamente la respuesta a una pregunta que no tenía respuesta todavía.

Abrió la computadora. Buscó en bases de datos de naufragios coloniales del Golfo de México. Buscó registros históricos de embarcaciones perdidas en la ruta Veracruz-España durante el siglo XVII. Buscó información sobre joyas del período colonial novohispano, sobre esmeraldas colombianas en el comercio transatlántico, sobre las rutas de corsarios en el Golfo de México entre 1650 y 1700. Buscó información sobre el comportamiento de los peces rana en aguas profundas, sobre la distribución de las especies bentónicas en el Golfo central, sobre los efectos de la profundidad en la conservación de objetos metálicos bajo el sedimento marino.

Eran las cuatro de la mañana cuando anotó en su libreta, con letra más grande de lo habitual porque la información le pedía más espacio, tres palabras que resumían lo que creía que estaba pasando: *pecio. fosa. profunda.*

A las siete llegó al malecón con dos cafés en una bolsa de plástico y la libreta bajo el brazo y encontró a Onésimo sentado en el extremo del muelle con las piernas colgando sobre el agua, mirando el Golfo con esa expresión que Pepe había aprendido a identificar en las últimas semanas como el estado de concentración silenciosa del pescador cuando está pensando en algo relacionado con el mar.

Le dio uno de los cafés sin decir nada. Onésimo lo tomó sin decir nada. Bebieron en silencio durante un momento que fue suficientemente largo para que ambos entendieran que tenían cosas importantes que decirse y que ninguno de los dos quería arruinarlas empezando demasiado pronto.

—¿Dormiste? —dijo Onésimo al fin.

—No.

—Yo tampoco. —Bebió otro sorbo—. ¿Qué encontraste?

—Muchas cosas incompletas que cuando las pones juntas forman algo que podría ser una sola cosa. —Pepe abrió la libreta—. Hay registros de al menos doce embarcaciones españolas desaparecidas en el Golfo de México entre 1670 y 1700. No todas cerca de aquí, pero tres de ellas en rutas que pasaban frente a Veracruz. De esas tres, una tiene una nota en un archivo digital de la Biblioteca Nacional de España que dice que fue perseguida por corsarios y que la última posición conocida era frente a la costa veracruzana. No hay registro de rescate, no hay registro de supervivientes que hayan llegado a tierra, y la carga que llevaba nunca fue reclamada por las familias propietarias.

—¿Por qué no fue reclamada?

—Pueden ser varias razones. La más simple es que el barco se hundió en aguas demasiado profundas para que nadie pudiera recuperarla con la tecnología de la época. La más complicada es que parte de la carga era lo suficientemente sensible como para que a nadie le conviviera admitir públicamente que se había perdido.

Onésimo procesó eso.

—¿Cuándo fue esto?

—1683.

—¿Y una esmeralda de esa época se conserva así?

—Si las condiciones son las correctas, sí. El lodo del fondo actúa como sellante. La profundidad reduce la oxidación. El frío ralentiza todo. He leído de objetos orgánicos —madera, cuero, tela— conservados durante siglos en condiciones similares. El oro y las piedras preciosas duran indefinidamente porque son materialmente estables.

Onésimo miró el Golfo.

—¿Y cómo llegó la esmeralda al estómago del pez?

—El pez come lo que tiene cerca. Si la esmeralda estaba expuesta de alguna manera, quizás parcialmente fuera del sedimento por un movimiento de corriente o por la descomposición de alguna estructura que la contenía, el pez pudo haberla confundido con una presa pequeña. No es imposible. Es improbable, pero improbable no es lo mismo que imposible.

—En el mar, improbable y real son casi la misma cosa.

—Sí —dijo Pepe—. Eso también lo aprendí anoche.

Tofico apareció por detrás de ellos con una torta a medio comer y se instaló en el muelle a distancia prudente, en ese punto exacto que significaba que quería escuchar pero que respetaba si no lo invitaban.

—Ven para acá —le dijo Onésimo sin voltearse.

Tofico se acercó y se sentó junto a ellos.

—¿Qué sigue? —preguntó, que era la pregunta que los tres tenían en la cabeza y que el muchacho hizo primero simplemente porque era el que tenía menos que perder al formularla.

—Sigue volver al lugar donde lo capturé —dijo Onésimo.

—¿Para qué?

—Para ver qué hay.

—¿Y si hay algo? —dijo Tofico—. ¿Un galeón de verdad?

—Si hay algo y es lo que creemos que puede ser —dijo Pepe—, entonces hay que hacer las cosas con cuidado. Un pecio colonial es patrimonio histórico. Hay leyes. Hay procedimientos. Hay instituciones que tienen jurisdicción.

—Y hay gente que se queda con todo usando esas mismas leyes como pretexto —dijo Onésimo.

—También eso —admitió Pepe.

—Entonces hay que ir a ver antes de que nadie más sepa que hay algo que ver.

Los tres miraron el Golfo en silencio durante un momento. El agua estaba tranquila esa mañana, de ese verde oscuro que en ciertas condiciones de luz parecía opaco, como si la superficie fuera una pared y no un umbral. Pero Onésimo sabía, porque llevaba cuarenta años sabiéndolo con el cuerpo, que el Golfo nunca era una pared. Era siempre un umbral. La diferencia entre los dos era únicamente la voluntad de cruzarlo.

—Pepe —dijo.

—¿Qué.

—¿Tú has buceado alguna vez?

—Recreacionalmente. Hace años. Nada de profundidad.

—¿Y sabes usar un ecosonda?

—Sé usarlo en tierra. En agua necesitaría practicar.

—¿Y estás dispuesto a ir al lugar exacto donde capturé al Licenciado y a decirme qué dice el ecosonda cuando lleguemos ahí?

Pepe lo miró. Luego miró el Golfo. Luego volvió a mirar a Onésimo con la expresión de alguien que está evaluando no si quiere hacer algo sino si se lo puede permitir, y que ha llegado a la conclusión de que la diferencia entre querer y permitirse es exactamente lo que ha estado administrando mal durante los últimos veinte años de su vida.

—Sí —dijo.

—Bien. —Onésimo se levantó, se sacudió los pantalones con el gesto automático del hombre que se prepara para hacer algo—. Salimos pasado mañana. De noche, para que no nos sigan.

—¿Nos van a seguir? —preguntó Tofico.

—Todavía no. Pero la esmeralda no va a quedarse secreta mucho tiempo en un puerto donde yo vivo, y cuando deje de ser secreta va a haber gente interesada en saber exactamente de dónde salió. Así que hay que ir antes de que esa gente exista.

—¿Y si ya existe? —dijo Pepe.

Onésimo lo miró.

—Si ya existe, hay que ir más rápido —dijo.

Esa tarde, mientras Pepe revisaba mapas y anotaba coordenadas aproximadas en su libreta, y mientras Tofico reparaba la red que había quedado dañada en la última salida con la concentración del que trabaja para no pensar demasiado en lo que viene, Onésimo fue a la cantina de Celia con el pretexto de una cerveza fría y la intención real de sentarse frente a

alguien que lo conocía suficientemente bien para decirle cosas que nadie más le decía.

Celia le puso la cerveza sin que la pidiera y lo miró con los brazos cruzados desde el otro lado de la barra.

—¿Qué hiciste? —dijo.

—¿Por qué asumes que hice algo?

—Porque tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La cara de cuando estás a punto de hacer algo que sabes que no debes hacer y ya decidiste hacerlo de todas formas.

Onésimo bebió un sorgo de cerveza.

—Puede ser que encontramos algo importante —dijo.

—¿Qué tipo de importante?

—Del tipo que cambia las cosas.

Celia lo miró durante un momento con esa atención específica que tenía para las cosas que Onésimo decía cuando no estaba bromeando, que era una atención más concentrada que la habitual porque requería primero confirmar que en efecto no estaba bromeando.

—¿Tiene que ver con el pez?

—Con lo que el pez tenía dentro.

—¿La piedra?

—La piedra y lo que la piedra significa.

—¿Y qué significa?

—Que en el fondo del Golfo, en el lugar donde lo capturé, puede haber un barco español de trescientos años con lo que llevaba adentro cuando se hundió.

El silencio de Celia duró lo que necesitó durar para que ella procesara la información y evaluara cuánto de lo que Onésimo decía era real y cuánto era el Onésimo que exageraba por costumbre o por necesidad de ser interesante.

—¿Y van a buscarlo? —dijo al fin.

—Pasado mañana.

—¿Tú, el biólogo y el muchacho.

—Sí.

—En ese barco tuyo.

—El Rey del Golfo ha sobrevivido peores.

—Onésimo. —Celia bajó los brazos y apoyó las manos sobre la barra con ese gesto que tenía cuando iba a decir algo que importaba—. Si eso es verdad,

no es un secreto que va a durar. Y los secretos que no duran atraen gente que no quieres atraer.

—Lo sé.

—¿Y de todas formas van?

—De todas formas vamos.

Celia lo miró durante un momento más. Luego descolgó de la pared el trapo con que limpiaba la barra y empezó a limpiar, que era su manera de indicar que una conversación había terminado y que ella había dicho lo que tenía que decir y que lo que viniera después era responsabilidad del otro.

—Ten cuidado —dijo, sin levantar la vista del trapo.

—Siempre.

—No. Siempre no. Esta vez sí.

Onésimo terminó la cerveza, dejó el dinero sobre la barra y salió al malecón donde el Golfo seguía siendo el Golfo: inmenso, oscuro en su profundidad, perfectamente indiferente a lo que los hombres planeaban hacer o dejar de hacer sobre su superficie, guardando en su fondo todo lo que había guardado siempre con la paciencia de las cosas que saben que el tiempo les pertenece más que a cualquier ser vivo que camine sobre ellas.

CAPÍTULO 7

Lo que habita debajo

Alvarado / Muelle / Cantinas, noches de octubre

El rumor de la esmeralda salió de la bodega de la cooperativa por el mismo camino por el que salen todos los rumores en los puertos: por la boca de alguien que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado y que creyó que contar lo que había visto era una forma de importar un poco más en el mundo durante un rato. No fue Tofico, que era joven pero no era tonto. No fue Pepe, que tenía suficiente experiencia con la burocracia como para saber que la información es poder únicamente mientras no la tienen todos. Fue uno de los hombres de la cooperativa que había llegado temprano esa mañana a cargar hielo y había visto a tres personas entrar a la bodega con una cubeta y salir dos horas después con una expresión diferente a la que traían cuando entraron.

No vio la esmeralda. No escuchó la conversación. Pero en Alvarado, como en todos los puertos pequeños del mundo, la información parcial viaja más rápido que la completa precisamente porque tiene más espacios en blanco que cada quien llena según sus propias esperanzas y sus propios miedos.

Para el mediodía del día siguiente, la versión que circulaba en las cantinas del malecón era que el Negro había encontrado oro dentro del pez. Para la tarde, el oro había crecido hasta convertirse en un cofre. Para la noche, el cofre tenía compañía: se hablaba de monedas españolas, de joyas de virrey, de un tesoro pirata enterrado bajo el Golfo que el pez rana había ido a

buscar por encargo de alguna fuerza que los borrachos ubicaban en categorías que iban de Dios hasta el diablo según el nivel de la botella.

Onésimo escuchó las versiones sin corregirlas, no porque le gustara la inexactitud sino porque entendió rápidamente que desmentir un rumor en un puerto es como intentar secar el mar con una toalla: el esfuerzo es real pero el resultado es decorativo. Además, la confusión tenía una ventaja práctica: mientras la gente discutía sobre cofres de piratas y monedas de virrey, nadie estaba prestando atención a lo que realmente habían encontrado ni a lo que realmente planeaban hacer con ello.

—Déjalos que inventen —le dijo a Pepe esa tarde, mientras revisaban el motor de El Rey del Golfo en el muelle—. Cuanto más grande sea el cuento, más lejos del cuento real.

—El problema —dijo Pepe, pasándole una llave de tubo sin levantar los ojos del motor— es que los cuentos grandes atraen gente grande. Y la gente grande tiene medios para buscar la verdad aunque el cuento sea mentira.

—¿Estás hablando de alguien en particular?

—Todavía no. Pero llevo dos días pensando en que no vamos a ser los únicos interesados en esto por mucho tiempo.

—Para eso salimos pasado mañana de noche.

—¿Y si no encontramos nada?

—Si no encontramos nada, el rumor muere solo y la esmeralda la guardamos y punto.

—¿Y si sí encontramos algo?

Onésimo apretó un tornillo con la paciencia del mecánico aficionado que sabe que hay que apretar pero no sabe exactamente cuánto.

—Si encontramos algo, ahí vemos.

Tofico, que estaba sentado en la popa remendando la red con esa concentración de principiante que pone el doble de atención que necesita porque todavía no sabe dónde es suficiente, los escuchaba sin participar. Había desarrollado en las últimas semanas una nueva relación con el silencio: antes callaba por timidez o por jerarquía, ahora callaba porque había aprendido que escuchar bien era una habilidad que valía más que hablar, y que en ese barco con esa gente había cosas que aprender escuchando que no se podían aprender de ninguna otra manera.

Lo que había aprendido hasta ese momento era suficiente para hacerlo sentir que estaba creciendo de una manera que la pesca sola no habría producido, y también suficiente para hacerlo sentir que estaba entrando en algo más profundo que sus dieciséis meses de experiencia en el mar lo habían preparado para entender.

Esa noche, incapaz de dormir, salió al malecón y se sentó en el muelle a mirar el agua. Era la primera vez en su vida que miraba el Golfo de noche sin estar en altamar, y la perspectiva era completamente diferente: desde tierra,

el mar no era el lugar de trabajo que conocía sino algo más antiguo y más grande, una oscuridad que llegaba hasta el horizonte sin que nadie pudiera decir exactamente dónde terminaba el agua y empezaba el cielo.

Pensó en lo que había dentro de esa oscuridad. En el galeón, si es que estaba ahí. En los hombres que habían viajado en él y que habían muerto en él hace trescientos años, que eran más tiempo del que podía imaginar con concreción porque su vida completa cabía veinte veces en ese número y todavía sobraba. En la esmeralda que había pertenecido a alguien, que había estado en la mano de alguien antes de caer al fondo del mar y terminar en el estómago de un pez peludo que terminó en una cubeta azul en el muelle de Alvarado.

Era un camino extraño para una piedra. Pero los caminos de las cosas perdidas siempre eran extraños, probablemente porque si fueran directos no estarían perdidas.

—¿No duermes? —dijo una voz detrás de él.

Era el viejo Eleazar, pescador retirado que vivía en una casa al borde del muelle y cuya costumbre de sentarse afuera de noche era tan antigua y tan constante que los demás pescadores ya no la notaban como algo particular. Tenía setenta y tantos años, la piel del color y la textura de las tablas viejas del muelle, y la mirada de los hombres que han visto el mar suficientes veces para dejar de sorprenderse por él aunque nunca para dejar de respetarlo.

—No puedo —dijo Tofico.

—Eso pasa cuando uno está pensando en algo que todavía no tiene forma —dijo el viejo, instalándose junto a él con la lentitud de los cuerpos viejos que se mueven bien pero no rápido—. ¿En qué piensas?

—En lo que puede haber en el fondo.

El viejo miró el agua.

—¿En el Golfo?

—Sí.

—Mucho —dijo el viejo—. Más de lo que cualquier hombre puede imaginar. El mar guarda todo lo que le cae. No lo devuelve casi nunca, y cuando lo devuelve es porque decidió que era el momento, no porque a alguien se le ocurrió ir a buscarlo.

—¿Usted ha escuchado historias de barcos hundidos por aquí?

El viejo lo miró con una atención que Tofico no había esperado.

—¿Barcos de qué época?

—Viejos. Españoles.

—¿Te manda el Negro?

—No. Pregunto yo.

El viejo consideró eso durante un momento, como si evaluara si la pregunta merecía respuesta y en qué forma.

—Mi abuelo hablaba de una zona —dijo al fin, con la voz de quien recuerda algo que no ha pensado en mucho tiempo y que al pensarlo descubre que estaba más cerca de la superficie de lo que creía—. La llamaba la Boca del Diablo. Decía que ahí las redes no bajaban igual, que el agua cambiaba, que había noches en que se veía algo que no debía verse.

—¿Qué cosa?

—No lo precisaba. Los viejos de entonces no precisaban esas cosas porque precisarlas les parecía innecesario y quizás peligroso. Decían que había cosas ahí abajo y punto. Que era mejor no ir.

—¿Y usted fue alguna vez?

—Una vez. Joven. Con un grupo que quiso probar. Las redes salieron rotas y uno de los hombres dijo que había sentido algo grande moverse bajo el barco. No volvimos.

Tofico procesó eso.

—¿En qué dirección queda? —preguntó.

El viejo lo miró de nuevo con esa atención que ahora Tofico reconoció como evaluación: el viejo estaba decidiendo cuánto decir y por qué y a quién.

—Al sur-sureste del banco de los Tres Palos —dijo—. Donde el color del agua cambia de un verde a otro que no es exactamente el mismo verde aunque parezca.

—¿Y el fondo?

—El fondo cae. No sé cuánto. Nadie ha medido. Pero cae.

Tofico recordó lo que Pepe había explicado sobre el comportamiento del pez rana y sobre la profundidad que su presencia sugería. Recordó el peso diferente de la red cuando subió esa tarde. Recordó la esmeralda verde bajo la luz fluorescente de la bodega.

Todo apuntaba en la misma dirección. Y esa dirección era al sur-sureste del banco de los Tres Palos, donde el color del agua cambiaba y el fondo caía a una profundidad que nadie había medido.

—Gracias —dijo.

El viejo se encogió de hombros.

—No hice nada. Solo recordé lo que siempre supe. —Se levantó con la lentitud de siempre—. Muchacho.

—¿Sí?

—Lo que está en el fondo del mar lleva mucho tiempo ahí. No tiene prisa. Los que tienen prisa son los que lo buscan. Esa prisa es la que arruina las cosas, siempre.

Tofico asintió sin responder. El viejo Eleazar volvió a su casa con pasos lentos y seguros, y el muchacho se quedó solo frente al Golfo oscuro pensando en

la prisa y en la paciencia y en la diferencia entre las dos, que era probablemente la diferencia más importante que existía en ese momento para tres personas que planeaban salir en dos días a buscar algo que llevaba trescientos años esperando ser encontrado.

A la mañana siguiente le contó a Onésimo la conversación. El Negro escuchó sin interrumpir, que era inusual en él y que Tofico interpretó correctamente como señal de que la información importaba.

—Sur-sureste del banco de los Tres Palos —repitió Onésimo cuando Tofico terminó.

—Eso dijo.

—El viejo Eleazar no miente. No tiene razones para mentir y nunca las tuvo.

—¿Lo conoce bien?

—Lo conozco desde que tenía tu edad. Era mejor pescador que yo, lo cual es difícil de admitir pero es verdad. —Onésimo miró hacia donde el viejo normalmente se sentaba, que a esa hora estaba vacío—. ¿Te dijo algo más?

—Que la prisa arruina las cosas.

Onésimo sonrió con algo que no era exactamente humor sino reconocimiento.

—El viejo Eleazar lleva setenta años diciéndole eso al mar —dijo—. Y el mar nunca le ha hecho caso. Igual que yo.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Depende de lo que encuentres —dijo Onésimo—. Si encuentras nada, la prisa fue un error. Si encuentras algo, la prisa fue necesaria. El problema es que no sabes cuál de las dos es hasta que ya llegaste.

Fue al muelle a hablar con Pepe, y Tofico los vio desde lejos inclinados sobre la libreta del biólogo, trazando líneas en un mapa y señalando puntos que desde la distancia no podía identificar pero que sabía que era el camino hacia algo que ninguno de los tres había buscado originalmente y que ninguno de los tres podía dejar de buscar ahora que sabían que existía.

El Golfo, como siempre, no dio ninguna opinión sobre el asunto.

CAPÍTULO 8

Fiebre en Alvarado

Alvarado, semanas de octubre

En los días que siguieron al rumor de la esmeralda, Alvarado experimentó uno de esos fenómenos colectivos que los puertos pequeños producen con una regularidad que sus habitantes nunca terminan de prever aunque hayan vivido versiones anteriores. Era una especie de fiebre: no la fiebre del enfermo que necesita cama y quietud, sino la fiebre de los grupos humanos cuando una idea los agarra de una manera que el razonamiento ordinario no

puede soltar, esa temperatura alta y sostenida en que la posibilidad de algo extraordinario vuelve insoportable la certeza de lo ordinario.

El camarón seguía siendo caro y escaso. Las deudas de la cooperativa seguían siendo las mismas deudas. Los inspectores del presidente Calderilla seguían rondando el muelle con sus pretextos administrativos. Pero todo eso parecía de pronto más tolerable, o más irrelevante, o simplemente más pequeño, porque debajo del Golfo había quizás un galeón español y eso cambiaba el tamaño de las cosas aunque no cambiara ninguna de las cosas en sí mismas.

La manifestación más inmediata de la fiebre fue práctica y algo ridícula. Tres pescadores que normalmente trabajaban el banco de los Tres Palos cambiaron su zona de arrastre hacia el sur-sureste sin anunciarlo, con esa discreción de quien cree que está siendo sutil y que en realidad está siendo exactamente tan transparente como siempre. Sus redes subieron lodo, coral roto y camarón mediocre, lo mismo que habrían subido en cualquier otro punto de esa región del Golfo, y regresaron al puerto sin decir que habían ido a buscar otra cosa.

Dos buzos de recreo que vivían en Veracruz y que venían ocasionalmente a Alvarado a bucear en zonas costeras aparecieron en el puerto preguntando si alguien podía llevarlos mar adentro hacia una zona de fondos profundos. No especificaron exactamente qué zona ni por qué. Onésimo, que estaba en el muelle cuando llegaron, los escuchó desde una distancia prudente y se alejó antes de que pudieran verlo, no porque los temiera sino porque prefería no tener que decidir en ese momento si mentirles o ignorarlos.

—¿Los conoces? —le preguntó a Pepe esa tarde.

—No. Pero el equipo que traían no era de aficionados. Esas carcasas de cámara cuestan lo que yo gano en tres meses.

—¿Y eso qué significa?

—Que alguien los mandó con un propósito específico. Los aficionados no traen equipo así para una excursión casual.

—¿Quién los manda?

—Todavía no lo sé. Pero hay alguien detrás.

Onésimo procesó eso con la expresión de quien ya lo sospechaba y a quien la confirmación no le produce exactamente sorpresa sino más bien la incomodidad de ver la sospecha materializarse antes de estar completamente preparado para lidiar con ella.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que ese alguien sepa lo suficiente para moverse? —preguntó.

—Depende de cuánto sabe ya —dijo Pepe—. Si solo tiene el rumor, semanas. Si tiene más, menos.

—Entonces pasado mañana sigue siendo la fecha.

—Pasado mañana sigue siendo la fecha.

La fiebre del tesoro tenía también versiones más domésticas y más cómicas. En la cantina de Celia, que era el tribunal informal donde Alvarado juzgaba sus propios asuntos sin necesidad de jueces ni de abogados, las conversaciones de la semana giraron casi exclusivamente alrededor del galeón, sus posibles contenidos, los derechos que sobre él podría reclamar el municipio, el estado, la nación, los pescadores en general, o Onésimo en particular. Cada mesa tenía una opinión diferente y todas las opiniones eran igualmente infundadas e igualmente firmes.

—Yo digo que si lo encontró él, la mitad es suya —dijo un pescador que se llamaba Gregorio y que tenía la costumbre de opinar sobre cosas que no conocía con una autoridad que nadie le había conferido pero que nadie le disputaba activamente.

—La ley dice que el patrimonio histórico es del estado —dijo otro.

—¿Qué ley?

—La ley de patrimonio. Hay una ley.

—¿Tú la leíste?

—No la leí pero existe.

—Si no la leíste no sabes lo que dice.

—Sé que existe y que dice que es del estado.

—¿Y el estado qué hace con él? Lo mete en un museo y nosotros a seguir sin camarón.

Celia escuchaba estas conversaciones desde la barra con la expresión de quien ha escuchado suficientes discusiones sobre cosas que la gente no conoce como para saber que su único valor práctico es el tiempo que mantienen ocupadas las bocas que de otro modo estarían bebiendo más rápido.

Lo que la preocupaba genuinamente no era la discusión sobre los derechos legales al galeón, que era una discusión que podía durar años sin resolverse y que en cualquier caso no iba a ser resuelta por hombres bebiendo cerveza en su cantina. Lo que la preocupaba era la velocidad con que la información había dejado de ser privada.

Esa noche, cuando la cantina se vació y quedó sola limpiando mesas, pensó en Onésimo con la preocupación específica que se tiene por las personas que uno conoce bien y cuyas debilidades uno conoce exactamente: Onésimo era valiente hasta la imprudencia, generoso hasta la ingenuidad y suficientemente terco como para confundir la obstinación con el coraje cuando las dos cosas no eran necesariamente la misma. Había sobrevivido cuarenta años en el mar gracias a esas mismas cualidades que ahora podían convertirse en problemas, y la diferencia entre el mar y la gente que olfateaba tesoros era que el mar al menos era honesto en sus peligros.

Al día siguiente fue ella quien fue a buscarlo al muelle, que era una inversión de la dinámica habitual suficientemente notable como para que Onésimo la mirara con sorpresa cuando la vio aparecer.

—¿Qué pasó? —dijo.

—Nada todavía. Por eso vine.

—¿Por qué nada?

—Porque cuando algo pasa ya es tarde para prevenirlo. —Celia se apoyó en la borda del barco con los brazos cruzados—. Anoche en la cantina había dos hombres que no eran de aquí. No bebieron mucho. Escucharon mucho.

—¿Cómo eran?

—No locales. Ropa limpia para estar en un puerto. Preguntaron por ti sin preguntar directamente por ti: preguntaron por el pescador del pez, por dónde vivía, por qué barco era el suyo.

Onésimo miró El Rey del Golfo, que descansaba atracado a su lado con esa solidez desgastada que siempre le había parecido más confiable que la novedad reluciente de los barcos más nuevos.

—¿Y tú qué les dijiste?

—Que el pescador del pez era conocido de todo el puerto y que preguntarle a cualquiera en el mercado era suficiente para encontrarlo. No les dije dónde vivías ni cuál era el barco.

—Gracias.

—No me agradezcas. Solo no seas estúpido.

—Celia, yo nunca soy estúpido.

—Onésimo, tú eres exactamente tan estúpido como cualquier hombre cuando cree que tiene algo que los demás quieren. —Lo miró directamente —. ¿Cuándo salen?

—Mañana de noche.

—¿Y si esos hombres o los de las cámaras o quién sea saben que salen?

—No lo saben todavía.

—Todavía.

—Todavía.

Celia lo miró durante un momento con esa expresión que Onésimo había aprendido a leer en veinte años de conocerla: no era la expresión de alguien que aprueba una decisión sino la de alguien que ha entendido que la decisión ya está tomada y que lo único que puede hacer es asegurarse de que quien la tomó entienda exactamente lo que está haciendo.

—¿Pepe sabe lo que hace? —preguntó.

—Pepe sabe lo que sabe, que es bastante, y no sabe lo que no sabe, que también es bastante. Igual que todos.

—¿Y el muchacho?

—Tofico aprende rápido.

—¿Lo suficientemente rápido?

Onésimo no respondió de inmediato, que para él era una forma de admitir que la pregunta tenía peso.

—Suficientemente —dijo al fin.

Celia se separó de la borda y se irguió con ese gesto que tenía cuando cerraba una conversación.

—Lleva el rifle —dijo.

—¿El rifle?

—El que tiene Pascual en su bodega. El oxidado. Sé que existe porque él me lo contó borracho hace tres años.

—Celia, ir con un rifle es lo mismo que ir con una señal de que tengo miedo de algo.

—Ir sin él cuando debería tenerse es lo mismo que ser valiente de la manera equivocada.

Onésimo la miró.

—¿Desde cuándo sabes de rifles?

—Desde que aprendí que los hombres que tienen razón sin poder defenderse tienen razón de todas formas pero eso no les sirve de nada.

Se fue sin esperar respuesta, que era su manera habitual de terminar los argumentos que consideraba ganados, y Onésimo se quedó mirando su espalda alejarse con la mezcla de admiración y frustración que le producía Celia Mondragón desde hacía veinte años y que era probablemente la razón más honesta por la que seguía intentando convencerla de cenar con él aunque ella siguiera rechazándolo.

Esa tarde fue a ver a Pascual y le pidió prestado el rifle oxidado sin dar demasiadas explicaciones. Pascual lo miró con la suspicacia de quien sabe que si no piden explicaciones es porque las explicaciones complicarían el préstamo.

—¿Para qué?

—Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso lo que uno no quiere que pase.

Pascual consideró eso durante un momento.

—Te lo presto si me cuentas qué encontraste dentro del pez.

—Una piedra vieja.

—¿Verde?

—Puede ser.

—¿Y vale algo?

—Puede ser.

—¿Mucho o poco?

—El rifle, Pascual.

Pascual entró a su bodega y salió con el rifle envuelto en un trapo de aceite. Lo tendió hacia Onésimo con la precaución de los hombres que prestan algo valioso y no confían completamente en quién se lo llevan pero tampoco quieren pasar por mezquinos.

—Tráemelo en buenas condiciones —dijo.

—Como siempre.

—Como nunca, más bien. Pero eso ya lo sé.

Onésimo metió el rifle en El Rey del Golfo debajo de una lona en el compartimiento de proa, donde quedó junto a las cuerdas extra, el ancla de repuesto y los restos de una trampa de cangrejo que ya nadie usaba pero que tampoco nadie había tirado. Le pareció que esa compañía era apropiada para un rifle que esperaba no necesitar pero que Celia Mondragón había decidido que era necesario tener.

Esa noche, mientras revisaba el motor una última vez y Tofico dormía en la proa y Pepe afinaba sus instrumentos en su cuarto a tres calles del muelle, Alvarado siguió siendo Alvarado: ruidoso hasta cierta hora, silencioso después, con el Golfo siempre al fondo de todo como una nota larga que sostiene la armonía de una pieza sin que nadie la reconozca hasta que desaparece.

Y el Golfo siguió guardando lo que siempre había guardado, ajeno a la fiebre que había encendido en tierra, ajeno a los hombres con ropa limpia que preguntaban cosas sin preguntarlas directamente, ajeno a los buzos con cámaras caras y a los pescadores que cambiaban de zona sin decir por qué, ajeno a todo lo que ocurría sobre su superficie porque el Golfo, como todos los mares, sabe que la superficie es lo que cambia y lo que hay debajo es lo que permanece.

CAPÍTULO 9

Redes rotas

Altamar, noche

Salieron a las once de la noche con la discreción de quienes saben que la discreción no es suficiente pero es lo que tienen. El puerto estaba en ese estado de semisueño de las horas tardías en que los últimos clientes de las cantinas se dispersan hacia sus casas y los perros del muelle toman posesión del territorio que durante el día les corresponde solo nominalmente. Onésimo soltó amarras sin hacer ruido, que era una habilidad que había desarrollado en años de salir temprano sin despertar a vecinos que dormían con las ventanas abiertas, y El Rey del Golfo se alejó del muelle impulsado solo por

el movimiento del agua hasta que estuvo suficientemente lejos para encender el motor sin que el sonido llegara a nadie que pudiera importar.

Tofico se instaló en la popa con las piernas cruzadas y la expresión de alguien que ha decidido no tener miedo aunque todavía no haya terminado de convencerse completamente de esa decisión. Pepe revisaba sus instrumentos bajo la luz de una linterna pequeña, verificando conexiones con la paciencia metódica del científico que sabe que el equipo deficiente produce resultados deficientes y que en este caso el equipo era lo suficientemente deficiente como para que la verificación fuera más un ritual de tranquilidad que una garantía real.

El Golfo de noche era diferente al Golfo de día de una manera que Onésimo conocía bien pero que nunca terminaba de volverse completamente familiar. No era simplemente que estuviera oscuro: era que la oscuridad del mar de noche tenía una cualidad activa, como si el agua absorbiera la luz en lugar de simplemente no tenerla, y esa absorción producía una sensación de proximidad con el fondo que durante el día no existía porque el sol creaba la ilusión de distancia entre la superficie y lo que había debajo. De noche esa ilusión desaparecía y el Golfo se sentía como lo que era: una profundidad.

Navegaron en silencio durante cuarenta minutos, guiados por la memoria de Onésimo y por el GPS básico que Pepe había traído en una bolsa impermeable junto con el resto de su equipo. La ruta que tomaron no era la más directa sino la que pasaba por zonas de menor tráfico de otras embarcaciones y que había elegido ese día por la tarde sin decírselo a nadie más que a los otros dos.

—¿Cómo sabes dónde estás exactamente? —preguntó Tofico en algún punto del trayecto, en voz baja, como si el volumen normal fuera inapropiado a esa hora sobre el agua.

—Por las estrellas y por lo que sé —dijo Onésimo, igual de bajo—. Y por el GPS de Pepe cuando las estrellas no alcanzan.

—¿Y si el GPS falla?

—Entonces por las estrellas y por lo que sé.

—¿Y si hay nubes?

—Entonces por lo que sé.

Tofico consideró esa jerarquía durante un momento.

—¿Y si lo que sabe está equivocado?

—Entonces nos perdemos. Pero no nos hemos perdido en cuarenta años, así que las probabilidades están a nuestro favor.

Pepe levantó la vista de sus instrumentos.

—Estadísticamente eso no es un argumento válido.

—Estadísticamente estás en mi barco en medio del Golfo de noche, así que usa tus estadísticas cuando llegues a tierra.

Pepe volvió a sus instrumentos sin responder, que era una forma de admitir que el argumento tenía una lógica que él no podía refutar en esas circunstancias.

Cuando Onésimo redujo el motor y comenzó a moverse más despacio, todos entendieron que habían llegado a la zona sin necesidad de que nadie lo anunciara. El agua cambió de color de una manera que de noche era casi imperceptible pero que Onésimo sintió más que vio, un cambio de temperatura en la superficie, una modificación de la manera en que el barco respondía a la corriente, esas señales que el cuerpo de un pescador aprende a leer después de décadas hasta volverlas un idioma tan natural como el habla.

—Aquí —dijo.

Pepe encendió su ecosonda portátil y lo conectó al transductor que había asegurado al casco esa tarde en el muelle. La pantalla mostró el fondo con la imprecisión característica del equipo de segunda mano: una línea que descendía irregularmente, con picos y valles que en un instrumento mejor habrían tenido formas más definidas y que en este parecían más una sugerencia que una medida.

—El fondo está a unos cuarenta metros aquí —dijo Pepe—. Pero mira esto.

Señaló una zona de la pantalla donde la línea del fondo caía de manera abrupta, no con la gradualidad de una pendiente natural sino con la verticalidad de lo que los geólogos marinos llaman un escarpe: un borde, un escalón, una frontera entre dos profundidades muy diferentes.

—¿Cuánto cae? —preguntó Onésimo.

—No lo puedo medir con esto. Cae más de lo que el instrumento puede registrar en este rango. Habría que reprogramarlo para profundidades mayores.

—¿Cuánto tiempo llevaría?

—Diez minutos.

—Hazlo.

Mientras Pepe reprogramaba el ecosonda, Onésimo preparó la red con Tofico. No era el copo completo sino una versión reducida, una red de arrastre más ligera que podía manejarse sin el winche completo y que en fondos de lodo producía una muestra representativa de lo que había allí abajo sin el peso que en la última salida había dañado el equipo.

—¿Tiramos la red? —preguntó Tofico.

—Primero vemos el fondo. Luego decidimos.

El ecosonda reprogramado mostró lo que Pepe había sospechado: la depresión bajaba hasta profundidades que el instrumento ahora registraba como noventa metros, cien, más allá de donde la señal se volvía demasiado débil para ser confiable. No era una fosa abisal en el sentido técnico, pero era suficientemente profunda para que cualquier objeto que cayera en ella

hace trescientos años siguiera ahí, cubierto de sedimento, protegido por la presión y la oscuridad y la temperatura constante que son las condiciones en que el tiempo actúa diferente sobre las cosas que sobre los hombres.

—Aquí —dijo Pepe, señalando un punto de la pantalla—. El fondo sube un poco antes de caer. Hay una especie de repisa antes de la depresión. Si el barco se hundió en esta zona, pudo quedar parcialmente en la repisa antes de deslizarse.

—¿O pudo quedar en la repisa directamente si la depresión se abrió después?

—También. La geología submarina cambia. Un terremoto hace doscientos años pudo haber modificado el perfil del fondo.

—¿Y cómo sabemos en cuál de los dos casos estamos?

—Tirando la red cerca del borde de la repisa y viendo qué sube.

Onésimo miró el agua oscura. La noche era clara y las estrellas daban suficiente luz para ver la superficie del Golfo como una extensión negra y ligeramente brillante, sin que esa luz alcanzara a revelar nada de lo que había debajo, que era exactamente la condición permanente del mar: mostrar su superficie y guardar su profundidad.

—Tira la red —dijo.

Desplegaron la red con cuidado, soltando cable lentamente para que bajara sin engancharse, y esperaron. La espera tenía la calidad específica de las esperas sobre el agua de noche: más lenta que las esperas en tierra, más cargada, como si el tiempo adoptara la densidad del agua a su alrededor y se moviera con la misma lentitud que todo lo que existe bajo la superficie.

Tofico no habló durante esa espera. Miraba el agua donde la cuerda desaparecía con la atención de alguien que espera ver algo aunque no sepa exactamente qué, y mantenía las manos cerca de la cuerda sin tocarla porque Onésimo le había dicho que cuando la red llegaba al fondo se sentía en la tensión del cable y que ese momento requería atención y no movimiento.

Lo sintió antes que los otros dos: un cambio en la tensión que pasó de la regularidad del cable suspendido en el agua a algo diferente, más firme, más presente.

—Llegó —dijo.

—Bien —dijo Onésimo—. Ahora arrastramos.

Encendió el motor a velocidad mínima y El Rey del Golfo avanzó lentamente, tirando de la red a través del fondo con la paciencia de los procesos que no admiten apresuramiento. Durante los primeros minutos todo se sintió normal: la resistencia habitual del lodo, el peso esperado de lo que una red recoge cuando se arrastra por un fondo activo. Luego algo cambió.

La resistencia aumentó de manera que no correspondía al lodo ni al peso ordinario del arrastre. Era una resistencia diferente: más firme, más

localizada, como si la red hubiera encontrado algo que no cedía sino que tiraba de vuelta con una obstinación que el fondo de lodo no tenía porque el fondo de lodo nunca ofrecía resistencia activa, simplemente se dejaba arrastrar.

—Algo enganché —dijo Onésimo.

—¿Coral? —preguntó Pepe.

—El coral cede distinto. Esto no cede.

El cable se tensó de manera que producía un sonido que Onésimo reconoció como señal de advertencia: no el sonido de algo que va a romperse todavía sino el sonido anterior, el que dice que si se sigue tirando podría llegar a ese punto. Redujo la velocidad hasta casi detenerse y esperó que la tensión se distribuyera.

—¿Qué hacemos? —dijo Tofico.

—Esperamos un momento. —Onésimo tenía la mano en el control del motor con la delicadeza que se tiene con las cosas que están a punto de decidirse —. Si cede, seguimos. Si no cede, retrocedemos y lo dejamos ir.

—¿Y si al retroceder se rompe la red?

—Entonces se rompe la red.

Esperaron. La tensión del cable mantuvo su presión durante un tiempo que Pepe midió en su reloj como cuatro minutos y que para los otros dos se sintió considerablemente más largo. Luego, con la lentitud de lo que no quiere ser movido pero acepta finalmente que no puede evitarlo, algo abajo cedió parcialmente y el cable se alivió un grado, solo un grado, como si lo que estaba al otro extremo hubiera decidido soltarse a medias pero no del todo.

—Jala —dijo Onésimo.

Subieron la red a mano, porque el winche había empezado a hacer un ruido que no era de confianza y Onésimo prefería el esfuerzo físico a la posibilidad de que el mecanismo fallara en el momento equivocado. Los tres jalaron el cable con la coordinación que se aprende rápido cuando no hay otra opción, y la red subió con una pesadez que era más de lo que la pesca ordinaria producía pero menos de lo que la resistencia inicial había sugerido.

Lo que llegó a la superficie cuando el copo finalmente asomó sobre la borda era una mezcla: algo de lodo oscuro con olor a fondos que no reciben luz, pedazos de coral antiguo con las incrustaciones de quien lleva mucho tiempo siendo parte del paisaje del fondo, y entre todo eso, fragmentos de algo que no era coral ni era lodo ni era ninguna de las cosas que suben normalmente en una red de arrastre.

Pepe tomó uno de los fragmentos con la linterna cerca. Era madera. No la madera blanda y podrida de los restos orgánicos que el Golfo devuelve después de unos años: era madera dura, oscurecida y mineralizada por el tiempo y la presión, con la textura de las cosas que han estado bajo el agua

tanto tiempo que han empezado a convertirse en otra cosa sin terminar de dejar de ser lo que eran.

—Madera trabajada —dijo Pepe, en un tono que era bajo no por discreción sino porque la voz no le salió más alta—. Estas marcas son de herramienta. Esto fue cortado y ensamblado por alguien.

—¿Cuánto tiempo lleva en el fondo? —preguntó Tofico.

—No puedo saberlo así. Pero la mineralización es avanzada. Años. Muchos años.

—¿Siglos?

—Posiblemente.

La red también traía algo más: en el extremo inferior del copo, donde la malla estaba más deformada por el enganche que habían sufrido, había varios metros de red desgarrada que los tres miraron con la resignación de los que saben que una red rota es dinero, y el dinero siempre llega en el peor momento.

—La red —dijo Tofico.

—Ya sé —dijo Onésimo—. Vale la pena igual.

Guardaron los fragmentos de madera en la bolsa impermeable de Pepe con el cuidado que merecían. Recogieron lo que quedaba de la red. Y Onésimo, antes de encender el motor para el regreso, se quedó un momento mirando el agua sobre la zona donde el cable había encontrado resistencia.

Estaba ahí. No sabía exactamente qué era todavía, no con certeza, no con la certeza que requiere hacer algo con la información. Pero estaba ahí, en esa oscuridad que el ecosonda había medido en noventa metros antes de perder la señal, guardado por el lodo y el tiempo y la misma indiferencia del Golfo que guardaba todo lo que caía en él sin pedir permiso ni dar explicaciones.

—¿Volvemos? —preguntó Tofico.

—Volvemos —dijo Onésimo.

Encendió el motor y El Rey del Golfo comenzó el regreso hacia Alvarado con sus luces de posición encendidas y la bolsa impermeable de Pepe asegurada bajo la banca de la cabina, y los tres hombres en silencio que no era el silencio del fracaso sino el del encuentro con algo demasiado grande para celebrarlo todavía, antes de saber exactamente qué era lo que habían encontrado.

CAPÍTULO 10

La marca en el mapa

Casa de Pepe Alatriste / Cantinas de Alvarado

Los fragmentos de madera mineralizada pasaron el resto de la noche en la bolsa impermeable sobre el escritorio de Pepe, que los miró durante un rato antes de acostarse con la expresión de quien tiene algo que analizar y sabe

que el análisis va a tomar tiempo que las horas de la madrugada no permiten hacer bien. Los guardó. Apagó la luz. Intentó dormir. Consiguió algo que se parecía al sueño en algunas de sus características externas pero que no tenía ninguno de sus beneficios.

A las seis de la mañana estaba en su escritorio con café, la libreta abierta y los fragmentos dispuestos sobre un paño blanco bajo la lámpara de escritorio, que era la mejor luz que tenía disponible y que resultaba suficiente para lo que necesitaba hacer primero, que era mirar.

Mirar era una habilidad que Pepe Alatriste había cultivado desde la universidad con la consciencia de que ver y mirar eran operaciones completamente distintas: ver era recibir información pasivamente, mirar era buscarla activamente, y la diferencia entre las dos era la diferencia entre un observador y un científico. Miró los fragmentos durante veinte minutos sin tocarlos, rotando la posición de la lámpara para cambiar el ángulo de la luz sobre las superficies, buscando marcas, texturas, patrones que el lodo y el tiempo hubieran conservado.

Encontró lo que buscaba en el tercero de los seis fragmentos: una marca que no era natural, que tenía la regularidad imposible de la herramienta sobre la madera. Era una ranura, o lo que quedaba de una ranura, parcialmente borrada por la mineralización pero suficientemente visible bajo luz rasante para confirmar que había sido hecha con intención. Y junto a la ranura, en una zona donde el fragmento tenía la superficie más plana, algo que podría haber sido una marca de ensamblaje: el tipo de señal que los carpinteros de ribera coloniales usaban para indicar qué pieza iba en qué posición durante la construcción de un casco.

Tardó tres horas más en encontrar referencias que confirmaran lo que estaba mirando. Las marcas de ensamblaje de los carpinteros de ribera del siglo XVII tenían características documentadas en tratados de construcción naval histórica que Pepe había localizado en bases de datos especializadas. No eran idénticas a lo que tenía frente a él, pero tampoco debían serlo: tres siglos bajo el mar producen transformaciones que hacen imposible la comparación directa con cualquier estándar moderno. Lo que tenía era compatible. No era prueba definitiva. Era compatible, que en ausencia de prueba definitiva era la palabra más honesta que podía usar.

Escribió en la libreta con letra apretada: *Compatible con construcción naval española. Siglo XVII probable. Confirmar con análisis dendrocronológico si posible. Por el momento: suficiente.*

Esa última palabra le pareció importante. Suficiente era una categoría que los científicos rara vez se permitían porque siempre había más análisis posibles, más confirmaciones necesarias, más dudas razonables que eliminar antes de avanzar. Pero Pepe Alatriste llevaba veinte años siendo riguroso en un trabajo que no lo requería y había aprendido que el rigor excesivo aplicado en el momento equivocado era también una forma de inmovilismo,

y que el inmovilismo era exactamente lo que no podían permitirse en este momento.

Fue al muelle a las nueve con la libreta bajo el brazo y encontró a Onésimo reparando la red dañada con la concentración del trabajo manual que no requiere pensar en lo que se está haciendo.

—¿Qué encontraste? —dijo Onésimo sin levantar la vista de la malla.

—Madera de construcción naval. Marca de ensamblaje. Compatible con técnicas del siglo XVII.

—¿Compatible significa que sí o que puede ser?

—Significa que puede ser con una probabilidad suficientemente alta como para tratarlo como si fuera sí mientras seguimos buscando confirmaciones.

Onésimo levantó la vista.

—Pepe, yo pregunto si es sí o no. Dame una de las dos.

—Es sí —dijo Pepe, después de un momento—. Con las reservas científicas correspondientes, pero sí.

—Las reservas científicas las guardas tú. Yo me quedo con el sí.

Pasaron la mañana siguiendo dos líneas de trabajo paralelas que parecían diferentes y eran parte del mismo proceso. Pepe extendió cartas náuticas sobre la mesa de la cantina de Celia, que los recibió sin entusiasmo pero sin negarles el espacio porque había aprendido a distinguir cuándo Onésimo estaba haciendo algo que en realidad importaba y cuándo simplemente fingía que importaba. Comparó las cartas modernas con los registros históricos incompletos que había descargado en los días anteriores, buscando coincidencias entre la zona de la depresión submarina y las rutas documentadas de navegación colonial.

Lo que encontró no era una certeza sino una convergencia: la zona de la Boca del Diablo, según las descripciones fragmentarias que había podido localizar, correspondía con un área que los pilotos coloniales evitaban por sus corrientes impredecibles. Y la ruta que un galeón perseguido por corsarios habría tomado desde las aguas del Caribe hacia Veracruz, si la tormenta lo hubiera empujado hacia el sur antes de que pudiera encontrar la costa, pasaba exactamente por esa zona.

Onésimo, mientras tanto, hacía su propio trabajo de investigación con los recursos que conocía: recorría el malecón, tomaba cafés con pescadores viejos que llevaban décadas en el Golfo, hacía preguntas que parecían casuales sobre zonas de pesca, corrientes, fondos. Era una investigación sin libros ni bases de datos, hecha de memoria compartida y experiencia acumulada, y producía información que ninguna carta náutica podía contener porque nunca había sido escrita.

El viejo Eleazar le habló esa mañana, sin que Onésimo se lo pidiera directamente, de una cosa que recordaba de su padre: que había un punto donde el agua tenía un sonido diferente cuando golpeaba el casco del barco,

como si debajo hubiera algo que modificaba el comportamiento de las ondas. No era ciencia. Era la física intuitiva del pescador que escucha el mar con el cuerpo, pero era información que el ecosonda de Pepe no habría podido registrar porque el ecosonda medía distancias y el viejo Eleazar describía sonidos.

—¿En qué punto? —preguntó Onésimo.

—Al borde de donde el agua cambia de color. Un poco al sur del cambio. Ahí el golpe del casco suena hueco.

—¿Hueco como si hubiera algo?

—Hueco como si hubiera algo —confirmó el viejo—. Pero yo nunca bajé a ver y no conozco a nadie que haya bajado.

Esa tarde, con los datos de Pepe y la información de Eleazar dibujados en la libreta como dos líneas que convergían en un mismo punto, los tres se sentaron en el muelle con las piernas colgando sobre el agua y la libreta abierta entre Pepe y Onésimo.

—Aquí —dijo Pepe, señalando un punto en el mapa donde dos líneas de distintos colores se cruzaban—. La convergencia de la ruta probable del galeón, la zona de la depresión submarina, el cambio de color del agua y el punto que describe el viejo Eleazar. Todo apunta aquí.

—¿Y si tiramos la red otra vez en ese punto exacto? —preguntó Tofico.

—Si tiramos la red otra vez en ese punto exacto con el equipo que tenemos, probablemente rompemos otra red y subimos más madera —dijo Pepe—. Lo que necesitamos para saber más no es otra red sino ojos abajo.

—¿Buceo? —dijo Onésimo.

—Buceo con cámara. A esa profundidad necesitamos equipo de buceo técnico que ninguno de los tres tiene.

—¿Puedes conseguirlo?

—Conozco a alguien en Veracruz que alquila equipo de buceo técnico sin hacer demasiadas preguntas. No sé si tiene lo necesario para noventa metros.

—Averigua.

Fue durante esa conversación cuando Celia apareció en la puerta de la cantina con el trapo de limpiar en la mano y los miró con la expresión de quien ha escuchado suficiente desde adentro.

—Hay un hombre que lleva dos días preguntando por ustedes —dijo.

Los tres la miraron.

—¿Qué hombre? —dijo Onésimo.

—No lo conozco. No es del puerto. Viene, toma una cerveza, escucha, pregunta un poco y se va. Ayer preguntó por el biólogo. —Señaló a Pepe—. Preguntó si era verdad que trabajaba en la cooperativa y si había estado examinando el pez raro.

—¿Cómo es? —preguntó Pepe.

—Cincuenta y tantos. Bien vestido para estar aquí. No parece funcionario. Parece... —Celia buscó la palabra— empresario. De los que tienen dinero suficiente para no tener que parecerlo pero lo parecen igual.

—¿Y dijo para quién trabaja?

—No dijo nada de eso. Solo preguntó.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que el biólogo era nuevo en el puerto y que no lo conocía bien. Lo cual es verdad.

—Gracias, Celia.

—No me agradezcas. Solo tengan cuidado con quién saben dónde están. —Desapareció adentro con el trapo, y luego volvió a asomar la cabeza—. Y ese hombre va a volver. Los que preguntan así siempre vuelven.

Tenía razón. Volvió esa misma tarde.

Pepe lo vio primero, desde la ventana de la cooperativa donde estaba revisando los documentos de captura de la semana. Un hombre de la descripción de Celia caminaba por el malecón con la lentitud de quien no tiene prisa pero sí tiene destino, mirando los barcos con una atención que no era la del turista ni la del funcionario: era la atención de alguien que sabe lo que busca y está verificando si está donde cree que está.

Llamó a Onésimo con el teléfono.

—Está aquí.

—¿Dónde exactamente?

—En el malecón. Mirando los barcos. Va a llegar al siete en cinco minutos.

—Bien. No salgas.

—¿Y tú?

—Yo lo recibo.

Onésimo salió de El Rey del Golfo y se instaló en el muelle junto al barco con la naturalidad de quien estaba ahí antes de que llegara nadie y va a seguir estando cuando todos se vayan. El hombre llegó al número siete con paso tranquilo y se detuvo mirando el camaronero con una expresión que mezcla la evaluación y el reconocimiento.

—Bonito barco —dijo.

—Tiene sus años —dijo Onésimo— pero funciona.

—¿Es suyo?

—Desde hace veinte años. ¿Y usted?

El hombre sonrió con la sonrisa calibrada de quien la usa como herramienta.

—Mauro Barragán —dijo, extendiendo la mano—. Empresario. Me interesan las actividades marítimas de la región.

—Onésimo Carreón —dijo Onésimo, estrechando la mano con la fuerza exacta que le devolvía—. Pescador. Me interesan el camarón y que me dejen en paz.

Barragán sonrió de nuevo, esta vez con algo que era reconocimiento genuino.

—Directo —dijo.

—El mar enseña eso.

—Me imagino. —Barragán miró el Golfo un momento, luego volvió a Onésimo —. He escuchado que encontró algo interesante recientemente. Un pez poco común y algo dentro del pez.

—He encontrado muchas cosas en cuarenta años. El Golfo es generoso.

—Esta en particular llama la atención.

—¿La atención de quién?

—De gente que puede ser útil —dijo Barragán, con la precisión de quien elige las palabras después de haberlas pensado—. Y de gente que puede ser lo contrario.

—¿Y usted cuál de las dos es?

—Eso depende de cómo se maneje la situación.

Onésimo lo miró durante un momento con la expresión de quien ha escuchado variaciones del mismo argumento suficientes veces como para reconocer el patrón.

—¿Qué quiere, señor Barragán?

—Hablar. En mejores condiciones que estas. Con calma y sin prisas.

—Yo tengo camarón que pescar y redes que reparar.

—Le tomaría una hora.

—Mi hora vale.

—La compensamos.

Onésimo miró el Golfo, luego el barco, luego a Barragán.

—No esta semana —dijo—. Estoy ocupado.

—La semana que viene, entonces.

—Puede ser.

Se despidieron con la misma cordialidad tensa con que se habían saludado, y Barragán se alejó por el malecón con el mismo paso tranquilo con que había llegado. Onésimo lo vio irse sin moverse, con las manos en los bolsillos y esa expresión que Celia habría reconocido inmediatamente como la cara de alguien que está a punto de hacer algo que sabe que no debería y que lo va a hacer de todas formas.

Esperó hasta que Barragán desapareció en la dirección del estacionamiento. Luego sacó el teléfono y llamó a Pepe.

—Dile a tu contacto en Veracruz que necesitamos el equipo de buceo lo antes posible —dijo—. Esta semana si puede ser.

—¿Qué pasó?

—Que la semana que viene puede ser tarde.

CAPÍTULO 11

Los hombres que huelen el oro

Alvarado, cantinas y muelle, noches

Mauro Barragán no era el único que olía algo. Era simplemente el único que tenía los recursos para actuar sobre lo que olía de manera organizada y paciente, que era exactamente lo que lo hacía más peligroso que los pescadores curiosos, los buzos con equipo caro o los funcionarios municipales que seguían revisando permisos por órdenes del presidente Calderilla. La diferencia entre Barragán y todos los demás interesados en el asunto era la misma diferencia que existe entre un depredador con método y una bandada de gaviotas: las gaviotas hacen ruido y se lanzan todas al mismo tiempo y obtienen algo; el depredador espera, observa, elige el momento y obtiene todo.

Onésimo lo entendió en los días que siguieron al encuentro en el muelle. No de manera súbita ni con ninguna revelación dramática, sino gradualmente, de la forma en que los pescadores entienden las cosas importantes: observando cambios pequeños en el comportamiento de lo que los rodea y deduciendo de esos cambios lo que no puede verse directamente.

El primer cambio fue que las preguntas sobre el pez y la esmeralda dejaron de llegar de frente. Antes la gente del puerto preguntaba directamente, con la despreocupación de quien pregunta porque tiene curiosidad y no porque tenga plan. Ahora las preguntas llegaban oblicuas, envueltas en conversaciones sobre otras cosas, formuladas por personas que no habrían tenido razón para interesarse antes y que de pronto mostraban un interés demasiado específico para ser casual. Un vendedor de hielo que había conocido toda la vida preguntó una mañana, entre broma y broma, si era verdad que Onésimo había encontrado el lugar exacto donde capturó al pez. Un mecánico de motores marinos que le reparó una correa de transmisión quiso saber, mientras trabajaba, si el biólogo que andaba con él era el mismo que revisaba capturas en la cooperativa. Una mujer del mercado que vendía limones y con quien Onésimo intercambiaba el saludo de siempre sin mayor conversación se detuvo un día a preguntarle si era verdad que el barco iba a salir otra vez la semana próxima.

Ninguna de esas personas era espía en el sentido de las películas. Eran simplemente personas que habían recibido dinero o favores o simplemente la atención de alguien que les había preguntado cosas y que habían respondido con la ingenuidad de quien no ve el daño en compartir lo que sabe porque lo que sabe parece inocente.

—Alguien los está comprando —le dijo Onésimo a Pepe esa noche, en el barco, con el motor apagado y las luces bajas—. No a todos. A algunos. Los suficientes para tener ojos en todo el puerto sin que parezca que los tiene.

—¿Barragán?

—¿Quién más?

Pepe miró el agua del muelle, que a esa hora de la noche tenía un brillo de aceite que le daba un aspecto de quietud engañosa.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva haciéndolo?

—Desde antes de presentarse. Esa visita fue para que yo supiera que existía, no para obtener información. La información ya la tenía.

—¿Qué información?

—La suficiente para saber que hay algo. No suficiente para saber exactamente qué ni exactamente dónde. Todavía.

—¿Y cuánto tiempo antes de que la tenga?

—Depende de cuánto rindamos nosotros antes de eso.

Tofico escuchaba desde la popa con la expresión de quien ha aprendido que el silencio en esas conversaciones no es indiferencia sino atención, y que su función en este momento era precisamente esa: escuchar y procesar y estar listo para cuando alguien le pidiera hacer algo con lo que había procesado.

—¿Y el equipo de buceo? —preguntó, porque esa pregunta sí le correspondía formularla.

—Jueves —dijo Pepe—. Mi contacto de Veracruz trae lo que tiene el jueves. No es equipo de noventa metros, que ese no existe para alquiler en la región, pero tiene un sistema de cámara remota con cable de cincuenta metros que puede bajar hasta donde la repisa empieza. Si el pecio está en la repisa o cerca del borde, podemos verlo.

—¿Y si está más abajo?

—Entonces sabemos que está más abajo y decidimos qué hacer con eso.

Onésimo asintió. El jueves era en cuatro días, que eran cuatro días en que Barragán y sus informantes seguirían construyendo el mapa de lo que estaban haciendo sin que ellos pudieran impedirlo completamente. La única ventaja que tenían era la que siempre había sido: el conocimiento del lugar. Barragán podía comprar ojos en el puerto, pero no podía comprar los cuarenta años de Onésimo en el Golfo ni la intuición de Pepe sobre el comportamiento del pez ni la memoria oral del viejo Eleazar sobre los sonidos del casco sobre el fondo hueco.

Lo que no podía comprarse era lo único que valía.

El segundo cambio que Onésimo notó fue más concreto y más inquietante. Dos noches después del encuentro con Barragán, al revisar El Rey del Golfo antes de acostarse, encontró que la escotilla del compartimiento de proa había sido abierta y vuelta a cerrar sin el cuidado suficiente para que

quedara exactamente como la había dejado. No faltaba nada: las cuerdas estaban, el ancla estaba, el rifle oxidado de Pascual seguía donde lo había puesto. Pero alguien había mirado.

No dijo nada a Pepe ni a Tofico esa noche. Esperó hasta la mañana y fue directamente a la cantina de Celia.

—Alguien entró al barco —dijo.

Celia dejó de limpiar el mostrador.

—¿Cuándo?

—Anoche. Entre las diez y las dos, que es cuando yo no estaba.

—¿Falta algo?

—Nada. Solo miraron.

—¿El equipo de Pepe?

—Lo tiene él en su cuarto. No estaba en el barco.

Celia procesó eso con la rapidez de alguien que piensa bien bajo presión.

—Si solo miraron y no tomaron nada, no buscan pruebas de lo que tienen. Buscan confirmar dónde están las cosas para saber cuándo actuar.

—Eso pienso yo también.

—¿Y el equipo llega el jueves?

—Sí.

—Entonces tienen que salir antes de que alguien sepa que el equipo llegó.

—El jueves de noche, sí.

—¿Y si ya saben que el equipo llega el jueves?

Onésimo no respondió de inmediato porque la pregunta tenía una respuesta que prefería no formular en voz alta.

—Si ya saben —dijo al fin—, entonces el jueves de noche salimos igual. Porque no salir sería peor.

Celia asintió con esa expresión que tenía cuando alguien decía algo con lo que no estaba de acuerdo pero que entendía que era la única opción disponible.

—¿Cuántos son los hombres de Barragán? —preguntó.

—No lo sé exactamente. Los dos que vi en el muelle la primera noche. Quizás más.

—¿Tienen barco?

—Eso tampoco lo sé. Pero un hombre con ese tipo de operación tiene barco o puede conseguirlo en menos tiempo del que nos lleva a nosotros reprogramar el ecosonda.

—Entonces no es una ventaja que ustedes tengan barco.

—La ventaja es que nosotros sabemos el punto exacto y ellos no. Todavía.

La conversación con Celia terminó ahí porque entraron los primeros clientes de la mañana y ella volvió a ser la dueña de la cantina que servía café y no la persona que pensaba en estrategia de operaciones marítimas clandestinas, que era un desdoblamiento que manejaba con una naturalidad que Onésimo encontraba, no por primera vez, considerablemente admirable.

Esa misma tarde, Pepe tuvo su propio encuentro con la red que Barragán había tendido alrededor de ellos. Estaba en la cooperativa revisando documentos de captura cuando se acercó un colega, un hombre que llevaba años trabajando en la misma oficina sin que hubiera entre ellos nada más que la cordialidad funcional de los que comparten espacio de trabajo sin compartir intereses, y le preguntó, con una casualidad demasiado elaborada para ser natural, si era verdad que había estado analizando material biológico no identificado extraído del Golfo.

Pepe lo miró.

—¿Quién te preguntó eso?

El hombre parpadeó.

—Nadie. Solo escuché algo.

—¿Dónde lo escuchaste?

—Por ahí. Ya sabes cómo es el puerto.

—Sí —dijo Pepe—. Sé exactamente cómo es el puerto.

Se levantó, recogió sus cosas y salió de la cooperativa sin más explicación, que era una respuesta que en términos prácticos no decía nada y que en términos de información decía exactamente lo suficiente para que el colega entendiera que la conversación había sido un error que no debería repetirse.

Llamó a Onésimo desde la calle.

—Ya llegaron a la cooperativa.

—Ya lo sabía.

—¿Cómo?

—Porque así funciona. Cuando alguien tiene dinero suficiente el dinero llega antes que las preguntas. —Pausa—. ¿Sigue siendo jueves?

—Sigue siendo jueves.

—Bien. De aquí a jueves no hablamos de nada de esto por teléfono. Lo que necesitemos decirnos nos lo decimos en el barco o en la cantina de Celia o en ningún lado.

—De acuerdo.

—Y Pepe.

—¿Qué.

—Lleva el equipo a tu cuarto y no lo dejes solo. Nada de lo que traiga tu contacto de Veracruz pasa por la cooperativa ni por ningún lugar donde alguien que no sea nosotros pueda verlo.

—Entendido.

Colgaron. Pepe se quedó un momento en la calle con el teléfono en la mano, mirando el malecón que a esa hora de la tarde tenía el aspecto de siempre: los barcos en sus lugares, las gaviotas en sus disputas, los pescadores en sus tareas, Alvarado siendo Alvarado con toda la normalidad insistente de los lugares que no cambian de apariencia aunque lo que ocurre debajo haya cambiado completamente.

Pensó en los veinte años que llevaba trabajando en esa cooperativa mirando ese malecón haciendo exactamente lo que se esperaba de él. Pensó en la libreta con las notas sobre madera mineralizada y marcas de ensamblaje del siglo XVII. Pensó en Barragán y sus informantes y en la manera en que el dinero se movía por los puertos como se mueve el lodo en el fondo del mar: invisible desde arriba, perfectamente presente desde abajo.

Luego pensó en el jueves, en la cámara remota con cincuenta metros de cable, en la repisa submarina donde el fondo subía un poco antes de caer hacia la profundidad donde el ecosonda perdía la señal.

Y caminó hacia su cuarto a esperar el jueves con la paciencia imperfecta de alguien que por primera vez en mucho tiempo tiene algo que esperar.

CAPÍTULO 12

La mujer del faro

Casa de Matilde Rivas, cerca del faro abandonado

El contacto de Pepe en Veracruz no era exactamente lo que Onésimo había imaginado cuando Pepe lo describió como alguien que alquilaba equipo de buceo técnico sin hacer demasiadas preguntas. Había imaginado a algún tipo de comerciante marino de ética flexible, de esos que abundan en los puertos donde las regulaciones son suficientemente complicadas como para que ignorarlas resulte más práctico que cumplirlas. Lo que llegó el jueves por la tarde no era un comerciante sino una mujer de unos cincuenta años que manejó hasta el muelle en una camioneta pickup gris con placas de Veracruz, bajó dos cajas de equipo con la eficiencia de quien no necesita ayuda aunque la aceptaría si se la ofrecieran, y le tendió la mano a Onésimo con la franqueza de alguien que no tiene tiempo para preliminares.

—Matilde Rivas —dijo—. Pepe me explicó algo de lo que buscan. En el camino pensé algunas cosas que quizás les sirvan.

Onésimo le estrechó la mano evaluándola con la rapidez de siempre: manos que habían trabajado físicamente, mirada directa, sin la ansiedad de quien llega a un lugar nuevo ni la seguridad fingida de quien quiere parecer que no la tiene. Era alguien que había estado en situaciones complicadas antes y que las había navegado, probablemente, de la misma manera en que navegaba cualquier cosa: con método y sin dramatismo.

—¿Qué sabe de lo que buscamos? —preguntó Onésimo.

—Sé que encontraron una esmeralda colonial dentro de un pez de profundidad, que tienen madera mineralizada compatible con construcción naval del siglo XVII, y que la zona donde lo capturaron tiene una depresión submarina que el equipo ordinario no puede alcanzar. —Miró a Onésimo con algo que no era desafío sino evaluación—. ¿Falta algo?

—No falta nada —dijo Onésimo, mirando a Pepe.

Pepe se encogió de hombros levemente, que era su manera de admitir que había contado más de lo estrictamente necesario pero que lo había hecho por razones que esperaba justificar.

—Matilde es investigadora de historia marítima colonial —dijo—. Lleva quince años estudiando naufragios del Golfo de México. Si hay alguien que puede ayudarnos a entender lo que tenemos, es ella.

—¿Y el equipo? —preguntó Onésimo.

—El equipo también soy yo —dijo Matilde, señalando las cajas—. Tengo una cámara remota con cable de sesenta metros, un ecosonda de precisión que mejora lo que tienen, y suficiente experiencia en operaciones de documentación submarina como para que lo que bajen tenga valor si alguna vez necesitan usarlo como evidencia.

—¿Evidencia de qué?

—De que encontraron algo antes de que alguien más diga que lo encontró él.

Onésimo la miró durante un momento.

—Sígame —dijo.

La llevó al barco, no porque fuera el lugar más cómodo sino porque era el lugar donde podían hablar sin que nadie en tierra pudiera escucharlos, y durante la siguiente hora los cuatro se sentaron en la cubierta de El Rey del Golfo con los planos de Pepe, el ecosonda de Matilde encendido para comparar sus lecturas con las del instrumento anterior, y una conversación que fue adquiriendo la seriedad específica de las conversaciones donde cada participante tiene algo genuinamente distinto que aportar.

Matilde extendió un mapa histórico sobre la borda, sujeto con dos pinzas de ropa para que el viento no lo llevara, y señaló una zona marcada con tinta roja que se superponía casi perfectamente con el área que Pepe había identificado como la convergencia de sus propias referencias.

—Este es el área de desaparición probable del galeón Santa Catalina de Alejandría —dijo—. No aparece en los registros oficiales de naufragios porque el archivo que lo menciona es un documento de inteligencia militar español que estuvo clasificado hasta 1978 y que lleva en una base de datos de acceso restringido desde entonces. Lo encontré hace cuatro años buscando otra cosa y lo guardé porque no tenía contexto suficiente para saber qué hacer con él.

—¿Y ahora tiene contexto? —dijo Pepe.

—Ahora tengo contexto —confirmó Matilde—. El Santa Catalina salió de Veracruz el doce de septiembre de 1683 con una carga que los registros describen en términos vagos porque parte de ella era de naturaleza reservada. Fue perseguido por tres naves corsarias holandesas durante cuatro días y la última posición conocida lo sitúa al sur-sureste del puerto de Veracruz, en una zona de aguas profundas, durante una tormenta de intensidad severa. No hay registro de supervivientes ni de rescate. No hay registro de la carga en ningún otro puerto.

El silencio que siguió a eso tenía la calidad específica de los silencios que se producen cuando una pieza que faltaba encaja en su lugar y el conjunto adquiere una forma que antes no tenía.

—¿Carga reservada significa lo que creo que significa? —dijo Tofico.

—Significa que había cosas a bordo que la Corona no quería documentar públicamente —dijo Matilde—. Podía ser cualquier cosa: correspondencia diplomática, objetos de valor de familias nobles, bienes de la Iglesia que no debían declararse, o mercancía de origen suficientemente irregular como para que nadie tuviera interés en dejar constancia escrita.

—¿O un cofre con algo que la Corona quería mantener confidencial? —dijo Onésimo.

—También eso. —Matilde lo miró—. El documento que encontré menciona específicamente que a bordo viajaba un funcionario real con instrucciones selladas para entregar en España. El nombre del funcionario no aparece. Las instrucciones tampoco.

—¿Y la esmeralda? —preguntó Pepe.

—La esmeralda es consistente con la joyería de las familias que hacían el trayecto Veracruz-España en ese período. Las piedras preciosas colombianas eran parte del comercio habitual entre el virreinato y la metrópoli. El hecho de que fuera engastada en un anillo de oro labrado sugiere que pertenecía a alguien de posición. No es parte del cargamento oficial. Es de alguien que viajaba con ella.

—Una pasajera —dijo Onésimo, recordando el prólogo que ninguno de ellos conocía pero que el Golfo había conservado en sus profundidades con la misma paciencia con que conservaba todo lo demás.

—Probablemente. Una dama, por el tipo de joyería.

La conversación continuó durante otra hora, cruzando la información de Matilde con las mediciones de Pepe y la experiencia de Onésimo, y fue en ese cruce donde empezó a aparecer algo que ninguno de los cuatro había tenido por separado: no solo la evidencia de que había un naufragio sino una idea razonablemente precisa de dónde estaba y de qué podía contener.

Cuando oscureció, Matilde preguntó si podía quedarse en el puerto para la salida del jueves de noche, que ya era esa noche, y Onésimo miró a Pepe y Pepe miró a Tofico y Tofico se encogió de hombros con la expresión del que no tiene voto pero tampoco objeción.

—¿Ha buceado antes? —preguntó Onésimo.

—En agua abierta, sí. En operaciones de documentación de patrimonio subacuático, también. En condiciones como las que describen, con profundidad y riesgo de vigilancia, no exactamente. Pero sé manejar la cámara remota y sé lo que hay que documentar y en qué orden. Eso vale más en este caso que la experiencia de buceo.

—¿Y si hay problemas?

—¿Qué tipo de problemas?

—Del tipo que llegó antes de usted con ropa limpia y sonrisa de empresario.

Matilde lo miró.

—¿Barragán?

Onésimo la miró a su vez.

—¿Lo conoce?

—Conozco su nombre. Lleva años interesándose en operaciones de rescate de patrimonio submarino en el Golfo. Tiene contactos en instituciones culturales del gobierno que le permiten maniobrar en zonas legales grises. —Hizo una pausa—. Y tiene la capacidad de presentarse como socio cuando en realidad está posicionándose para quedarse con todo.

—¿Lo dice por experiencia?

—Lo digo porque he visto cómo opera. No en este caso, pero el patrón es reconocible.

Onésimo asintió despacio, con el gesto de quien recibe confirmación de algo que ya sabía pero que necesitaba escuchar de alguien con el tipo correcto de conocimiento para decirlo.

—¿Tiene dónde quedarse esta noche? —dijo.

—Tengo una casa a dos kilómetros del puerto, cerca del faro viejo. La uso cuando trabajo en la zona. —Señaló la camioneta—. También traigo hamaca y no me molesta dormir en un barco si es necesario.

—No es necesario —dijo Onésimo—. Quédese en su casa. Salimos a las once. ¿Puede estar aquí a las diez y media?

—Puedo estar aquí a las diez.

—Las diez y media está bien.

Matilde recogió sus cosas con la eficiencia con que había llegado, cargó las cajas a la camioneta con la misma autonomía de antes, y manejó hacia el faro por el camino de terracería que bordeaba la costa con la seguridad de quien conoce el camino de memoria aunque haga meses que no lo recorra.

Onésimo la vio irse desde el muelle. Luego miró a Pepe.

—¿Por qué no la mencionaste antes? —dijo.

—Porque no sabía si vendría —dijo Pepe—. Y porque la información que tiene es del tipo que si la comparte con las personas equivocadas puede arruinar todo lo que llevamos construyendo.

—¿Y decidiste que nosotros éramos las personas correctas sin preguntarnos?

—Decidí que las circunstancias nos estaban empujando a necesitar lo que ella tiene, y que era mejor tenerla con nosotros que dejarla descubrirlo sola y decidir qué hacer con ello. —Pausa—. Además, si me equivoqué, ya es tarde para remediarlo.

Onésimo lo miró durante un momento con la expresión que usaba cuando alguien decía algo con lo que no podía discutir aunque hubiera preferido poder hacerlo.

—Sí —dijo—. Ya es tarde para remediarlo.

Tofico, que había escuchado todo sin participar, formuló la pregunta que los otros dos habían dejado sin hacer.

—¿Y podemos confiar en ella?

—No lo sabemos todavía —dijo Onésimo—. Esta noche lo averiguamos.

Fue a revisar el motor. Pepe recogió sus mapas. Tofico preparó provisiones para la salida con la concentración del que sabe que esta vez el trabajo era diferente a todas las veces anteriores, no solo en lo que podían encontrar sino en lo que podían perder si algo salía mal.

El faro abandonado parpadeó brevemente en la distancia, que era una ilusión óptica producida por las nubes moviéndose frente a la luna, pero que Tofico, al verlo, decidió no interpretar porque había aprendido del viejo Eleazar que en el mar las cosas que no se interpretan no tienen oportunidad de volverse presagios.

El Golfo esperaba.

CAPÍTULO 13

Los dueños del fondo

Alvarado / Restaurante del puerto / Casa de Pepe

Mauro Barragán desayunaba en el único restaurante del puerto que tenía aire acondicionado y mantel de tela, que era también el único donde los pescadores ordinarios no entraban porque la diferencia de precio entre ese restaurante y cualquier otro de la zona era suficientemente grande como para que la elección del lugar dijera, sin que nadie tuviera que decirlo, quién era quién en la jerarquía económica de Alvarado. Desayunaba solo, con un periódico regional que leía con la misma atención calibrada con que hacía todo, y revisaba mensajes en el teléfono entre una cosa y otra con la eficiencia del hombre que administra varios asuntos al mismo tiempo sin que ninguno interfiera con los demás.

Era, en todos los sentidos visibles, un hombre ordenado. Sus contactos en el puerto le enviaban actualizaciones puntuales. Su abogado en Veracruz tenía preparados los documentos necesarios para cualquier escenario que el hallazgo pudiera producir. Su empresa de exploración submarina, registrada en Ciudad de México bajo un nombre que no lo vinculaba directamente a ninguna operación específica, tenía un barco equipado con tecnología de documentación y recuperación que podía llegar a Alvarado en dieciocho horas si la situación lo requería.

Lo que Barragán necesitaba todavía era la información que ninguno de sus contactos había podido darle con suficiente precisión: las coordenadas exactas. No el área general, que ya tenía. No la zona aproximada, que también. Las coordenadas que le permitieran enviar su barco al punto preciso sin depender de la guía de Onésimo Carreón ni de nadie más que hubiera estado ahí.

Llevaba veinticinco años en negocios que se movían en el borde entre lo legal y lo que la ley no había alcanzado todavía a regular, y había aprendido que ese borde era el lugar más productivo del mundo siempre que uno no lo cruzara demasiado rápido ni demasiado visible. El patrimonio histórico submarino era un territorio particularmente fértil en ese sentido: las leyes existían pero su aplicación dependía de recursos que las instituciones culturales del estado rara vez tenían, y en ese espacio entre la norma y la capacidad de hacerla cumplir había dinero suficiente para financiar operaciones que en cualquier otro sector habrían resultado imposibles.

No era un ladrón. O al menos no en el sentido ordinario. Era alguien que entendía que la propiedad de las cosas que nadie ha reclamado durante trescientos años era una cuestión de perspectiva, y que la perspectiva más conveniente era siempre la del primero en llegar con la documentación correcta.

La falta de esa información lo incomodaba de la manera específica en que incomodan las cosas que están casi resueltas: con la consciencia de que casi no es suficiente y de que el tiempo que falta para completarlo puede ser el tiempo que alguien más use para adelantarse.

Llamó a su asistente.

—¿Qué hay del biólogo?

—Tiene una visita de Veracruz. Llegó ayer con equipo. Una mujer, investigadora según lo que pudimos averiguar. Sale de la cooperativa.

—¿Nombre?

—Matilde Rivas. Historia marítima colonial. Publica en revistas académicas. No tiene antecedentes de operaciones comerciales pero tiene contactos en el INAH y en instituciones culturales.

—¿Qué tipo de equipo trajo?

—No lo sabemos con precisión. La cargó directamente desde la camioneta al barco.

—¿Al barco del pescador?

—Sí.

Barragán dobló el periódico con la misma precisión de siempre.

—Están acelerando —dijo, no como una pregunta sino como la constatación de alguien que ha visto este movimiento antes y sabe lo que significa.

—¿Qué hacemos?

—Los seguimos esta noche. Si salen, los seguimos. Si no salen esta noche, mañana. —Hizo una pausa—. Y avisa al barco de Veracruz que puede salir mañana al amanecer. Que estén cerca.

—¿Los detenemos si los encontramos en el sitio?

—No los detenemos. Los observamos. Si recuperan algo antes de que lleguemos nosotros, lo documentamos y actuamos legalmente después. El patrimonio histórico submarino es del estado y quien lo extrae sin permiso comete un delito. Con documentación suficiente, lo que ellos recuperen termina en manos del estado y nosotros nos presentamos como los que reportaron el hallazgo.

—¿Y si no recuperan nada esta noche y solo documentan?

—Entonces lo que obtengan es información que de todas formas no pueden usar sin nosotros. —Barragán se levantó y dejó el dinero exacto sobre la mesa, que era otro de sus hábitos ordenados—. El problema de los aficionados es que siempre creen que encontrar algo es lo más difícil. No lo es. Lo más difícil es convertir lo que encontraste en algo que puedas usar. Y para eso necesitan lo que nosotros tenemos.

Esa conversación ocurrió a las ocho de la mañana. Onésimo no la escuchó, pero sus consecuencias llegaron a él por los canales que siempre había usado para recibir información sobre cosas que alguien prefería que no supiera: Celia.

Ella lo llamó a las nueve con la discreción que había adquirido en los últimos días de no decir en el teléfono más de lo estrictamente necesario.

—Ven a la cantina —dijo.

Fue. Celia lo esperaba en la barra con el trapo en la mano y la expresión de quien tiene algo que decir y está eligiendo cómo.

—El hombre de la ropa limpia salió del restaurante hace una hora y se metió en una camioneta con dos personas más —dijo—. Los seguí con la vista hasta que doblaron hacia el estacionamiento del malecón norte.

—¿El malecón norte?

—Donde están las lanchas de renta. —Celia lo miró—. Alguien les consiguió una lancha.

Onésimo procesó eso.

—¿Una lancha de renta o una lancha propia?

—No lo sé. Pero tienen una lancha en el malecón norte desde esta mañana que no estaba ahí ayer.

—¿Grande?

—Mediana. Rápida, por los motores que se le ven.

Una lancha mediana y rápida era suficiente para seguir a El Rey del Golfo en aguas tranquilas. No era suficiente para operar con equipo pesado de exploración, pero para seguimiento y documentación era más que suficiente.

—¿A qué hora tienen pensado salir? —preguntó Celia.

—A las once.

—Entonces saben que saldrán esta noche.

—¿Cómo saben eso?

—Porque alguien les dijo. —Celia lo miró directamente—. Onésimo. Hay alguien cercano que les está pasando información.

—Lo sé.

—¿Sabes quién?

—Tengo una idea.

—¿Vas a hacer algo al respecto?

—No tengo tiempo. Salimos esta noche de todas formas.

Celia dejó el trapo sobre el mostrador con el gesto de quien acepta una situación que no puede cambiar pero que tampoco va a fingir que aprueba.

—Entonces cambien la hora —dijo.

—Si cambiamos la hora y ellos lo saben, cambian también.

—Y si no la cambian, los esperan a las once.

—Es el mismo problema de cualquier manera.

—No es el mismo. Si salen a las once y los siguen, saben adónde van. Si salen a otra hora, tienen que improvisar y la improvisación comete errores.

Onésimo la miró.

—¿Y si la otra hora es las nueve?

—Las nueve todavía hay gente en el muelle. Más ojos que pueden ver y contar.

—¿Las dos de la mañana?

—Las dos es cuando los hombres que beben duermen y los que no beben también. —Hizo una pausa—. Y es cuando el malecón norte está completamente oscuro.

Onésimo asintió despacio. Sacó el teléfono y llamó a Pepe, y la conversación fue breve porque la nueva hora requería poca explicación y Pepe entendió sin que le dijeran por qué.

Luego llamó a Matilde.

—Cambiamos la hora de salida. Las dos de la mañana en lugar de las once. ¿Puede estar aquí?

—Puedo —dijo Matilde—. ¿Qué pasó?

—Que nos van a seguir si salimos a las once.

—¿Barragán?

—Tiene una lancha en el malecón norte.

Hubo una pausa breve.

—¿Sabe que tiene una lancha?

—Me acaban de avisar.

—¿Quién le avisó?

—Alguien en quien confío.

—¿Y en nosotros también confía?

—Todavía lo estoy evaluando —dijo Onésimo, con la honestidad que reservaba para las preguntas que merecían respuesta sin adorno—. Pero esta noche lo sabremos mejor.

Esa tarde, mientras Tofico preparaba el barco para una salida que ahora tenía tres horas más de espera de las previstas y que por lo tanto requería que él encontrara algo útil en qué ocuparse durante ese tiempo, Pepe fue a su cuarto a revisar el equipo de Matilde por primera vez sin su presencia. No por desconfianza exactamente, sino porque necesitaba entender con qué iba a trabajar antes de estar en medio del Golfo a las dos de la mañana con cosas que no conocía.

La cámara remota era de mejor calidad de lo que había anticipado: un sistema de cable de sesenta metros con una carcasa diseñada para presiones de hasta cien metros de profundidad, con iluminación propia de led de alta potencia y capacidad de grabación en alta definición que produciría imágenes utilizables en condiciones de visibilidad submarina razonable. El ecosonda de precisión era considerablemente mejor que el suyo, con resolución suficiente para distinguir estructuras en el fondo a profundidades que su instrumento no podía alcanzar con nitidez.

Matilde tenía buen equipo. Eso decía algo sobre ella que los currículos académicos no dicen: que invertía sus propios recursos en su trabajo, lo cual implicaba que el trabajo le importaba de una manera que iba más allá del interés profesional ordinario.

Guardó el equipo de vuelta con el mismo cuidado con que lo había encontrado y le envió un mensaje breve a Pepe: *El equipo está bien. A las dos.*

Pepe respondió con dos palabras: *A las dos.*

Y el puerto de Alvarado siguió siendo el puerto de Alvarado hasta las dos de la madrugada, ruidoso en las cantinas, silencioso en el muelle, con el Golfo al fondo de todo y una lancha mediana y rápida en el malecón norte que

esperaba las once con la paciencia de quien ha pagado para esperar y que a las dos de la madrugada seguía esperando sin saber todavía que las once ya habían pasado y que El Rey del Golfo llevaba media hora en altamar.

CAPÍTULO 14

La Boca del Diablo

Altamar, madrugada

Salieron a la una y cuarenta y cinco, que eran quince minutos antes de lo acordado porque Onésimo había aprendido que la puntualidad exacta en las situaciones que requieren discreción era en sí misma una forma de previsibilidad, y la previsibilidad era exactamente lo que no podían permitirse. El muelle estaba vacío a esa hora. El malecón norte, donde la lancha de Barragán seguía esperando sin saber que esperaba en vano, quedaba a trescientos metros y su oscuridad era completa: sin luces de posición encendidas, sin movimiento visible, sin ninguna señal de que alguien a bordo estuviera despierto todavía.

Matilde llegó a la una y treinta con una mochila y las dos cajas del equipo, cargó todo al barco sin hacer ruido y se instaló en la parte media de la cubierta con la eficiencia silenciosa de alguien que ha participado en operaciones que requerían exactamente ese tipo de discreción. Tofico la observó moverse durante un momento y luego empezó a ayudarla sin que nadie se lo pidiera, que era la manera en que él había aprendido a establecer la confianza con las personas nuevas: haciendo cosas útiles antes de hablar.

El motor arrancó al primer intento, que Onésimo interpretó como buen augurio aunque no fuera hombre de augurios, y El Rey del Golfo se alejó del muelle con las luces de posición apagadas durante los primeros doscientos metros, lo cual era técnicamente una infracción que en circunstancias normales no se habría atrevido a cometer pero que en estas circunstancias era la diferencia entre que los vieran salir o no.

Nadie habló durante el primer cuarto de hora de navegación. El Golfo de madrugada era más oscuro que el Golfo de medianoche por razones que tienen que ver con la posición de la luna y con la manera en que los ojos humanos procesan la oscuridad después de varias horas: ya no adaptados a ella sino instalados en ella, moviéndose dentro de ella con la familiaridad incómoda de quien ha aceptado que no va a ver mucho y que tendrá que confiar en otras cosas.

Onésimo confiaba en el motor, en la memoria y en los instrumentos de Pepe. Pepe confiaba en el ecosonda de Matilde, que había instalado durante la espera y que mostraba el fondo con una resolución que hacía que su propio instrumento pareciera una aproximación educada. Matilde confiaba en sus años de trabajo y en la información del archivo que llevaba cuatro años sin contexto suficiente para usar. Tofico confiaba en todos ellos, que era la forma

más honesta de confianza disponible para alguien con dieciséis meses de experiencia en altamar.

—¿A cuánto estamos? —dijo Matilde en voz baja, mirando el ecosonda.

—Veinte minutos —dijo Onésimo—. Si el mar sigue así.

—¿Cambia?

—El mar siempre cambia. Pero esta noche está tranquilo.

—¿Demasiado tranquilo?

Onésimo la miró.

—Eso lo dicen las películas —dijo—. En la vida real el mar tranquilo es simplemente mar tranquilo.

Matilde asintió sin cuestionar más, que era la respuesta correcta de alguien que está en el territorio de otro y lo reconoce.

El ecosonda empezó a mostrar cambios en el perfil del fondo cuando llevaban cuarenta minutos de navegación. La línea que había sido relativamente uniforme comenzó a ondularse con variaciones que Pepe identificó en tiempo real, señalando la pantalla con un dedo para que Matilde pudiera ver la correspondencia con sus propios datos.

—Ahí está el cambio de pendiente —dijo Pepe—. Esto es lo que vimos la última vez, pero con tu instrumento se ve mucho más claro. Mira cómo baja aquí.

—Treinta metros en horizontal —dijo Matilde, trazando la caída con el dedo sobre la pantalla—. Eso no es una pendiente gradual. Es casi vertical. Un escarpe.

—¿Natural?

—Puede ser. También puede ser el resultado de un terremoto. En el Golfo central hay actividad sísmica histórica suficiente para producir este tipo de cambio en el perfil del fondo.

—¿Y si el barco cayó por este escarpe? —dijo Tofico desde la popa.

—Si cayó por el escarpe puede estar en cualquier punto entre la repisa y el fondo de la depresión —dijo Matilde—. Dependiendo del ángulo en que tocó fondo, de la velocidad a que se hundió y de cuánto se desintegró antes de llegar. Un galeón de ese tamaño no cae intacto. Cae en partes, algunas más pesadas que otras, que se distribuyen verticalmente a lo largo del escarpe.

—¿Y la cámara puede ver eso?

—La cámara puede ver lo que haya en los primeros sesenta metros de agua. Lo que haya más abajo necesitaría otro tipo de equipo.

—Entonces bajamos la cámara al borde del escarpe y vemos qué hay —dijo Onésimo, con la lógica directa del hombre que reduce los problemas a sus componentes prácticos.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer —dijo Matilde.

Onésimo detuvo el motor cuando los instrumentos indicaron que estaban sobre la zona. El barco se quedó en deriva durante un momento, moviéndose con la corriente que a esa profundidad tenía una dirección y una velocidad distintas a las de la superficie, y luego Onésimo echó el ancla pequeña que usaba para los trabajos de fondo cortos y ajustó la posición hasta que el ecosonda mostraba que estaban directamente sobre el punto donde la repisa comenzaba a caer.

El silencio de preparación que siguió tenía una calidad diferente al silencio de navegación. Era más denso, más consciente de sí mismo, el silencio de cuatro personas que saben que lo que están a punto de hacer es irreversible en el sentido de que una vez hecho no puede deshacerse ni puede pretenderse que no se hizo.

Matilde desplegó el cable de la cámara con movimientos precisos y metódicos, verificando cada conexión antes de cerrarla, encendiendo el sistema de iluminación para comprobar que los leds respondían, revisando la señal de video en la pantalla portátil que había conectado al sistema con un cable corto. La imagen que llegaba desde la cámara antes de bajarla mostraba la cubierta del barco desde abajo, con las estrellas visibles al fondo a través de la superficie del agua, una imagen invertida y algo irreal que Tofico miró durante un momento con la expresión de quien ve algo familiar desde un ángulo que lo vuelve irreconocible.

—Grabando —dijo Matilde.

Soltaron el cable despacio. La cámara bajó por la borda con sus leds encendidos, iluminando una columna de agua que al principio era verde oscuro y fue volviéndose más oscura a medida que la profundidad aumentaba, con partículas suspendidas que la luz hacía visibles como una constelación vertical de puntos brillantes que bajaban al mismo ritmo que la cámara.

Los primeros veinte metros mostraron lo que cualquier fondo del Golfo mostraba a esa profundidad: lodo con algas, algunas esponjas adheridas a nada visible, un par de peces que huyeron de la luz con la brusquedad de los animales que nunca han tenido razón para esperar nada bueno de una fuente luminosa. El fondo era plano y monótono, la repisa que los instrumentos describían todavía no aparecía en la imagen.

A los treinta metros la pantalla mostró un cambio.

No fue dramático. No fue la visión repentina de un casco de galeón iluminado como en las fotografías de los libros. Fue un cambio de textura en el fondo, una irregularidad en la superficie del lodo que no correspondía a la geología natural del área: una elevación larga y baja, casi una línea, que se extendía horizontalmente más allá de lo que el ángulo de la cámara permitía ver.

—Para —dijo Pepe.

Detuvieron el cable. La cámara quedó suspendida a treinta metros de profundidad, sus leds iluminando la elevación con esa luz blanca que en el agua adquiere una calidad entre clínica y fantasmal.

—¿Qué es? —dijo Tofico.

—No sé todavía —dijo Matilde, acercando la cara a la pantalla con la concentración del investigador que necesita ver los detalles antes de decir nada—. Baja otros cinco metros.

Bajaron cinco metros más. La elevación se volvió más clara a esa distancia: no era una formación geológica natural sino algo más regular, demasiado lineal para ser casual, con una geometría que el lodo y las incrustaciones habían cubierto durante siglos sin borrar del todo.

—Madera —dijo Matilde, con una voz que era baja no por discreción sino porque el tono se le había ajustado solo a la magnitud de lo que estaba viendo—. Es una viga. Una viga de madera cubierta por sedimento e incrustaciones. Y si hay una viga hay más. La cuaderna de un barco no es una sola pieza.

—¿Cuánto se ve desde aquí? —preguntó Onésimo.

—Esa viga tiene por lo menos ocho metros de largo. Lo que hay más allá del ángulo de la cámara podría ser el doble. O más.

Pepe hizo un cálculo rápido en su libreta.

—Un galeón del período colonial tenía entre veinte y treinta metros de eslora —dijo—. Si esa viga es parte del casco principal y tiene ocho metros visibles, estamos viendo aproximadamente un tercio del barco. El resto está más enterrado o más en el escarpe.

—¿Puede bajar la cámara para ver si hay más? —dijo Tofico.

—Tengo treinta metros de cable libre —dijo Matilde—. Si el escarpe empieza justo debajo de esto, puedo intentar llegar al borde y ver qué hay al otro lado.

—Inténtalo —dijo Onésimo.

Bajaron el cable con más cuidado que antes, dejando que la corriente llevara la cámara lateralmente hacia el punto donde los instrumentos indicaban el inicio de la caída. La imagen en la pantalla mostró el lodo acercándose, la viga pasando por encima del ángulo de visión, y luego, de manera que a los cuatro en cubierta se les escapó el aliento de manera casi simultánea, el borde.

El escarpe era vertical. O casi vertical. La repisa terminaba en una línea relativamente limpia y debajo de esa línea la oscuridad que los leds de la cámara no podían penetrar era absoluta, no porque no hubiera nada sino porque había demasiado: demasiada profundidad, demasiado lodo en suspensión, demasiada distancia hasta lo que hubiera en el fondo de la depresión.

Pero en el borde mismo, en el punto donde la repisa terminaba y el escarpe comenzaba, había algo que no era lodo ni madera mineralizada ni ninguna de las cosas que el Golfo produce naturalmente en sus fondos. Era una forma rectangular, parcialmente enterrada en el sedimento del borde, con una esquina que asomaba fuera del lodo con la obstinación de los objetos que no han terminado de dejarse tragar.

La esquina era de hierro.

Hierro oscurecido por siglos pero hierro todavía, con la solidez específica del metal que resiste mejor que la madera y mejor que la tela y mejor que casi todo lo que los hombres fabrican para que dure.

Nadie habló durante un momento que se extendió más de lo que normalmente se extienden los momentos en que cuatro personas miran la misma pantalla y ven la misma cosa y cada una necesita tiempo diferente para procesar lo que está viendo.

Fue Matilde quien habló primero, con la voz calibrada de quien ha aprendido a controlar sus reacciones en situaciones que justificarían no controlarlas.

—Eso es el cofre —dijo.

—¿Cómo sabe que es el cofre? —preguntó Tofico—. Puede ser cualquier cosa de hierro.

—Puede ser cualquier cosa de hierro —admitió Matilde—. Pero tiene las proporciones de un cofre colonial de transporte de documentos o valores. Y está en la zona de la bodega central del barco, si la viga que vimos corresponde a lo que creo que corresponde. —Miró a Onésimo—. No puedo confirmarlo sin bajarlo o sin equipo de mayor alcance. Pero si tuviera que apostar, apostaría a que es el cofre.

Onésimo miró la pantalla durante un momento más. La esquina de hierro seguía ahí, perfectamente inmóvil, perfectamente indiferente a los cuatro rostros que la miraban desde treinta y cinco metros arriba.

—¿Podemos subirlo? —dijo.

—Con lo que tenemos aquí, no —dijo Pepe—. El cable de la cámara no tiene capacidad de carga. Necesitaríamos un sistema de recuperación diferente.

—¿Y podemos volver con el sistema correcto?

—Podemos —dijo Matilde—. Pero necesitaríamos tiempo. Y tiempo es lo que menos tenemos si Barragán tiene ya la zona aproximada.

Onésimo miró el Golfo a su alrededor, que a esa hora de la madrugada era tan oscuro en todas direcciones que el barco parecía flotar en el centro de algo que no tenía orillas. Luego miró la pantalla una vez más, la esquina de hierro en el borde del escarpe, y tomó una decisión que era al mismo tiempo la más obvia y la más difícil de las disponibles.

—Grabamos todo —dijo—. Registramos la posición exacta. Y volvemos.

—¿Cuándo? —dijo Tofico.

—Pronto. Con lo que necesitamos. Antes de que alguien más llegue aquí sabiendo lo que sabe ahora Barragán.

Matilde ya estaba grabando. Pepe ya estaba registrando coordenadas. Tofico sostenía el cable con la tensión justa para mantener la cámara en posición mientras los otros dos hacían su trabajo.

La cámara siguió transmitiendo su imagen de la esquina de hierro durante diez minutos más, diez minutos en que el Santa Catalina de Alejandría fue documentado por primera vez en trescientos cuarenta y dos años por cuatro personas en un camaronero viejo a dos de la mañana, con el Golfo completamente oscuro alrededor y una lancha mediana en el malecón de Alvarado todavía esperando que llegaran las once.

CAPÍTULO 15

Las luces bajo el agua

Altamar, noche sobre la Boca del Diablo

Decidieron no regresar de inmediato.

Fue Matilde quien lo propuso, no con urgencia sino con la lógica tranquila del investigador que sabe que la oportunidad de documentar algo no siempre se repite y que cada minuto adicional de grabación era evidencia que ningún recurso posterior podría recuperar si el sitio era intervenido antes de que pudieran volver.

—Tengo cable suficiente para treinta minutos más —dijo—. Y la batería aguanta. Si movemos el barco dos metros hacia el sur podemos llegar al otro lado de la viga y ver si hay más estructura visible desde otro ángulo.

Onésimo miró el reloj. Las dos y cuarenta minutos. El malecón norte seguía sin actividad visible, según Tofico que lo había estado observando con los binoculares durante el trayecto y que seguía mirando hacia donde estaban las luces del puerto en el horizonte lejano.

—Dos metros al sur —dijo Onésimo.

Levó el ancla pequeña, movió el barco con el motor a la velocidad más baja posible y volvió a anclar. El ecosonda de Matilde mostró que habían desplazado efectivamente la posición de la cámara respecto al perfil del fondo, y cuando bajaron el cable otra vez la imagen que llegó a la pantalla era diferente a la anterior: el mismo lecho marino, el mismo lodo y las mismas incrustaciones, pero desde un ángulo que revelaba lo que el primero había dejado en el margen.

Había más madera.

No era solo una viga. Era una estructura. Las incrustaciones y el sedimento la cubrían de manera que en la imagen parecía más una formación geológica extrañamente regular que lo que era, pero Matilde señaló en la pantalla los puntos donde la lógica geométrica se imponía sobre cualquier origen natural: un ángulo recto aquí, una separación regular allá, la repetición de un patrón

que el mar no produce porque el mar no trabaja con ángulos rectos ni con separaciones regulares.

—El casco —dijo Pepe, con una voz que no había planeado que sonara así pero que sonó de todas formas como lo que era: la voz de alguien que está frente a algo que lleva años pensando en abstracciones y que acaba de volverse concreto.

—Parte del casco —corrigió Matilde—. Lo que sobrevivió en la repisa. El resto cayó por el escarpe y está en la profundidad que no podemos alcanzar todavía.

—¿Qué tan completo está?

—No puedo saberlo desde aquí. Pero lo que veo es suficiente para la documentación preliminar. —Matilde seguía grabando, rotando lentamente el ángulo de la cámara mediante el control remoto—. Esto va a ser un informe serio. Con esto puedo presentar una solicitud de protección al INAH con evidencia suficiente para que actúen antes de que alguien saquee el sitio.

—¿Y cuánto tarda el INAH en actuar? —preguntó Onésimo.

—Depende de la evidencia y de quién la presente. Con esto, semanas. Quizás menos si la situación es urgente.

—La situación es urgente desde hace diez días.

—Lo sé. Por eso estamos aquí a las tres de la mañana.

Fue Tofico quien vio las luces primero.

Las vio porque había estado mirando hacia el horizonte del puerto de manera intermitente, no por instrucción específica sino porque había aprendido a vigilar lo que nadie le pedía que vigilara, y porque la oscuridad del Golfo a esa hora era suficientemente completa como para que cualquier fuente de luz que apareciera donde no había habido ninguna resultara inmediatamente visible.

—Patrón —dijo, en voz baja pero con el tono que no admite demora.

Onésimo se volvió.

—Luz en el agua —dijo Tofico, señalando—. No en el horizonte. En el agua. Debajo.

Los cuatro miraron en la dirección que señalaba. Al principio no había nada que justificara la afirmación: solo la superficie oscura del Golfo moviéndose con esa ondulación lenta de las aguas tranquilas de madrugada. Luego, en el mismo momento para todos aunque cada uno lo describió después de manera ligeramente diferente, algo apareció bajo la superficie.

Era una luminosidad. No una luz puntual como la de una linterna o un led, sino una luminosidad difusa, verdosa, que se desplazaba lentamente a una profundidad que era imposible calcular desde arriba pero que parecía considerable. Apareció, se movió unos metros en la dirección del escarpe, y desapareció.

Nadie habló durante un momento.

—Bioluminiscencia —dijo Pepe, con la seguridad del científico que tiene la explicación disponible aunque no esté completamente seguro de creerla.

—¿A esa profundidad? —dijo Matilde.

—Puede ser. Hay organismos bioluminiscentes en el Golfo a profundidades considerables. Dinoflagelados, medusas, varios tipos de peces. La perturbación de la cámara y el cable podría haberlos activado.

—¿A treinta metros de distancia horizontal?

—La bioluminiscencia puede dispersarse —dijo Pepe, con menos convicción que antes.

La luz apareció de nuevo. Esta vez duró más: cinco segundos, quizás seis, moviéndose con una lentitud que tenía algo de intencional, algo que la bioluminiscencia pasiva de los organismos perturbados no producía normalmente porque la bioluminiscencia pasiva no se mueve con dirección sino que simplemente brilla donde está.

—No es bioluminiscencia —dijo Matilde.

—¿Entonces qué es? —dijo Tofico.

Matilde miró la pantalla de la cámara durante un momento, como si la respuesta pudiera estar en la imagen del fondo más que en la superficie del agua.

—No lo sé —dijo, y lo dijo con la honestidad de alguien que prefiere la incertidumbre verdadera a la certeza falsa—. Pero hay cosas en los sitios de naufragio que producen efectos ópticos que no siempre tienen explicación inmediata. Reacciones químicas entre el material del casco y el sedimento. Gas atrapado que sube de manera irregular. Corrientes que refractan la luz de una manera que no ocurre en otros puntos del Golfo.

—¿O fantasmas? —dijo Tofico, y lo dijo con un tono que no era del todo broma ni del todo serio.

—O fantasmas —dijo Onésimo, con el mismo tono—. El Golfo tiene sus muertos y a veces los muertos tienen luz propia.

La tercera aparición de la luminosidad fue diferente a las dos anteriores: más intensa, más sostenida, y en lugar de desplazarse horizontalmente bajó de manera que parecía seguir el contorno del escarpe hacia la profundidad donde el cofre de hierro descansaba en el borde. Duró quizás doce segundos y luego desapareció de manera que no fue gradual sino súbita, como una llama que el viento apaga de golpe.

Nadie propuso una explicación para esa última aparición.

Pepe la grabó en video con su teléfono desde la borda, no porque creyera que la grabación fuera a resolver el misterio sino porque era lo que un científico hacía ante cualquier fenómeno inexplicado: documentar y dejar que el análisis posterior dijera lo que la emoción del momento no podía decir.

Matilde terminó de grabar el sitio del pecio y empezó a recoger el cable con la meticulosidad de siempre, bobinando el cable en espirales limpias que después tardaría menos en desplegar. La cámara salió del agua con los leds todavía encendidos, iluminando por un momento la superficie desde abajo antes de subir a la cubierta donde Tofico la recibió con las manos y la acostó sobre un trapo limpio.

—¿Nos vamos? —dijo Tofico.

—Nos vamos —dijo Onésimo.

El motor encendió, el ancla subió, y El Rey del Golfo comenzó el regreso hacia Alvarado por una ruta diferente a la de llegada, más larga pero que pasaba por zonas donde era menos probable encontrarse con una lancha que llevara horas buscándolos en la dirección equivocada.

Durante el trayecto de vuelta nadie habló de las luces. No porque hubieran decidido no hablar de ellas sino porque ninguno tenía algo que decir que no hubiera sido ya dicho implícitamente por el silencio compartido en el momento en que aparecieron. Pepe pensó en dinoflagelados y en reacciones químicas y en corrientes de refracción, y al mismo tiempo pensó en que ninguna de esas explicaciones le pareció completamente satisfactoria para lo que había visto. Matilde pensó en los relatos antiguos que había leído sobre resplandores extraños en zonas de naufragio, relatos que siempre había catalogado como superstición marinera y que esta noche había visto desde dentro por primera vez. Tofico pensó en el viejo Eleazar y en lo que había dicho sobre noches en que se veía algo que no debía verse, y sintió que entendía aquella frase de una manera que antes habría sido imposible. Onésimo no pensó en explicaciones. Pensó en el cofre de hierro en el borde del escarpe y en la esquina que asomaba fuera del sedimento como si llevara trescientos años esperando que alguien tuviera la paciencia de ir a buscarla.

Alvarado apareció en el horizonte como un conjunto de luces amarillas y blancas sobre el agua negra, y el malecón norte seguía exactamente como lo habían dejado: la lancha de Barragán en su lugar, sin movimiento visible, con sus motores en silencio y nadie a bordo que hubiera entendido todavía que las once habían pasado hacía cuatro horas.

Amarraron al muelle siete con la misma discreción de la salida. Descargaron el equipo en silencio. Y cuando Matilde se fue hacia su camioneta con las cajas y la mochila, Onésimo la detuvo con una pregunta breve.

—Las luces —dijo—. ¿Tiene alguna teoría?

Matilde se detuvo. Pensó durante un momento con la seriedad de quien no da respuestas sin haberlas pensado.

—Una sola —dijo—. Pero es muy antigua y no tiene base científica verificable.

—Cuéntela de todas formas.

—Que los barcos que se hunden con sus muertos adentro no terminan del todo de hundirse. Que algo de lo que llevaban sigue moviéndose ahí abajo durante mucho tiempo. —Hizo una pausa—. Y que cuando alguien finalmente llega a buscarlos, ese algo lo sabe.

Onésimo la miró durante un momento.

—Vuelva mañana —dijo—. Hay que hablar de lo que sigue.

—Estaré aquí a las nueve.

Se fue por el camino al faro. Onésimo se quedó en el muelle mirando el Golfo, que a esa hora previa al amanecer tenía una quietud diferente a todas las quietudes anteriores de la noche, como si la oscuridad estuviera preparándose para ceder y necesitara un momento de silencio antes de hacerlo.

En algún punto de esa quietud, lejos y muy abajo, el Santa Catalina de Alejandría seguía siendo lo que había sido desde 1683: un conjunto de maderas y metales y sueños hundidos que el lodo cubría y el tiempo preservaba, guardando en su interior cosas que los hombres habían considerado suficientemente importantes como para cargarlas a través del océano y que el océano había decidido que eran suficientemente importantes como para guardarlas un poco más.

Las luces no volvieron a aparecer esa noche.

Pero los cuatro que las habían visto sabían que habían estado ahí, y eso era suficiente para que ninguno de ellos volviera a mirar el Golfo exactamente de la misma manera.

CAPÍTULO 16

El silencio de la mañana

Alvarado / Casa del faro, días siguientes

La mañana después de la expedición llegó con el mismo sol insistente de siempre y el mismo olor a combustible y pescado que constituía el fondo olfativo permanente de Alvarado, y Onésimo caminó hacia la cantina de Celia a las ocho con la expresión de alguien que ha dormido tres horas y que ha decidido que eso es suficiente porque no tiene otra opción disponible.

Celia lo miró cuando entró.

—¿Y? —dijo.

—Lo encontramos.

Celia puso el café sobre el mostrador sin que él lo pidiera.

—¿Cómo de encontrado?

—Lo suficiente para saber que está ahí y para haberlo grabado. No suficiente para tenerlo.

—¿Y el otro?

—Estaba esperando en el malecón norte cuando regresamos. Todavía esperando. —Onésimo bebió el café—. Le ganamos la noche.

—¿Y hoy?

—Hoy es diferente. Hoy ya sabe que salimos y que no vio nada. Lo cual significa que va a intentar saber adónde fuimos.

—¿Puede saberlo?

—Si tiene alguien en el puerto que sepa leer un ecosonda y que hable con los mismos pescadores con que hablo yo, en uno o dos días puede tener una zona lo suficientemente aproximada para mandar su barco.

—¿Y su barco?

—Sale de Veracruz cuando él lo mande. Y llega aquí en dieciocho horas con equipo que nosotros no tenemos.

Celia procesó eso con la seriedad que merecía.

—¿Qué necesitan que él no tiene todavía?

—Tiempo. Y la posición exacta, que es diferente a la zona aproximada.

—¿Y eso cuánto vale?

—Vale todo. En el borde del escarpe donde está el cofre, diez metros en cualquier dirección es la diferencia entre encontrarlo y no encontrarlo.

Celia limpió el mostrador durante un momento de silencio.

—¿Qué van a hacer?

—Lo que Matilde dijo anoche: presentar una solicitud de protección al INAH con la documentación que tenemos. Si el sitio queda bajo protección federal antes de que Barragán llegue con su barco, él no puede actuar sin cometer un delito que tiene consecuencias reales.

—¿Y si llega antes de que el INAH actúe?

Onésimo no respondió de inmediato, que era la respuesta más honesta disponible.

—Entonces tenemos otro problema —dijo al fin.

La reunión de las nueve ocurrió en la casa de Matilde, cerca del faro, porque era el lugar más alejado del muelle y el más difícil de vigilar sin ser visto vigilando. La casa tenía esa calidad específica de los lugares donde alguien trabaja de verdad: no ordenada para la visita sino funcional para el uso, con mapas extendidos sobre una mesa grande, archivadores con etiquetas que solo tenían sentido para quien los había organizado, y ese olor de papel viejo y café que es el olor de trabajo intelectual sostenido durante años.

Matilde había dormido cuatro horas y lo mostraba únicamente en los ojos, que tenían el brillo particular del cansancio bien administrado. Tenía sobre la mesa la laptop con las imágenes de la expedición ya editadas en una secuencia que mostraba primero el perfil del fondo, luego la viga, luego la estructura del casco, luego la esquina de hierro en el borde del escarpe. Las

había organizado con leyendas técnicas y anotaciones de posición GPS que convertían las imágenes de cámara submarina en evidencia documentada.

—Esto es lo que tenemos —dijo, cuando los cuatro estuvieron sentados alrededor de la mesa—. Es suficiente para una solicitud de protección urgente al INAH. No es evidencia definitiva de que el barco sea el Santa Catalina, pero es evidencia definitiva de que hay un pecio colonial en esa zona que requiere protección institucional.

—¿Y cuánto tarda eso? —preguntó Pepe.

—En condiciones normales, semanas. En condiciones de urgencia demostrada, puede acelerarse. Conozco a una investigadora en el departamento de patrimonio subacuático del INAH con quien he trabajado antes. Si le presento esto hoy, puede hacer una evaluación preliminar en cuarenta y ocho horas.

—¿Y si Barragán tiene contactos en el INAH también? —dijo Onésimo.

—Los tiene. Por eso hay que presentar esto directamente a mi contacto y no a través de los canales ordinarios. Los canales ordinarios tienen demasiadas paradas donde alguien puede retrasarlo o filtrarlo.

—¿Y qué pasa si el INAH actúa y nosotros tenemos la documentación? —preguntó Tofico.

—Pasa que el hallazgo está registrado a nombre de las personas que lo documentaron primero. Legalmente eso no garantiza beneficios económicos directos, pero sí garantiza que nadie puede apropiarse del descubrimiento sin reconocer a quienes lo encontraron. —Matilde los miró—. Lo que también pasa es que el INAH necesita cooperación de las personas que conocen el sitio para cualquier exploración formal. Eso les da poder de negociación.

—¿Poder de negociación para qué? —dijo Onésimo.

—Para decidir cómo se hace la exploración. Con quién. Bajo qué condiciones. —Hizo una pausa—. Y para asegurarse de que lo que se recupere va a donde debe ir y no a la colección privada de alguien que presentó los papeles correctos.

Onésimo miró a Pepe. Pepe miró a Matilde.

—¿Esto lo has hecho antes? —preguntó Pepe.

—He intentado hacerlo antes —dijo Matilde—. Una vez salió bien. Una vez no salió. La diferencia entre las dos veces fue que en la que salió bien actuamos antes de que los otros supieran exactamente qué teníamos. —Hizo una pausa breve—. Por eso hay que mandar la solicitud hoy.

—¿Puedes hacerlo desde aquí?

—Puedo. Necesito que Pepe revise los datos técnicos para confirmar que son exactos antes de que los incluya en la solicitud. Y necesito que Onésimo firme como testigo del hallazgo original.

—¿Yo firmo algo? —dijo Onésimo.

—Tú encontraste la esmeralda. Eso te pone en el origen de la cadena de evidencia. Si tu nombre no está en la solicitud, alguien puede cuestionar la validez del hallazgo inicial.

Onésimo miró la mesa durante un momento con la expresión de quien está evaluando las consecuencias de poner su nombre en un documento oficial, que era una categoría de acto que tenía para él una historia complicada de interacciones con instituciones que rara vez habían resultado en su favor.

—¿Esto me puede traer problemas? —preguntó.

—Puede traerte problemas si resulta que extrajiste material del pecio sin permiso —dijo Matilde, con la honestidad directa que lo caracterizaba—. La madera que subió en la red la última vez podría ser un problema si alguien decide interpretarlo así.

—¿Y la esmeralda?

—La esmeralda salió del estómago de un pez. Técnicamente no extrajiste nada del sitio arqueológico.

—Técnicamente.

—Técnicamente. En la práctica depende de quién haga la interpretación y en qué contexto. —Matilde lo miró—. Lo que sí es cierto es que si Barragán llega primero y recupera el cofre, tu posición legal es mucho peor que si tienes tu nombre en la solicitud de protección.

—¿Por qué?

—Porque en ese caso alguien va a preguntar qué sabías y cuándo y qué hiciste con ese conocimiento. Y si no hay registro de que intentaste proteger el sitio, la respuesta puede perjudicarte.

Onésimo procesó eso durante un momento. Luego miró a Pepe.

—¿Tú qué opinas?

—Que Matilde tiene razón —dijo Pepe, sin rodeos—. Y que si hay alguien que tiene algo que ganar con que esto se haga bien, eres tú.

—¿Yo qué gano?

—Que lo que encontraste no se convierta en lo que alguien más dice que encontró.

Onésimo miró el Golfo por la ventana de la casa del faro, que desde ese ángulo mostraba una franja de agua azul verdosa bajo un cielo que todavía tenía algo de la claridad del amanecer. Pensó en el Licenciado Calderilla caminando sobre la cubierta con sus aletas-manos y sus ojos furiosos. Pensó en la esmeralda verde bajo la luz fluorescente de la bodega. Pensó en la esquina de hierro asomando del sedimento en el borde del escarpe como si llevara trescientos años esperando exactamente eso: que alguien tuviera la paciencia de ir a buscarla.

—Dame la pluma —dijo.

Firmó donde Matilde le indicó, con la letra grande e irregular que tenía cuando usaba pluma en lugar de lápiz, y que era completamente diferente a cualquier tipo de letra que ninguna institución habría esperado de él pero que era inequívocamente suya.

Matilde envió la solicitud a las once de la mañana desde su laptop, con copia cifrada a su contacto en el INAH y registro de envío con sello de tiempo que era la primera línea de defensa contra cualquier intento posterior de cuestionar la cronología.

—¿Y ahora? —dijo Tofico.

—Ahora esperamos respuesta —dijo Matilde—. Y mientras esperamos, no movemos nada del sitio y no le decimos a nadie que enviamos la solicitud.

—¿Cuánto tiempo esperamos?

—Cuarenta y ocho horas. Si en cuarenta y ocho horas no hay respuesta, llamo directamente.

Esas cuarenta y ocho horas fueron las más largas que cualquiera de los cuatro podía recordar en reciente memoria, no porque ocurrieran cosas sino precisamente porque no ocurrieron. El puerto seguía siendo el puerto. Barragán seguía en el restaurante con su periódico y sus teléfonos. La lancha del malecón norte desapareció el segundo día, que podía significar que se había ido o que había encontrado un lugar menos visible donde esperar, y Onésimo prefirió interpretarlo como lo segundo porque prepararse para lo peor era siempre más útil que esperar lo mejor.

Pepe revisó tres veces los datos técnicos de la solicitud buscando errores que habrían justificado el rechazo, y no encontró ninguno, que era al mismo tiempo tranquilizador y producía la ansiedad específica de no tener nada concreto que corregir. Tofico reparó todo lo que había que reparar en el barco y cuando se quedó sin cosas que reparar empezó a revisar cosas que no necesitaban revisión con la energía del que necesita que sus manos estén ocupadas mientras la cabeza espera. Matilde trabajaba en la casa del faro en la documentación complementaria, añadiendo contexto histórico a las imágenes de la expedición, construyendo el caso completo que en algún momento tendría que presentarse ante personas que necesitarían más que imágenes para actuar.

La respuesta llegó a las treinta y seis horas, no a las cuarenta y ocho.

Era un mensaje de la investigadora del INAH, breve y sin adornos: había revisado la documentación, consideraba que la evidencia justificaba una evaluación urgente, y estaría en Alvarado en setenta y dos horas con un equipo de dos personas para verificar el sitio.

Matilde leyó el mensaje tres veces antes de mostrárselo a los demás. No porque dudara de lo que decía sino porque quería estar segura de que decía lo que creía que decía y no lo que quería que dijera.

Decía lo que creía que decía.

—¿Setenta y dos horas? —dijo Onésimo, cuando lo leyó.

—Setenta y dos horas.

—¿Y Barragán?

—No lo sé. Pero ahora hay un registro oficial de la solicitud y una respuesta oficial de una institución del estado. Si actúa antes de que llegue el equipo del INAH, lo hace en contra de un proceso ya iniciado. Eso tiene consecuencias legales que antes no tenía.

—¿Y si no le importan las consecuencias legales?

—Le importan —dijo Matilde—. A Barragán le importan más las consecuencias legales que a nosotros, precisamente porque tiene más que perder. Un hombre con sus contactos y su operación no puede permitirse un conflicto abierto con el INAH. Puede maniobrar alrededor de las instituciones, puede usar sus contactos para ralentizar procesos, puede comprar silencio cuando el silencio es barato. Lo que no puede hacer sin arruinar todo lo que ha construido es actuar abiertamente en contra de una institución federal que ya tiene registro de lo que está pasando.

Onésimo pensó en eso durante un momento.

—Setenta y dos horas —repitió.

—Setenta y dos horas —confirmó Matilde.

El Golfo, afuera, siguió siendo el Golfo.

CAPÍTULO 17

Lo que viene entre el lodo

A bordo de El Rey del Golfo / Casa del faro

Las setenta y dos horas de espera transcurrieron con la lentitud específica de los períodos en que uno sabe que algo va a ocurrir pero no sabe exactamente cuándo ni de qué manera, y esa incertidumbre convierte cada hora en una versión ligeramente más tensa de la anterior. El puerto siguió siendo el puerto. Barragán siguió desayunando en el restaurante con mantel de tela. La lancha del malecón norte no reapareció en ese muelle, aunque Onésimo tuvo la certeza, sin poder verificarla, de que seguía en Alvarado en algún lugar donde no pudiera ser vista desde los puntos habituales de observación.

El segundo día de la espera, mientras revisaba el motor del barco por pura necesidad de hacer algo con las manos, Onésimo encontró que alguien había estado nuevamente cerca de El Rey del Golfo durante la noche. No había señales de que hubieran entrado esta vez, pero había marcas en la borda que no correspondían al desgaste ordinario del amarre y que tenían la forma de rozamientos laterales, el tipo que produce un bote pequeño cuando se acerca a un barco mayor con la intención de permanecer junto a él durante un tiempo.

No dijo nada a los demás inmediatamente. Fue a ver a Celia.

—Estuvieron en el barco otra vez —dijo.

—¿Entraron?

—No creo. Pero estuvieron cerca. Un bote pequeño, por las marcas.

Celia lo miró con esa atención concentrada que tenía cuando la información era del tipo que requería algo más que registro.

—¿Buscando qué?

—No lo sé con certeza. Pero si yo quisiera saber la posición exacta de un sitio submarino y supiera que la persona que lo conoce tiene el barco como centro de operaciones, lo que haría es instalar algo en el barco.

—¿Algo como qué?

—Un localizador. Algo que me dijera adónde va el barco cuando sale.

Celia no respondió de inmediato. Miró a Onésimo con la expresión de quien acaba de recibir información que complica una situación que ya era complicada.

—¿Sabe cómo buscarlo?

—Pepe puede. Él sabe de esas cosas más que yo.

Llamó a Pepe desde la cantina, y Pepe llegó veinte minutos después con una actitud que mezclaba la urgencia con la metodología del científico que no puede apresurarse aunque la situación lo pida. Revisó el barco durante cuarenta minutos, comenzando por los lugares más accesibles desde el exterior y avanzando hacia los compartimientos interiores, con una linterna y la concentración del que busca algo pequeño en un espacio grande.

Lo encontró debajo de la borda de estribor, pegado al casco con una cinta que había sido diseñada específicamente para superficies húmedas: un dispositivo del tamaño de una caja de fósforos, con una pequeña antena que sobresalía apenas tres milímetros del perfil del casco, suficientemente poco para no ser visible en una inspección casual.

Pepe lo sostuvo en la mano y lo miró durante un momento.

—GPS —dijo—. Básico pero funcional. Transmite posición cada treinta segundos.

—¿Desde cuándo está ahí?

—No puedo saberlo exactamente. Pero si lo pusieron la noche que estuvieron cerca del barco, llevan dos días sabiendo que el barco no ha salido.

—¿Y si salimos ahora con esto puesto?

—Saben adónde vamos en tiempo real.

Onésimo lo miró.

—¿Podemos usarlo?

Pepe levantó la vista.

—¿Usarlo cómo?

—Si ellos saben dónde va el barco, nosotros sabemos que ellos saben. Eso es información.

Pepe pensó durante un momento.

—¿Estás pensando en mandarlos a algún lugar que no sea el sitio?

—Estoy pensando en que si salimos esta noche con esto puesto y vamos en la dirección equivocada, ellos van en la dirección equivocada. Y si eso les cuesta unas horas, esas horas son nuestras.

—¿Y el INAH llega mañana?

—Mañana en la tarde, según Matilde.

—Entonces necesitamos que Barragán esté en el lugar equivocado mañana en la tarde.

—Exactamente.

Pepe miró el localizador durante otro momento.

—Voy a necesitar una lancha pequeña —dijo.

—¿Para qué?

—Para llevar el localizador a otro punto del Golfo esta noche mientras el barco se queda aquí. Si el barco no se mueve pero el localizador sí, quien lo esté monitoreando va a pensar que el barco se movió.

—¿Y si se dan cuenta?

—Si se dan cuenta han perdido tiempo que necesitaban para otra cosa. De cualquier manera ganamos algo.

Esa noche, mientras Onésimo y Tofico preparaban El Rey del Golfo para una salida que no iba a ocurrir, Pepe tomó prestada la lancha de motor de un vecino del muelle con el pretexto de revisar unas boyas de señalización, llevó el localizador pegado temporalmente al casco de esa lancha, y navegó durante dos horas hacia el norte, en dirección completamente opuesta al sitio del pecio, antes de despegarlo, meterlo en una bolsa impermeable y regresarlo al lugar del casco de El Rey del Golfo donde lo había encontrado, porque si lo quitaban definitivamente Barragán sabría que lo habían descubierto.

A la mañana siguiente, mientras el localizador transmitía fielmente la posición del barco en el muelle donde había estado toda la noche, la persona que monitoreaba sus movimientos —nunca supieron exactamente quién, aunque todos tenían sus sospechas— habría visto un barco que salió hacia el norte durante dos horas y regresó sin ir al sitio que buscaban, lo cual era perfectamente consistente con la imagen de pescadores que seguían con sus actividades ordinarias mientras esperaban la llegada del INAH.

La investigadora del INAH llegó a la una y cuarenta del mediodía en un vehículo oficial con dos técnicos, más temprano de lo previsto porque había salido de la Ciudad de México cuatro horas antes de lo planificado después de revisar la documentación de Matilde en el camino y determinar que la

urgencia era real. Se llamaba doctora Amparo Fuentes, tenía cincuenta y pico años, el cabello gris recogido con la practicidad de quien no tiene tiempo para más, y una autoridad tranquila que no se parecía a la autoridad de Barragán en nada excepto en que ambas eran reales.

Saludó a Matilde con la familiaridad de una colaboración de años, revisó la documentación en la mesa de la casa del faro durante veinte minutos en silencio que sus dos técnicos llenaron copiando archivos en sus propios dispositivos, y luego levantó la vista hacia Onésimo con la atención directa de quien ha aprendido a calibrar rápidamente a las personas que son parte de una historia.

—¿Usted es el pescador —dijo.

—Onésimo Carreón. Sí.

—¿Y el pez?

—Muerto y disecado hace varias semanas.

—¿Tienen los restos?

—Están en la cooperativa, en formol. Pepe los guardó.

—Bien. Los necesitaremos para la documentación completa. —Volvió a los papeles durante un momento—. La posición GPS que incluye en la solicitud: ¿es precisa?

—Lo más precisa que podíamos con el equipo disponible —dijo Matilde—. El margen de error es de unos quince metros.

—Con quince metros de margen llegamos al sitio. —La doctora Fuentes cerró la carpeta—. Quiero ver el sitio esta tarde. ¿El barco puede salir a las cuatro?

—Puede salir ahora si es necesario —dijo Onésimo.

—Las cuatro está bien. Necesito que mis técnicos preparen el equipo de documentación. —Miró a Onésimo—. Una pregunta más.

—Dígame.

—¿Hay alguien más buscando este sitio?

—Un empresario llamado Mauro Barragán. Tiene una operación de exploración y contactos en instituciones culturales. Lleva varios días en el puerto con personal de vigilancia.

La doctora Fuentes asintió despacio, con el gesto de quien escucha el nombre de alguien que conoce y cuyo conocimiento no le produce exactamente sorpresa.

—¿Lo conoce? —dijo Matilde.

—Conozco su manera de operar —dijo la doctora—. Por eso es importante que la intervención de hoy quede registrada con todos los protocolos correctos. Con documentación federal en regla, su capacidad de maniobra se reduce considerablemente.

—¿Y si ya tiene la posición aproximada y sale esta noche con su barco?

—Si sale esta noche y llega al sitio con el INAH presente en el área con documentación activa, comete un delito que tiene nombre y número de artículo en el código penal. Puede maniobrar con contactos y dinero cuando las instituciones son lentas. No puede maniobrar cuando las instituciones ya están ahí.

Onésimo escuchó eso con la expresión de alguien que ha aprendido en cuarenta años de tratos con el estado a no confiar completamente en las promesas institucionales, pero que en este momento no tenía otra opción mejor disponible y que lo sabía.

—A las cuatro —dijo.

A las cuatro salieron al Golfo, El Rey del Golfo cargado con más personas y más equipo del que había llevado nunca en una sola jornada: Onésimo al timón, Tofico en la popa, Pepe junto al ecosonda, Matilde con su cámara y su cable, la doctora Fuentes y sus dos técnicos con el equipo del INAH que ocupaba la mitad de la cubierta con la eficiencia impersonal del material gubernamental. El localizador de Barragán seguía pegado al casco y transmitía fielmente la posición del barco, lo cual significaba que quien lo monitoreaba sabía que El Rey del Golfo había salido al Golfo en dirección al sur-sureste con más personas de las habituales.

Lo que no podía saber era que entre esas personas había una investigadora del INAH con autoridad para establecer protección federal sobre cualquier sitio de patrimonio subacuático que su evaluación considerara merecedor de ella.

El Golfo estaba tranquilo. El sol de las cuatro de la tarde daba al agua ese color entre verde y dorado que tenía en las horas en que la luz venía desde un ángulo que no aplastaba sino que acariciaba la superficie, y Alvarado quedó atrás con sus ruidos y sus disputas y su fiebre de tesoro y su presidente municipal con el mismo apellido que un pez feo, y delante estaba el mismo Golfo de siempre, que no sabía nada de todo eso y no necesitaba saberlo para seguir siendo lo que había sido desde antes de que cualquier hombre en cualquier barco decidiera cruzarlo por primera vez.

En el fondo de la Boca del Diablo, a treinta y tantos metros de profundidad, en el borde de un escarpe que el tiempo había modificado y conservado con la misma indiferencia pareja, el Santa Catalina de Alejandría esperaba lo que había esperado durante trescientos cuarenta y dos años: que alguien llegara con intención suficiente para quedarse.

Esta vez, finalmente, alguien llegaba.

CAPÍTULO 18

Barragán aprende a esperar

Alvarado / Casa del faro / Cantina de Celia

Mauro Barragán supo que algo había cambiado antes de que nadie se lo dijera, con la misma anticipación que le había servido durante veinticinco

años para mantenerse en el lado correcto de las situaciones que cambian de dirección sin aviso. Lo supo por el movimiento de un vehículo oficial que entró al puerto a la una y cuarenta del mediodía y que aparcó frente a la casa del faro con esa discreción insuficiente de los vehículos del gobierno que intentan no ser notados y que son notados precisamente porque intentan no serlo. Lo supo por el comportamiento del localizador del barco, que esa tarde mostró una salida hacia el sur-sureste con más personas a bordo de las habituales. Y lo supo por la expresión de su asistente cuando llegó al restaurante con la información.

—INAH —dijo el asistente, sin más preámbulo.

Barragán dejó el tenedor sobre el plato.

—¿Cuándo llegaron?

—Hoy al mediodía. Tres personas. La responsable es la doctora Amparo Fuentes, departamento de patrimonio subacuático.

—¿Fuentes? —Barragán procesó el nombre con la atención de alguien que tiene una base de datos mental de personas relevantes en su campo—. ¿La misma que bloqueó la operación de Campeche el año pasado?

—La misma.

Barragán se recostó en la silla con la expresión de alguien que acaba de recibir información que modifica significativamente el panorama sin destruirlo completamente.

—¿Cuándo salió el barco?

—A las cuatro. Todavía está en el Golfo según el localizador.

—¿Dirección?

—Sur-sureste. La misma de las otras veces pero más directa. No están explorando. Saben adónde van.

—¿Y los llevan al sitio?

—Eso parece.

Barragán miró su plato durante un momento sin verlo. Luego llamó a su abogado con el teléfono y habló durante cuatro minutos con la economía verbal de quien ha tenido estas conversaciones suficientes veces para saber qué información es necesaria y cuál no.

—¿Y? —dijo el asistente cuando colgó.

—Si el INAH establece protección federal sobre el sitio con documentación en regla, no podemos actuar sin un conflicto legal que nos costará más de lo que ganamos. —Hizo una pausa—. Mi abogado dice que hay margen para impugnar la jurisdicción si el sitio está en aguas internacionales, pero que en aguas territoriales mexicanas el INAH tiene autoridad completa.

—¿Está en aguas territoriales?

—A esa distancia de la costa, sí. —Barragán cerró los ojos durante un momento—. ¿Mis contactos en el INAH pueden ralentizar el proceso?

—Pueden complicarlo. No pueden detenerlo si Fuentes ya inició el procedimiento.

—¿Cuánto tiempo tiene el procedimiento?

—Para la protección preliminar, cuarenta y ocho horas después de la evaluación en sitio. Para la protección definitiva, puede tardar meses.

—¿Y en esos meses?

—En esos meses el sitio está bajo vigilancia institucional. Cualquier actividad no autorizada es un delito.

Barragán abrió los ojos.

—¿Y si la actividad autorizada incluye a las personas que hicieron la solicitud original?

—Probablemente sí. El descubridor documentado tiene derechos de consulta en las operaciones del INAH.

—¿Y eso nos excluye completamente?

—No completamente. Pero nos pone en posición de solicitantes en lugar de actores principales. —El asistente hizo una pausa—. Hay un camino todavía.

—¿Cuál?

—Presentar nuestra propia solicitud de participación como empresa especializada en recuperación de patrimonio subacuático. Si el INAH necesita equipo que los pescadores y la investigadora no tienen, puede abrir el proceso a empresas certificadas. Usted tiene esa certificación.

Barragán consideró eso durante un momento que fue suficientemente largo para que el asistente entendiera que era una consideración real y no una dilación.

—El problema —dijo Barragán al fin— es que esa posición nos coloca exactamente donde no queríamos estar: como subcontratistas de un proceso que otros controlan. Los beneficios son limitados y la exposición a la supervisión institucional es total.

—Sí.

—¿Hay alguna manera de que la solicitud original sea cuestionada?

—Si hubo extracción de material del sitio sin permiso, la solicitud podría ser impugnada. Pero necesitaríamos evidencia de la extracción.

—¿La red rota?

—No es suficiente. La red rota solo demuestra que hubo arrastre en la zona. No demuestra que extrajeron material intencional del pecio.

—¿Y la madera?

—Si la tienen en su poder, podría ser un problema para ellos. Si la entregaron al INAH como parte de la documentación, es evidencia a su favor.

Barragán miró el Golfo por la ventana del restaurante, que desde ese ángulo mostraba una franja de agua entre dos edificios que no era particularmente

impresionante pero que en ese momento representaba todo lo que había creído tener y que estaba resultando más complicado de lo previsto.

—Avisa al barco que no salga de Veracruz —dijo—. Por ahora.

Esa tarde, mientras El Rey del Golfo era guiado por Onésimo hacia el sitio del Santa Catalina con la doctora Fuentes y sus técnicos a bordo, Barragán hizo tres llamadas más a tres personas diferentes que tenían distintos tipos de influencia en distintas partes del sistema, y ninguna de las tres conversaciones produjo el resultado que buscaba, que era una manera de actuar que no lo expusiera a consecuencias que invalidaran todo lo demás que tenía. Las instituciones mexicanas eran perfectamente maniobrables en condiciones normales, pero la doctora Amparo Fuentes era exactamente el tipo de funcionaria que no se maniobra fácilmente porque había dedicado su carrera específicamente a no ser maniobrada.

Eso lo sabía. Lo había sabido desde que su asistente pronunció el nombre.

Por eso, cuando Celia lo vio entrar esa tarde a la cantina por primera vez desde que había llegado al puerto, notó algo diferente en su manera de moverse. No era derrota. Barragán no derrotado tenía probablemente una apariencia tan controlada como Barragán triunfante, porque ese tipo de hombres aprende temprano que mostrar el estado de ánimo real es una desventaja táctica. Era más bien un ajuste, la ligera modificación del posicionamiento de alguien que ha evaluado que el terreno no es exactamente el que esperaba y que está recalculando sin prisa pero sin pausa.

Se sentó en la barra y pidió una cerveza, que era la primera vez que pedía algo que no fuera agua mineral, y Celia se la sirvió sin comentarios mientras lo evaluaba con la misma discreción con que evaluaba todo.

—¿Se queda más tiempo en el puerto? —dijo Celia, que era la clase de pregunta que podía hacerse por pura cortesía o por información, y que Barragán sabía que en boca de esta mujer era por información.

—Unos días más —dijo—. El Golfo es interesante.

—Es lo que dicen todos los que vienen de fuera —dijo Celia—. Los de aquí lo encontramos simplemente necesario.

—¿Hay diferencia?

—Mucha. Lo necesario no decepciona porque nunca prometió algo que no pudiera cumplir.

Barragán la miró con algo que era reconocimiento genuino.

—¿Fue usted quien les avisó? —dijo.

—¿Avisarles qué a quién?

—Al pescador y sus socios. Sobre la lancha. Sobre mis hombres en el muelle.

Celia lo miró directamente.

—Yo solo sirvo cervezas —dijo—. Y café. Y a veces tacos cuando el cocinero llega.

Barragán sonrió con algo que era más real que sus sonrisas habituales.

—Claro —dijo.

Bebió la cerveza en silencio durante unos minutos, mirando el malecón por la puerta abierta de la cantina. Luego dejó el dinero sobre la barra y se levantó.

—Una última pregunta —dijo.

—Puede preguntarla —dijo Celia, sin comprometerse a responderla.

—El pescador. Onésimo. ¿Es buen hombre?

Celia consideró eso durante un momento.

—Es honesto —dijo—. Que no es siempre lo mismo pero en su caso coincide.

Barragán asintió como si eso confirmara algo que ya pensaba.

—La honestidad es inconveniente —dijo—. Pero al menos es predecible.

Se fue hacia el estacionamiento con el mismo paso ordenado de siempre, y Celia lo vio alejarse desde la puerta de la cantina con la expresión de quien ha tenido una conversación que terminó mejor de lo que empezó pero que tampoco terminó del todo.

Esa noche, Onésimo regresó del Golfo a las ocho con la doctora Fuentes y sus técnicos, que habían verificado el sitio en persona, tomado sus propias mediciones y grabado con su propio equipo el perfil del fondo y la viga del Santa Catalina visible bajo el sedimento. La doctora Fuentes firmó en el barco mismo, anclado sobre el sitio, el acta de inicio del procedimiento de protección federal, que era un documento de dos páginas que sus técnicos notariaron en el acto con una solemnidad práctica que Onésimo encontró simultáneamente tranquilizadora y absurda.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Eso es el principio —dijo la doctora Fuentes—. Lo que sigue es un proceso largo. Pero este documento hace que cualquier actividad no autorizada en el sitio sea procesable desde hoy.

—¿Y si alguien actúa de todas formas?

—Entonces hay consecuencias reales. No perfectas, no inmediatas, pero reales. —Lo miró con la honestidad tranquila que tenía—. El patrimonio histórico nunca está completamente protegido. Pero este ya está menos desprotegido que esta mañana.

Onésimo aceptó eso como la respuesta más honesta disponible, que era el tipo de respuesta con que había aprendido a operar toda su vida. Ayudó a descargar el equipo del INAH en el muelle con Tofico, y cuando los vehículos oficiales se alejaron hacia el hotel donde los técnicos iban a pasar la noche, se quedó solo en el muelle mirando el Golfo con las manos en los bolsillos.

Pepe se acercó desde el barco donde había estado guardando su equipo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Raro —dijo Onésimo.

—¿Raro bien o raro mal?

—Raro como cuando termina el temporal y el mar se queda quieto pero uno todavía tiene el cuerpo acomodado para el movimiento.

Pepe lo pensó.

—Eso tiene sentido —dijo.

—Claro que tiene sentido. Es lo que pasa.

Caminaron juntos hacia la cantina de Celia, que a esa hora tenía las luces encendidas y el ruido moderado de una noche de entre semana, y Onésimo empujó la puerta con el mismo gesto de siempre y se sentó en el mismo lugar de siempre y pidió la misma cerveza de siempre, y Celia se la puso frente a él sin decir nada durante un momento.

Luego dijo:

—El hombre de la ropa limpia estuvo aquí esta tarde.

—¿Y?

—Y me preguntó si eras buen hombre.

—¿Qué le dijiste?

—Que eres honesto.

Onésimo bebió la cerveza.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende para quién —dijo Celia—. Para él, probablemente inconveniente. Para ti, ya lo sabes.

Onésimo miró el malecón por la puerta abierta, el agua oscura del Golfo al fondo, las luces reflejadas en la superficie con esa ondulación que hacía que los reflejos parecieran más vivos que las luces originales.

—¿Crees que se va? —preguntó.

—No hoy —dijo Celia—. Pero creo que ya calculó que lo que puede obtener aquí no vale lo que le puede costar obtenerlo.

—¿Y el barco de Veracruz?

—Que yo sepa, no llegó.

Onésimo asintió. Eso era suficiente por ahora. No era victoria completa ni era derrota de nadie, que era probablemente la descripción más exacta de cómo terminaban la mayoría de las cosas reales cuando no eran películas. Era simplemente la situación tal como había quedado después de varias semanas de un pez feo, una esmeralda verde, madera mineralizada, una expedición nocturna, un localizador en el casco y una doctora del INAH firmando documentos sobre el Golfo de México a las seis de la tarde.

El Licenciado Calderilla habría abierto y cerrado la boca tres veces seguidas ante esa descripción, y Onésimo decidió que eso era exactamente el comentario político correcto para las circunstancias.

CAPÍTULO 19

El pecio respira

Altamar, expedición con equipo del INAH

La expedición formal del INAH al sitio del Santa Catalina de Alejandría ocurrió cuatro días después de la visita preliminar de la doctora Fuentes, con un equipo que era considerablemente más impresionante que cualquier cosa que El Rey del Golfo había llevado antes: buzos certificados en arqueología subacuática, cámaras de alta definición con capacidad para profundidades de hasta ciento veinte metros, un ecosonda de precisión científica que hacía que el de Matilde pareciera un juguete educativo, y equipamiento de documentación que convertía cada imagen en evidencia con coordenadas, escala y marca temporal integradas.

Onésimo los llevó al sitio. Eso se había establecido desde el principio: el barco del INAH era más grande y más estable, pero no conocía el Golfo en ese punto con la intimidad que él conocía, y la doctora Fuentes, que era práctica además de rigorosa, había aceptado sin discusión que guiar la expedición era parte de la contribución que Onésimo y su barco hacían al proceso.

El viaje duró cuarenta y cinco minutos bajo un cielo de octubre que no había decidido todavía si iba a ser claro o a cerrarse, y que terminó siendo las dos cosas en distintos momentos, con nubes que pasaban sobre el sol produciendo esa alternancia de luz y sombra que hace que el Golfo en esos días parezca estar pensando en algo.

A bordo del barco del INAH viajaban la doctora Fuentes, dos buzos, tres técnicos y una comunicadora social que documentaba el proceso para los archivos institucionales con una cámara de video que grababa todo con la neutralidad metódica de los registros oficiales. A bordo de El Rey del Golfo viajaban Onésimo, Tofico, Pepe y Matilde, que había pasado los cuatro días de espera redactando el contexto histórico completo del Santa Catalina, consolidando la información del archivo español con las evidencias físicas de la esmeralda, la madera y las imágenes de la cámara remota en un documento que era al mismo tiempo un informe académico y la primera historia completa que alguien contaba sobre ese barco desde que se hundió.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Tofico a Onésimo cuando estaban a mitad del trayecto, en voz lo suficientemente baja para que solo él pudiera escucharla.

—Como cuando el primer arrastre del día tarda demasiado en subir —dijo Onésimo.

—¿Y eso qué es?

—Que sabes que hay algo en la red pero no sabes si es lo que querías o algo que va a complicarte el día.

—¿Y en este caso?

—En este caso ya sé lo que hay. Lo que no sé es cómo va a cambiar las cosas cuando todo el mundo lo sepa también.

Tofico procesó eso durante un momento.

—¿Le da miedo que cambie?

—A mi edad, muchacho, el miedo ya no es exactamente miedo. Es más bien respeto por las consecuencias.

Cuando los dos barcos llegaron a la zona y el ecosonda científico confirmó la posición del sitio con una precisión que hacía que la de Pepe pareciera una estimación educada aunque hubiera sido suficiente para llegar ahí, comenzó el proceso de preparación de los buzos con esa metodología detallada de los trabajos que no admiten improvisación porque los errores en el fondo del mar tienen consecuencias que la superficie no puede remediar rápidamente.

Pepe miraba la preparación con la atención mezclada de alguien que entiende los protocolos y que al mismo tiempo siente que lo que está ocurriendo frente a él es la versión institucional de algo que él vivió de manera completamente diferente semanas atrás. No era envidia exactamente. Era más la sensación de haber llegado a algo por un camino torpe y provisional y verlo ahora convertido en proceso formal con equipos y protocolos y documentación, y descubrir que el camino torpe y provisional había sido, de alguna manera que no sabía articular completamente, más verdadero que la versión formal aunque la versión formal fuera más segura y más correcta.

El primer buzo entró al agua a las once de la mañana con un equipo que incluía luces de alta potencia, dos cámaras simultáneas y un sistema de comunicación con la superficie que transmitía video en tiempo real a una pantalla en el barco del INAH. Todos los presentes en los dos barcos podían ver lo que el buzo veía mientras bajaba.

Los primeros veinte metros mostraron el mismo fondo que la cámara remota de Matilde había mostrado semanas antes, con la diferencia de que la calidad de imagen era considerablemente mayor y que había un ser humano en el cuadro, flotando con la estabilidad de quien ha entrenado específicamente para esto, ajustando su posición con movimientos mínimos y precisos.

A los veintiocho metros apareció la viga.

En la pantalla del barco del INAH, la viga de madera mineralizada que Matilde había identificado semanas antes como parte de un casco colonial se veía ahora con una claridad que dejaba poco espacio para la ambigüedad: era madera trabajada, con marcas de herramienta, con las dimensiones y la geometría de una pieza de construcción naval. El buzo se detuvo sobre ella y la iluminó desde distintos ángulos mientras una voz tranquila decía

coordenadas y observaciones al micrófono con el vocabulario técnico de la arqueología subacuática.

La doctora Fuentes miraba la pantalla con la expresión de alguien que lleva muchos años buscando este tipo de cosas y que ha aprendido a no reaccionar visiblemente en los momentos en que las encuentra, no por falta de emoción sino porque la emoción incontrolada en una operación de campo produce errores que los errores de campo producen pérdidas irreparables.

—¿Es lo que esperaban? —le preguntó Onésimo, que estaba junto a ella mirando la misma pantalla.

—Es más de lo que esperaban —dijo la doctora—. La conservación es extraordinaria para la profundidad y el tiempo. El sedimento ha actuado como capa protectora. Hay estructura visible que en otros sitios similares ya no existe.

El segundo buzo entró al agua quince minutos después del primero y se posicionó en el extremo opuesto de la estructura visible, de manera que entre los dos cubrían un área más amplia del sitio. Las dos transmisiones en pantallas separadas mostraban el mismo pecio desde ángulos distintos y producían una sensación de profundidad y escala que ninguna de las imágenes anteriores había podido dar: el Santa Catalina era grande. No tan grande como los galeones de las ilustraciones históricas, que siempre tendían a la grandiosidad, pero suficientemente grande para que la presencia de los dos buzos junto a él produjera una perspectiva que revelaba la magnitud real de lo que estaba debajo del lodo.

—Treinta metros de eslora mínima —dijo Pepe, mirando la pantalla y calculando mentalmente—. Probablemente más.

—El registro histórico del Santa Catalina lo describe como un navío de ciento ochenta toneladas —dijo Matilde, sin apartar los ojos de la pantalla—. Eso corresponde con veintiocho a treinta y dos metros de eslora para el período.

—Entonces es él —dijo Tofico.

—La confirmación definitiva requiere análisis de materiales y comparación con planos históricos si los hay —dijo la doctora Fuentes, con la precisión del investigador que no colapsa la evidencia probable con la certeza confirmada.

—Pero es él —repitió Tofico, que había entendido perfectamente la distinción y que en este momento prefería la certeza probable sobre la incertidumbre rigurosa.

La doctora lo miró durante un momento.

—Probablemente es él —dijo, que era la concesión máxima que su formación le permitía hacer en ese momento.

El momento que Onésimo había esperado llegó cuando el primer buzo llegó al borde del escarpe y sus luces iluminaron la esquina de hierro que asomaba del sedimento exactamente donde la cámara remota de Matilde la había encontrado semanas antes. En la pantalla, con la calidad de imagen del equipo del INAH, la esquina de hierro era inconfundible: una arista

definida, cubierta por una pátina de óxido marino que el tiempo había convertido en una superficie casi negra, pero con la regularidad geométrica del objeto fabricado por manos humanas completamente intacta.

El buzo no la tocó. Protocolo: nada se toca sin autorización específica del director de la excavación, y la excavación no había comenzado todavía porque la excavación requería planificación, autorización, registro y una logística que no era la de una visita de evaluación sino la de una operación formal que podía llevar meses de preparación.

Eso era lo correcto. Onésimo lo sabía aunque le costara.

—¿Cuándo pueden sacar el cofre? —preguntó.

—No lo llamamos cofre todavía —dijo la doctora Fuentes—. Es un objeto de hierro de forma rectangular. Puede ser el objeto que describe el documento histórico o puede ser otra cosa. Saberlo requiere excavación.

—¿Y cuándo es la excavación?

—Depende de la disponibilidad de recursos institucionales, de la aprobación del plan de trabajo, de la coordinación con el INAH central y de varios otros factores que en condiciones normales pueden tomar entre seis meses y dos años.

Onésimo la miró.

—¿Dos años?

—En condiciones normales. Este sitio tiene características que pueden justificar una aceleración del proceso: la evidencia de amenaza por parte de operadores privados, la calidad de la conservación y el interés histórico del posible contenido del objeto rectangular. Con esos argumentos, mi estimación es cuatro a seis meses para una primera excavación formal.

—¿Y en esos cuatro a seis meses el sitio está protegido?

—El sitio está protegido desde que firmé el acta de protección preliminar. Cualquier intervención no autorizada es un delito federal.

Onésimo miró la pantalla donde el buzo seguía documentando la esquina de hierro con sus dos cámaras, rodeando el objeto lentamente para capturar todos los ángulos desde donde la visibilidad lo permitía.

Cuatro a seis meses. Eso era tiempo. Mucho tiempo para un pescador acostumbrado a que el mar decidiera las cosas en el transcurso de una jornada, pero tiempo que existía y que tenía la forma de algo que podía habitarse en lugar de simplemente esperarse.

Pensó en el viejísimo Eleazar y en lo que le había dicho a Tofico sobre la prisa y sobre la paciencia, y en que el Golfo llevaba trescientos cuarenta y dos años siendo más paciente que cualquier hombre que hubiera navegado sobre él.

—Está bien —dijo.

La doctora Fuentes lo miró con algo que era reconocimiento.

—Gracias por esto —dijo—. Por encontrarlo y por hacer lo que hicieron para protegerlo.

—Lo encontró el Licenciado Calderilla —dijo Onésimo.

—¿Perdón?

—El pez. Lo llamamos el Licenciado Calderilla. Él lo encontró. Nosotros solo seguimos lo que él trajo.

La doctora Fuentes procesó eso durante un momento.

—En el informe oficial va a aparecer como pez rana de la familia Antennariidae —dijo.

—En el informe oficial puede aparecer como quiera —dijo Onésimo—. Pero en la historia real fue el Licenciado.

Los buzos subieron después de noventa minutos en el fondo, con las cámaras llenas de imágenes y los registros técnicos completos y esa expresión específica que tienen los buzos arqueológicos cuando han visto algo que justifica el trabajo de llegar hasta ahí: no euforia sino satisfacción, que es la forma adulta de la euforia y la única que dura.

El regreso fue tranquilo. El Golfo había decidido en algún punto de la mañana que iba a ser un día claro después de todo, y la tarde que se abría sobre el agua tenía esa luminosidad específica de octubre en el Golfo de México que hace que la distancia entre el barco y el horizonte parezca más corta de lo que es, como si el mar quisiera mostrar todo lo que tiene antes de que llegue la noche.

Tofico estaba en la popa mirando hacia donde habían estado, hacia el punto del Golfo donde el Santa Catalina de Alejandría descansaba en su repisa submarina con el objeto de hierro en el borde del escarpe, y tenía la expresión de alguien que está mirando hacia un lugar que ya no parece el mismo que era antes de que supiera lo que había debajo.

Onésimo se puso junto a él durante un momento sin decir nada.

—¿Crees que lo van a sacar? —dijo Tofico al fin. —El cofre.

—Creo que sí. En algún momento.

—¿Y qué habrá dentro?

—Lo que haya —dijo Onésimo—. Eso es lo que tiene el mar: que devuelve lo que guardó pero no te dice de antemano si es lo que querías.

Tofico asintió despacio.

—¿Y si dentro hay algo que cambia lo que sabemos de algo?

—Entonces lo que sabíamos cambia —dijo Onésimo—. Así funciona. Las cosas que estaban en el fondo y que nadie sabía que estaban ahí siempre cambian algo cuando salen. Por eso el mar las guarda tanto tiempo: porque sabe que las cosas que cambian todo necesitan el momento correcto para cambiar.

Tofico lo miró.

—¿Eso lo crees de verdad?

—No —dijo Onésimo—. Pero suena bien.

Y los dos se rieron de la misma manera, con la risa de las personas que comparten algo que no puede explicarse completamente pero que existe de todas formas, y Alvarado apareció en el horizonte con sus luces tempranas y su olor inevitable a combustible y a mar y a todo lo demás que constituía ese lugar que era exactamente lo que era y no prometía ser ninguna otra cosa.

CAPÍTULO 20

La noche del norte

Puerto de Alvarado / Altamar bajo el temporal

El norte llegó sin que nadie lo hubiera pedido y sin que nadie pudiera haberlo impedido, que era exactamente la manera en que llegaban los nortes al Golfo de México y que los pescadores de la región habían aprendido a leer con varios días de anticipación en el comportamiento del viento, el color del cielo y esa presión en el ambiente que no tiene nombre técnico pero que los hombres de mar sienten en el cuerpo antes de que los aparatos la registren.

Onésimo lo había sentido desde dos días antes, cuando el viento cambió de dirección con una sutileza que habría pasado desapercibida para cualquiera que no llevara cuarenta años prestando atención a esos cambios. Había dicho algo a Tofico, que lo registró sin entender del todo la urgencia, y había dicho algo a Pepe, que lo consultó en dos aplicaciones meteorológicas y confirmó que había un sistema de frente frío avanzando desde el norte con velocidad mayor a la prevista.

El temporal llegó a la costa el miércoles por la tarde con vientos de setenta kilómetros y una lluvia que no era lluvia en el sentido ordinario sino agua movida horizontalmente por el viento con suficiente velocidad para doler cuando te daba en la cara. El malecón se vació en media hora. Los barcos que no estaban bien amarrados encontraron en sus cascos la evidencia de ese error. El mar que dos días antes había sido ese espejo verde y dorado de la expedición formal del INAH era ahora una sucesión de olas que no tenían la elegancia de las olas de tormenta en las películas sino la fealdad funcional de las olas reales: irregulares, blancas en las crestas, grises en los valles, imposibles de navegar para cualquier embarcación que no tuviera una razón que valiera el riesgo.

Onésimo amarró El Rey del Golfo con seis cabos en lugar de los tres habituales, revisó que todas las escotillas estuvieran selladas y fue a la cantina de Celia a esperar que el temporal pasara con la resignación del hombre de mar ante la única fuerza que no admite negociación.

Fue en la cantina, mientras el viento golpeaba las ventanas y la lluvia sonaba sobre el techo de lámina con esa insistencia que produce en los interiores una especie de aislamiento involuntario, cuando llegó el mensaje de Matilde.

Lo leyó dos veces antes de entender lo que decía.

Lo que decía era que el barco de Barragán había salido de Veracruz.

—¿Cuándo? —le escribió de vuelta.

—Esta mañana temprano. Antes del temporal —respondió Matilde—. Alguien en el puerto de Veracruz me avisó. Lleva equipo de recuperación.

Onésimo miró el teléfono durante un momento. Luego miró por la ventana el temporal que seguía siendo temporal, con el Golfo en ese estado de furia que producen los nortes cuando deciden tomarse en serio.

—Si salió esta mañana y el temporal llegó a mediodía —escribió—, está en altamar bajo el norte.

—Sí.

—¿Hacia el sitio?

—Eso parece. La ruta que lleva es consistente con esa dirección.

Onésimo dejó el teléfono sobre la barra. Celia lo miraba desde el otro lado con la atención que le ponía a los cambios en su cara.

—¿Qué pasó? —dijo.

—El barco de Barragán salió de Veracruz esta mañana. Antes del temporal.

Celia procesó eso durante un momento.

—¿Y sabe adónde va?

—Al sitio. Tiene la zona aproximada y está dispuesto a buscar bajo el norte.

—¿Puede llegar?

—Con un barco equipado y tripulación profesional, en el norte de esta intensidad, puede llegar. Puede trabajar ahí es otra pregunta.

—¿Y si llega y trabaja?

—Si llega y trabaja y recupera algo, lo hace en violación del acta de protección del INAH. Eso es un delito, como dijo la doctora Fuentes.

—¿Y quién lo detiene mientras lo comete?

Esa era la pregunta que Onésimo no tenía respuesta satisfactoria para responder, no porque no la hubiera pensado sino porque la respuesta era exactamente tan insatisfactoria ahora como cuando la había pensado: nadie en el sitio. El INAH no tenía guardacostas. La marina mexicana podía ser notificada pero la notificación tomaba tiempo que Barragán no iba a darles.

Llamó a la doctora Fuentes. Le explicó la situación en dos minutos.

—¿Tiene confirmación de la posición actual del barco? —preguntó la doctora.

—No. Solo la información de que salió de Veracruz con esa dirección.

—¿Puede obtenerla?

—Si el localizador que pusieron en mi barco sigue activo, puede que tengan uno en el suyo también.

—¿Tiene manera de verificarlo?

Onésimo pensó en Pepe y en la manera en que había encontrado el localizador en el casco.

—Déjeme intentarlo —dijo.

Llamó a Pepe. Le explicó. Pepe tardó cuarenta minutos en llamar de vuelta.

—Hay un registro de AIS —dijo Pepe—. Sistema de identificación automática. Los barcos comerciales de cierto tamaño lo transmiten obligatoriamente. El barco de Barragán está registrado como embarcación de servicio marítimo y transmite posición.

—¿Y puedes ver esa posición?

—Hay aplicaciones que muestran el tráfico marítimo en tiempo real. —Pausa breve—. Está a treinta y ocho millas náuticas de Alvarado, dirección sur-sureste. Si mantiene esa velocidad bajo el temporal, llega a la zona en cuatro horas.

—¿Bajo el norte?

—Está reduciendo velocidad pero no deteniéndose. El barco es grande y lo están navegando.

Onésimo miró el temporal afuera de la cantina durante un momento. Cuatro horas. El norte estaba en su punto más intenso ahora pero empezaría a ceder hacia la madrugada, que era cuando los nortes del Golfo generalmente empezaban a abrir. Si Barragán calculaba que para las dos o las tres de la mañana el temporal estaría suficientemente calmado para trabajar, el cálculo podía ser correcto.

Llamó a la doctora Fuentes de nuevo y le dio las coordenadas y la información del AIS.

—Voy a notificar a la capitanía del puerto y a la coordinación del INAH —dijo la doctora—. También puedo hacer una notificación formal a la Semar, pero el tiempo de respuesta de la Semar en estas condiciones puede ser de varias horas.

—¿Y si notificamos a la capitanía del puerto de Alvarado?

—Pueden enviar una patrulla si el temporal lo permite. Pero hay que recordar que Barragán probablemente tiene documentación que le da cierta apariencia de legitimidad para estar en aguas de ese sector. No va a ser tan simple como que la patrulla llegue y lo detenga.

—¿Entonces qué hacemos?

—Documentamos todo en tiempo real. Tenemos la posición del barco, tenemos el registro del AIS, tenemos el acta de protección del sitio. Si actúa en el sitio esta noche, hay evidencia suficiente para un proceso legal que puede quitarle todo lo que recupere y costarle la certificación de su empresa.

—¿Y el cofre?

Silencio breve.

—Si recupera el cofre esta noche —dijo la doctora, con la honestidad que la caracterizaba—, el proceso legal puede obligarlo a entregarlo eventualmente. Pero eventualmente puede ser mucho tiempo.

Onésimo colgó y se quedó mirando el Golfo por la ventana de la cantina durante un momento que duró más de lo que los momentos habituales duraban en él.

Celia lo observaba.

—¿Qué vas a hacer? —dijo.

—Lo que tengo que hacer.

—¿Y qué es lo que tienes que hacer?

—Salir.

Celia cerró los ojos durante exactamente un segundo, que era el equivalente en ella de una objeción completa que había decidido comprimir porque sabía que no iba a cambiar nada.

—El temporal —dijo.

—Está cediendo en el norte del Golfo. En dos horas habrá condiciones para navegar si uno conoce las corrientes.

—¿Y si uno no las conoce?

—Entonces uno no sale. Pero yo sí las conozco.

—Onésimo.

—Celia.

—Si algo sale mal en el mar con temporal no hay quién vaya a buscarte.

—Si algo sale mal en el mar con temporal nunca hay quién vaya a buscarte. Eso es el mar.

Celia lo miró durante un momento con esa expresión que Onésimo conocía desde hacía veinte años: no de aprobación sino de aceptación, que eran cosas completamente diferentes y que en este momento significaba exactamente lo mismo.

—¿Van solos? —dijo.

—Pepe está en su cuarto. Tofico está en el barco. Matilde llega cuando la llame.

—Llama a Matilde.

La llamó. Matilde dijo que podía estar en el muelle en veinte minutos. No preguntó para qué ni preguntó por el temporal, que era la respuesta de alguien que había calculado las mismas variables que Onésimo y había llegado a la misma conclusión.

Pepe tardó más en decidirse, que era comprensible porque Pepe era el tipo de persona que calculaba las probabilidades antes de actuar y las probabilidades de salir al Golfo bajo un norte con El Rey del Golfo no eran del tipo que un cálculo frío recomendaría.

—El temporal no ha cedido todavía —dijo por teléfono.

—Está cediendo en el norte. En dos horas tenemos condiciones razonables.

—¿Razonables para quién?

—Para mí. Y para el barco.

—Onésimo. Hay un acta de protección del sitio. Si Barragán actúa esta noche, lo hace contra un documento legal que tiene consecuencias.

—¿Y si el cofre no está mañana?

Silencio.

—¿Cuánto tiempo necesitas para decidirte? —dijo Onésimo.

—Ya decidí —dijo Pepe—. Solo quería que constara que calculé los riesgos.

—Consta. A las diez en el muelle.

Reunió todo lo que necesitaba en El Rey del Golfo con Tofico, que lo ayudó sin preguntar demasiado porque había aprendido cuándo las preguntas eran útiles y cuándo la acción era más urgente que la comprensión. Revisaron el motor, los cabos, los chalecos salvavidas, las luces de posición. El rifle de Pascual seguía en el compartimiento de proa donde lo había guardado semanas antes, y Onésimo lo miró durante un momento antes de dejarlo donde estaba, porque una cosa era llevarlo por precaución y otra cosa era llevarlo pensando en usarlo, y él no pensaba usarlo.

Pensaba encontrar el barco de Barragán en el sitio del Santa Catalina y estar presente cuando llegara, con testigos y con el registro de tiempo del AIS y con las coordenadas que la doctora Fuentes ya había enviado a las instituciones correspondientes, de manera que lo que ocurriera esa noche quedara documentado en el contexto correcto desde el principio.

Era una estrategia que en papel no garantizaba nada y que en el mar dependía de demasiadas variables que el temporal hacía más variables todavía.

Era también la única estrategia disponible.

El norte seguía a las diez de la noche pero con menos intensidad que a las cuatro de la tarde, y el Golfo que recibió a El Rey del Golfo cuando soltó amarras era duro pero navegable para quien conocía sus corrientes en esa zona y sabía cómo usar el movimiento del agua en lugar de pelearse con él.

Onésimo lo sabía. Lo había sabido durante cuarenta años.

El barco salió al Golfo por el canal con sus luces de posición encendidas y su localizador de Barragán pegado al casco transmitiendo la posición en tiempo real, lo cual significaba que quien monitoreaba ese localizador sabía exactamente que El Rey del Golfo había salido al mar bajo el temporal en dirección al sitio del Santa Catalina de Alejandría.

Eso también era parte del plan. Que supieran que venían.

CAPÍTULO 21

El cofre de hierro

Altamar, noche del temporal

El temporal cedía pero no se rendía. El Golfo a las once de la noche era una sucesión de olas que ya no tenían la altura de las cuatro de la tarde pero que seguían siendo suficientemente grandes como para que El Rey del Golfo las sintiera en todo el casco, subiendo y bajando con esa respiración irregular del mar que no ha terminado de decidir si está enojado o simplemente ocupado. Onésimo navegaba con los dos motores a media potencia porque la potencia completa bajo esas condiciones producía golpes en el casco que el barco podía aguantar pero que era mejor no provocar innecesariamente.

Matilde y Pepe estaban en la cabina, Matilde con su laptop abierta mostrando la posición del barco de Barragán en la aplicación de tráfico marítimo que Pepe había encontrado, y Pepe con el ecosonda encendido aunque la pantalla mostraba poco más que ruido en esas condiciones de oleaje. Tofico estaba en la popa asegurado con una cuerda al gancho de la borda, mirando hacia atrás con los binoculares en los momentos en que el movimiento del barco lo permitía.

—A doce millas —dijo Matilde, mirando la pantalla—. Ha reducido velocidad considerablemente. El temporal los está frenando.

—¿A qué velocidad van?

—Cuatro nudos. Menos de lo que vamos nosotros.

—Entonces llegamos primero —dijo Onésimo, sin que eso sonara a celebración sino simplemente a logística.

—¿Y qué hacemos cuando lleguemos primero? —preguntó Pepe.

—Estar ahí. Con las luces encendidas. Con el registro de tiempo y posición activo. Con Matilde grabando todo.

—¿Y si igualmente intentan trabajar?

—Si intentan trabajar en un sitio bajo protección federal del INAH con un barco de testigos presentes, en el registro van a quedar todas las evidencias que la doctora Fuentes necesita para el proceso legal. —Onésimo ajustó el timón para compensar una ola mayor que las anteriores—. Y si saben que estamos ahí con todo eso activo, puede que decidan que no vale la pena intentarlo esta noche.

—¿Puede que?

—Puede que. En el mar no hay certezas.

Llegaron al sitio a las once y cuarenta, antes que el barco de Barragán, y Onésimo ancló con precisión sobre el punto que conocía sin necesitar el ecosonda para confirmarlo. Las luces de posición del barco quedaron encendidas, visibles desde varias millas en la oscuridad del Golfo, y Matilde activó el sistema de grabación con marca de tiempo y coordenadas GPS que registraba todo lo que la cámara mostrara.

El barco de Barragán apareció en el horizonte a las doce y cuarto, primero como un conjunto de luces que se acercaban desde el norte, luego como una silueta que el temporal hacía difícil de mantener en una posición estable. Era considerablemente más grande que El Rey del Golfo, con una estructura de trabajo que incluía grúa, equipo de buceo montado en la cubierta y luces de trabajo que iluminaban su propia cubierta con una intensidad que desde lejos parecía una plataforma flotante más que una embarcación.

Se acercó a menos de media milla y luego se detuvo.

Los cuatro en El Rey del Golfo miraron las luces del barco durante un momento sin decir nada.

—¿Por qué para? —dijo Tofico.

—Porque nos ven —dijo Onésimo.

—¿Y eso es bueno?

—Depende de lo que decidan hacer con lo que ven.

Lo que decidieron fue no hacer nada de inmediato, que era la decisión que cualquier operación de Barragán tomaría cuando las variables cambiaban de manera que el cálculo original ya no aplicaba. El barco grande se mantuvo a distancia, moviéndose lo suficiente para compensar las corrientes del temporal pero sin acercarse al punto sobre el sitio donde El Rey del Golfo estaba anclado.

Onésimo llamó a la doctora Fuentes a la medianoche con un resumen de la situación: posición de ambos barcos, comportamiento del barco de Barragán, condiciones del temporal. La doctora Fuentes escuchó y dijo que ya había notificado a la capitanía del puerto y que una patrulla saldría cuando el temporal lo permitiera, probablemente en dos horas.

Dos horas era mucho tiempo en el Golfo de noche con temporal. Pero era el tiempo disponible.

Durante la hora siguiente los dos barcos permanecieron en esa posición de espera que tenía algo de los enfrentamientos que Onésimo había visto en el cine cuando era joven, donde los hombres se miraban desde distancias que hacían imposible el combate físico pero perfectamente posible la presión psicológica. La diferencia era que en el cine uno de los dos siempre cedía de manera dramática y en el Golfo real las cosas cedían o no cedían según variables que no tenían nada de dramáticas: cansancio, cálculo económico, riesgo legal y la incomodidad física de permanecer en un barco que se movía más de lo conveniente bajo un norte que todavía no había terminado del todo.

El barco de Barragán comenzó a acercarse a la una y veinte.

No de manera repentina sino gradualmente, como quien prueba si la situación ha cambiado sin declarar que está cambiándola. Redujo la distancia a un cuarto de milla, luego a menos, moviéndose con una lentitud que Onésimo interpretó correctamente como tanteo.

—Están calculando si pueden trabajar mientras nosotros estamos —dijo Pepe.

—O si podemos impedírselo —dijo Matilde.

—¿Podemos? —preguntó Tofico.

—No físicamente —dijo Onésimo—. Pero lo que hacen esta noche queda grabado con tiempo, posición y testigos. Eso tiene un valor que ellos conocen perfectamente.

El barco grande se detuvo a doscientos metros. En ese momento, a esa distancia y con las luces del barco iluminando su cubierta, Onésimo pudo ver con los binoculares que la grúa de trabajo estaba desplegada y que había personas en cubierta con equipo de buceo. Estaban listos para bajar. La pregunta era si iban a hacerlo.

Lo que ocurrió a continuación no fue una confrontación. Fue una llamada.

El teléfono de Onésimo sonó con un número que no reconoció. Contestó.

—Señor Carreón —dijo la voz de Barragán, perfectamente audible aunque hubiera dos cientos metros y un temporal entre los dos.

—Señor Barragán.

—Veo que llegó antes que nosotros.

—El Rey del Golfo conoce estas aguas.

—Así parece. —Pausa—. ¿Está grabando?

—Estoy grabando desde que anclé.

—¿Y el INAH está notificado?

—Notificado y con copia de mi posición y la suya en tiempo real.

Otro silencio, más largo.

—Señor Carreón. Me gustaría hacerle una propuesta.

—Escucho.

—Mi empresa tiene el equipo para recuperar el objeto rectangular del sitio de manera profesional y segura. El proceso del INAH va a tardar meses. Lo que hay en ese sitio puede deteriorarse, puede ser afectado por otra tormenta, puede perderse por razones que ninguna institución puede controlar. —Hizo una pausa calculada—. Podemos recuperarlo esta noche, documentarlo correctamente y entregarlo al INAH mañana por la mañana con toda la evidencia de custodia en regla. Usted y su equipo recibirían un reconocimiento formal como descubridores del hallazgo y una compensación económica razonable.

Onésimo miró el barco grande desde la cabina de El Rey del Golfo.

—¿Y su empresa recibe qué? —dijo.

—El crédito de la recuperación profesional. Los contratos futuros con el INAH para excavaciones similares. La visibilidad que produce estar asociado con un hallazgo de esta magnitud.

—¿Y si lo que hay en el cofre vale más que todo eso?

—Entonces también eso. Aunque oficialmente pertenece al estado.

—Oficialmente.

—Señor Carreón, los dos sabemos que la distancia entre lo oficial y lo real en Mexico puede ser considerable.

Onésimo guardó silencio durante un momento. Pepe y Matilde y Tofico lo miraban sin hablar porque habían escuchado suficiente de la conversación para entender de qué se trataba y porque sabían que lo que Onésimo dijera a continuación era decisión de él y no de ellos.

—Señor Barragán —dijo Onésimo al fin.

—¿Sí?

—Usted me preguntó la primera vez que lo vi si soy buen hombre. Yo no le respondí directamente. Le voy a responder ahora.

—Lo escucho.

—No soy buen hombre en el sentido de los libros de moral. He hecho cosas que no debería haber hecho y he dejado de hacer cosas que debería haber hecho. Pero hay una cosa que no hago, que es vender lo que no es mío. El Santa Catalina no es mío. Es de quien pertenezca, que según la ley es el estado mexicano y según la historia son los muertos que van en él. Y lo que haya en el cofre tampoco es mío. Así que no tengo nada que venderle.

Silencio largo en el teléfono.

—¿Y si le digo que lo que hay en el cofre puede justificar arriesgar todo lo que ha construido en esta aventura?

—Lo que hay en el cofre puede justificar muchas cosas —dijo Onésimo—. Pero no todas las cosas que pueden justificarse deben hacerse. Eso también lo aprendí en el mar.

Otra pausa.

—Es usted más complicado de lo que parecía la primera vez —dijo Barragán.

—Celia Mondragón también me lo dijo. Significa que tiene buen ojo para la gente.

La llamada terminó. Onésimo guardó el teléfono y miró hacia el barco grande que seguía a doscientos metros con su grúa desplegada y sus buzos listos.

Durante veinte minutos ningún barco se movió.

Luego el barco grande comenzó a alejarse. Despacio, sin drama, con esa dignidad contenida de los movimientos que no quieren ser interpretados como retirada aunque sean exactamente eso. Las luces de trabajo se apagaron primero, luego el barco giró lentamente hacia el norte y comenzó a moverse en esa dirección con una velocidad que aumentó gradualmente hasta alejarse de la zona a una velocidad que hacía claro que no regresaría esa noche.

Nadie en El Rey del Golfo dijo nada durante un momento.

Fue Tofico quien habló primero.

—¿Se fue? —dijo, como si necesitara que alguien confirmara lo que estaba viendo.

—Se fue —dijo Onésimo.

—¿Por qué?

—Porque el cálculo no le salió —dijo Matilde—. Con nosotros aquí, con la grabación activa, con el INAH notificado y una patrulla en camino, el riesgo legal de actuar superaba cualquier beneficio posible. Barragán no es un hombre que actúa cuando el cálculo no le sale. Es por eso por lo que ha durado tanto en lo que hace.

—¿Y el cofre? —dijo Tofico.

—El cofre sigue ahí —dijo Pepe—. Donde ha estado trescientos cuarenta y dos años. Puede esperar cuatro meses más.

Onésimo miró el punto del Golfo donde el barco de Barragán había estado anclado, que ahora era simplemente agua oscura moviéndose con lo que quedaba del temporal.

—Levamos —dijo.

Levantaron el ancla y El Rey del Golfo emprendió el regreso hacia Alvarado con el temporal siguiendo su proceso de retiro gradual, con el mar que seguía siendo difícil pero ya no hostil, con las cuatro personas en cubierta en el silencio específico de quienes han hecho algo y están procesando lo que significa que lo hayan hecho.

A mitad del trayecto de regreso, Onésimo le pasó el timón a Tofico y fue a la popa a sentarse durante un momento. El muchacho llevaba dieciséis meses en el barco y había llegado la hora de que condujera el barco de regreso de algo que los dos iban a recordar el resto de sus vidas.

El Golfo a las dos de la mañana con el temporal cediendo tenía una cualidad diferente: más quieto que un hora antes, más oscuro que una hora después, en ese punto exacto entre la tormenta y la calma que no era ninguna de las dos cosas sino el intervalo entre ellas, que a veces es el único momento en que el mar muestra algo que de día o de noche no mostraría.

No mostraba nada en particular esa noche, o nada que Onésimo pudiera nombrar. Solo el agua moviéndose, solo las estrellas que empezaban a aparecer conforme las nubes del norte se retiraban hacia donde habían venido, solo el sonido del motor y el rumor del casco sobre las olas y la sensación de estar en movimiento sobre algo que no se mueve aunque parezca que sí.

Era suficiente.

CAPÍTULO 22

Lo que el mar no regala

Alvarado / Casa del faro, meses después

La excavación formal del Santa Catalina de Alejandría comenzó cinco meses después de la noche del norte, en una mañana de marzo que tenía el sol claro y sin complicaciones que el Golfo de México reserva para los momentos en que decide no interferir con lo que los hombres tienen que hacer. El equipo del INAH llegó en dos barcos especializados con seis buzos arqueológicos, un equipo de documentación en video de alta definición, un sistema de succión controlada para remover sedimento sin dañar lo que hubiera debajo, y la doctora Amparo Fuentes dirigiendo todo con la misma autoridad tranquila que había mostrado desde la primera visita.

Onésimo los llevó al sitio en El Rey del Golfo, no porque el barco fuera necesario para la logística sino porque era correcto que estuviera ahí y todos los involucrados lo sabían sin necesidad de decirlo.

El cofre salió a las tres de la tarde del tercer día de trabajo.

Subió desde el borde del escarpe con la lentitud que requieren los procesos que no pueden apresurarse, sostenido por el sistema de recuperación del barco del INAH con una estabilidad que los meses de preparación logística habían hecho posible. Cuando apareció en la superficie y fue colocado sobre la cubierta del barco principal, estaba cubierto de sedimento y de las incrustaciones de tres siglos y medio bajo el agua, con la forma apenas reconocible debajo de todo eso, y sin embargo perfectamente reconocible para quien había visto la esquina de hierro asomando del lodo en la pantalla de una cámara remota en una madrugada de octubre.

Onésimo lo miró desde la borda de El Rey del Golfo durante un momento.

—¿Eso es todo? —le preguntó a Tofico, que estaba junto a él.

—¿Qué esperaba?

—No sé exactamente. Algo que se viera más como lo que es.

—¿Y cómo se ve lo que es?

—Como un montón de óxido y lodo —dijo Onésimo—. Igual que todo lo que viene del fondo.

La apertura del cofre ocurrió semanas después, en un laboratorio de conservación del INAH en la Ciudad de México, con protocolos que requerían temperatura controlada, humedad específica y especialistas en conservación de metales y materiales orgánicos que tardaron tres semanas en preparar las condiciones correctas antes de proceder.

Onésimo no estuvo presente en la apertura. Ninguno de ellos estuvo. Matilde recibió un mensaje de la doctora Fuentes cuando ocurrió, que reenvió a los demás sin comentario adicional porque el contenido del mensaje era suficientemente claro por sí mismo.

El mensaje decía que el cofre contenía: cuarenta y tres monedas de plata acuñadas en México entre 1678 y 1683 en buen estado de conservación, tres piezas de joyería de oro con piedras preciosas de origen colombiano, un

objeto de plata labrada de función litúrgica no determinada, y un cilindro de plomo sellado que contenía un conjunto de documentos en papel que los especialistas en conservación de papel estaban evaluando para determinar si podían ser leídos sin destruirlos en el proceso.

El mensaje también decía que los documentos, si resultaban legibles, podían ser los que el registro histórico describía como instrucciones selladas del funcionario real que viajaba a bordo del Santa Catalina. Lo que decían esas instrucciones, si podían decir algo después de trescientos cuarenta y dos años, era algo que el laboratorio determinaría en las semanas siguientes.

Pepe leyó el mensaje tres veces en su cuarto de la vecindad a tres calles del malecón y luego miró el techo durante un rato pensando en el cilindro de plomo y en las palabras que podía contener y en la cadena de circunstancias completamente improbables que había producido que alguien las encontrara: un pez feo capturado por accidente en una red de arrastre, una esmeralda en su estómago, tres hombres sentados en un muelle con las piernas colgando sobre el agua y una libreta llena de notas, una mujer que llevaba cuatro años con un documento sin contexto, y una noche de norte en el Golfo.

Era una cadena que ningún método científico habría diseñado y que sin embargo había funcionado.

Matilde, en la casa del faro, abrió la computadora y comenzó a escribir el artículo académico que llevaría meses redactar y que cuando fuera publicado sería la primera historia completa del Santa Catalina de Alejandría que aparecería en ninguna revista revisada por pares. Escribió el primer párrafo, lo leyó, lo reescribió, y luego se detuvo durante un momento mirando la pantalla antes de agregar, en el apartado de agradecimientos que normalmente se llena con nombres de instituciones y financiadores, los nombres de Onésimo Carreón Fuentes, Cristóbal Fortunato Iniesta y José Alatriste Mendoza, y al final, entre paréntesis y sin más explicación: *(y el Licenciado Calderilla, cuya contribución al hallazgo fue involuntaria pero determinante)*.

Tofico, que seguía trabajando en El Rey del Golfo porque seguía siendo lo que era y no había ninguna razón para dejar de serlo, recibió el mensaje de Matilde en el teléfono mientras reparaba una escotilla que había empezado a dar señales de cansancio. Lo leyó dos veces. Luego siguió reparando la escotilla, no porque el mensaje no le importara sino porque había cosas que importaban de maneras diferentes y que no requerían que uno dejara de hacer lo que estaba haciendo para demostrar que importaban.

Onésimo recibió el mensaje sentado en la cantina de Celia, que era donde recibía la mayoría de las noticias importantes de su vida porque era el único lugar donde podía recibirlas en compañía de alguien que las oyera con la atención correcta.

Lo leyó sin decir nada durante un momento.

—¿Y? —dijo Celia, que había leído la expresión de su cara con la precisión de veinte años de práctica.

—Monedas, joyas, un objeto de plata —dijo—. Y unos documentos en un cilindro de plomo que quizás digan algo y quizás no.

—¿Es lo que esperabas?

—No sé qué esperaba. —Onésimo miró el malecón por la puerta abierta de la cantina, el agua oscura al fondo, las gaviotas sobre los techos de las bodegas—. No era oro en barras ni el tesoro de las películas. Era lo que había.

—¿Y basta?

—Basta para que el INAH tenga lo que necesita para el museo. Basta para que Matilde tenga lo que necesita para el artículo. Basta para que Pepe tenga lo que necesita para las publicaciones científicas. —Hizo una pausa—. Para nosotros basta diferente.

—¿Qué les toca a ustedes?

—El reconocimiento oficial como descubridores del hallazgo. Lo que eso valga en términos prácticos depende de cómo se negocie con el INAH en los próximos meses.

—¿Y dinero?

—Algo. No lo que habrían querido los borrachos del malecón. Suficiente para que El Rey del Golfo no muera en el intento de seguir siendo el Rey del Golfo.

Celia lo miró durante un momento.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

Onésimo pensó en eso con la honestidad que le daba a las preguntas de Celia porque eran las únicas que merecían ese tipo de honestidad.

—Estoy bien —dijo—. Raro, como siempre después de que algo termina. Pero bien.

—¿Extrañas la aventura?

—Extraño al Licenciado Calderilla —dijo, y lo dijo con algo que no era exactamente nostalgia pero que tampoco era completamente distinto—. Era el mejor político que he conocido. Honesto, directo, sin agenda oculta. La desgracia es que era pez.

Celia sonrió, que era algo que hacía con menos frecuencia de lo que Onésimo habría querido y que por eso mismo tenía más valor que si hubiera sido habitual.

—¿Y Barragán? —dijo.

—Está en otro proyecto. Alguien me contó que tiene interés en un galeón portugués frente a las costas de Campeche. Ya encontrará a alguien que le venda lo que busca.

—¿Y no te molesta?

—Me molestaría si hubiera ganado aquí. No ganó. Y lo que queda de aquí va a estar en un museo donde cualquier persona puede verlo. Eso me parece suficientemente bien.

La cuestión de los documentos en el cilindro de plomo tardó cuatro meses más en resolverse. Los especialistas en conservación de papel del INAH trabajaron con la paciencia que requieren los objetos que han sobrevivido trescientos años bajo condiciones que habrían destruido cualquier cosa más frágil, y cuando por fin pudieron acceder al contenido sin destruirlo en el proceso, lo que encontraron fueron tres páginas en papel que el plomo había protegido de la humedad de manera extraordinaria.

El contenido de esas páginas, que Matilde describió en el artículo académico con toda la precisión del caso y que los periódicos resumieron con la imprecisión habitual, era una correspondencia cifrada entre el virrey de Nueva España y un ministro de la Corona española sobre un asunto diplomático que en 1683 había sido suficientemente delicado para requerir un correo personal en lugar de los canales ordinarios. El asunto en cuestión no era de los que cambian la historia conocida sino de los que la complementan: una negociación sobre aranceles comerciales en las colonias del Caribe que había sido interrumpida por el hundimiento del Santa Catalina y que nunca había sido retomada porque nadie había podido probar que el correo no había llegado.

No era el secreto de los siglos. Era simplemente un documento perdido que había viajado más de lo que sus autores anticiparon y que decía cosas que en su momento habían sido urgentes y que trescientos cuarenta y dos años después eran simplemente históricas.

Lo que sí cambió la historia conocida, aunque de manera más modesta de lo que las versiones populares del hallazgo sugerían, fue la confirmación definitiva de la identidad del Santa Catalina de Alejandría, que permitió cerrar un registro abierto en los archivos españoles desde 1683 y que estableció por primera vez la ruta exacta del naufragio a partir de la correspondencia y de las posiciones documentadas durante la persecución corsaria.

Fue Matilde quien llamó a Onésimo para contarle el contenido de los documentos, dos días después de que los especialistas completaran la traducción del cifrado.

—¿Y eso es todo? —dijo Onésimo.

—Eso es todo lo que dicen los documentos.

—¿No hay mapa del tesoro?

—Onésimo.

—Pregunto en serio.

—En serio: no hay mapa del tesoro. Hay una correspondencia diplomática sobre aranceles comerciales del Caribe.

—Tres siglos bajo el mar para hablar de aranceles.

—La historia es así la mayoría de las veces —dijo Matilde—. Lo que parece misterioso desde afuera resulta ser, cuando uno llega, simplemente el asunto ordinario de personas que tenían sus propios problemas ordinarios y que a veces el mar los interrumpía antes de que pudieran resolverlos.

Onésimo procesó eso durante un momento.

—¿Y la esmeralda? —dijo.

—La esmeralda pertenecía a una dama llamada doña Ana Josefa de Villanueva, hija de un oidor de la Audiencia de México, que regresaba a España con su familia. Está documentada en el registro de pasajeros del Santa Catalina. —Una pausa—. No hay registro de supervivientes de la familia Villanueva.

Onésimo miró el Golfo por la ventana de la cantina de Celia, que a esa hora tenía esa luz de media tarde que no era la luz brillante de mediodía ni la luz dorada del atardecer sino algo intermedio que hacía que el agua pareciera más profunda de lo que era.

Pensó en la dama que perdió el anillo en la cubierta inclinada del galeón mientras el mar decidía cuál era el límite de lo que los hombres podían pedirle. Pensó en el pez que había vivido durante años cerca de donde el anillo descansaba y que un día lo tragó por error y terminó en una red de arrastre y en una cubeta azul en el muelle de Alvarado. Pensó en la esmeralda bajo la lámpara de la bodega de frío, verde y perfectamente indiferente a todo lo que había ocurrido desde que salió de Colombia en algún punto del siglo XVII.

Pensó en que nada de lo que había ocurrido tenía la forma de una historia bien contada. No había un tesoro descomunal ni una conspiración descifrada ni un villano derrotado de manera definitiva. Había un conjunto de cosas que habían ocurrido de maneras que nadie había planeado y que juntas habían producido algo que era al mismo tiempo más pequeño y más grande de lo que cualquiera había imaginado al principio.

Más pequeño porque no era la fortuna que los borrachos del malecón habían soñado. Más grande porque lo que habían encontrado no era solo un cofre sino una historia, y las historias duran más que el dinero y son más difíciles de robar.

—Matilde —dijo.

—¿Qué.

—¿Crees que doña Ana Josefa habría querido que encontráramos su anillo?

Silencio breve.

—No lo sé —dijo Matilde—. Creo que nadie puede saber lo que habrían querido los muertos. Pero creo que el anillo está ahora en mejores manos que las del fondo del mar, y que ella habría preferido que alguien lo supiera a que nadie lo supiera nunca.

—¿Y el mar? ¿Crees que el mar quería que lo encontráramos?

—El mar no quiere nada —dijo Matilde—. Simplemente guarda.

—Eso es suficiente —dijo Onésimo.

Colgó. Terminó el café. Fue al muelle y se subió a El Rey del Golfo, que estaba en su lugar de siempre con la misma dignidad deteriorada de siempre, y revisó el motor con la misma meticulosidad de siempre, y cuando Tofico llegó a las cuatro con el hielo para la salida de la tarde le dijo que sí, que salían, que el camarón no se iba a pescar solo.

Soltaron amarras cuando el sol estaba todavía suficientemente alto, y El Rey del Golfo se alejó del muelle de Alvarado hacia el Golfo de México con el mismo ruido del motor de siempre y el mismo olor a combustible y sal de siempre, y en el fondo de ese Golfo, a treinta y tantos metros de profundidad en la Boca del Diablo, el Santa Catalina de Alejandría seguía siendo lo que había sido y lo que seguiría siendo: una historia que el mar había guardado durante trescientos cuarenta y dos años y que cuatro personas y un pez feo habían devuelto a la superficie para que el resto del mundo pudiera saber que había existido.

Que es, al final, para lo que sirven las historias.

EPÍLOGO

Por las barbas de Neptuno

Los años siguientes transformaron a cada uno de manera distinta, que es la única manera en que los años transforman a las personas cuando algo que vivieron juntos termina: no de la misma manera ni al mismo ritmo, sino según lo que cada uno era antes de que ocurriera y lo que decidió ser después.

Pepe Alatriste dejó la cooperativa pesquera seis meses después de la noche del norte, no de manera dramática sino con la misma gradualidad silenciosa con que había hecho la mayoría de las cosas importantes de su vida. La publicación del informe técnico sobre el Santa Catalina de Alejandría en una revista de arqueología subacuática de circulación internacional le devolvió algo que había dado por perdido hacía años sin ceremonia de pérdida: la credibilidad científica que produce haber encontrado algo verdadero. El INAH lo contrató primero como consultor para la fase de excavación formal, luego como investigador asociado en el departamento de patrimonio subacuático, y Pepe descubrió en ese trabajo lo que había dejado de creer que existía: la versión de sí mismo que había imaginado cuando tenía veintidós años y estudiaba ecosistemas bentónicos del Golfo con la convicción de que elegir bien la carrera era suficiente para que la vida saliera bien. No había salido bien en el sentido de la planificación. Había salido bien en el sentido de lo que vale la pena, que a veces son la misma cosa y a veces no.

Matilde Rivas publicó el artículo sobre el Santa Catalina en la misma revista donde apareció el informe de Pepe, con los agradecimientos que había escrito en la casa del faro incluyendo al Licenciado Calderilla entre

paréntesis, y el artículo fue recibido con el tipo de atención que produce un hallazgo bien documentado en un campo donde los hallazgos bien documentados son suficientemente infrecuentes como para que los buenos sean noticias. Siguió viviendo cerca del faro abandonado de Alvarado, siguió llegando al puerto con su camioneta pickup cuando tenía algo que investigar en la zona, y siguió siendo la persona que era antes del Santa Catalina: metódica, directa, incapaz de la imprecisión que no tiene buenas razones para existir. Lo que cambió en ella fue más difícil de señalar con exactitud, de esa manera en que cambian las cosas internas cuando uno ha visto con sus propios ojos algo que llevaba años estudiando en documentos y comprende que la distancia entre los dos tipos de conocimiento es más grande de lo que cualquier método puede compensar.

Tofico, cuyo nombre completo seguía siendo Cristóbal Fortunato Iniesta aunque nadie lo usara, tomó decisiones con el dinero del reconocimiento oficial al descubrimiento que Onésimo habría criticado si hubieran sido malas decisiones y que no pudo criticar porque resultaron ser buenas. Estudió navegación y mecánica marina en el CETI de Veracruz, siguió trabajando en El Rey del Golfo los fines de semana y durante las vacaciones, y con el tiempo fue acumulando la experiencia y los certificados que un día le permitirían tener su propio barco, lo cual era lo que había querido desde que era niño en Alvarado y que había aprendido, trabajando con Onésimo, que querer algo y lograrlo requería exactamente el tipo de paciencia que el viejo Eleazar había intentado enseñarle aquella noche en el muelle cuando le habló de la prisa y de cómo la prisa arruinaba las cosas. No siempre. Pero suficientemente seguido como para que valiera la pena recordarlo.

Celia Mondragón siguió siendo la dueña de la cantina del malecón, siguió rechazando los intentos de Onésimo de invitarla a cenar con una constancia que en otro contexto habría sido crueldad y que en este era simplemente la forma en que ella quería que fuera, y siguió siendo la persona en quien Onésimo depositaba la información que importaba antes de depositarla en ningún otro lugar, lo cual era una forma de confianza que ninguno de los dos habría llamado con ese nombre pero que era exactamente eso. En algún momento del segundo año después del hallazgo, en una noche de octubre que tenía el tipo de lluvia fina que vuelve inevitable quedarse donde uno está, aceptó la cena. No hubo gran declaración ni escena de revelación ni ninguno de los recursos narrativos que las historias de amor suelen usar para marcar sus momentos decisivos. Simplemente aceptó, fueron al restaurante que había en el puerto con mantel de tela y que ninguno de los dos frecuentaba por razones opuestas, y hablaron durante tres horas de cosas que ya sabían el uno del otro y de algunas que no, y cuando salieron la lluvia había parado y el malecón olía a agua salada y tierra húmeda y noche, y Onésimo no dijo nada que pudiera arruinar el momento porque había aprendido en cuarenta años de mar cuándo el silencio era más útil que las palabras.

Mauro Barragán no volvió a Alvarado. Dos meses después de la noche del norte apareció en los registros de una operación de rescate submarino frente a las costas de Campeche con un barco diferente y documentación que sus abogados habían preparado cuidadosamente para evitar los problemas que había encontrado en el Golfo de Veracruz. No se sabía si lo que buscaba frente a Campeche era real o si era simplemente el siguiente punto de un mapa que alguien con su tipo de operación siempre tenía preparado para cuando un punto anterior no producía los resultados esperados. Lo que sí era cierto era que el Santa Catalina de Alejandría no le había dado nada, y que en las conversaciones que Onésimo tuvo con la doctora Fuentes durante la fase de excavación formal, el nombre de Barragán no volvió a aparecer con la urgencia que había tenido antes. Los hombres como Barragán no desaparecen: se mueven a donde el cálculo les resulta favorable, y el Golfo de Veracruz había dejado de serlo.

Onésimo Carreón Fuentes siguió siendo pescador. Siguió saliendo al Golfo con El Rey del Golfo, siguió comprando hielo fiado y discutiendo precios de camarón con compradores que seguían siendo avaros y siguió siendo la figura del malecón de Alvarado que había sido antes de que un pez feo y peludo apareciera en su cubierta para complicarle la vida de maneras que no habría podido anticipar ni habría pedido si se las hubieran ofrecido de antemano.

Lo que cambió en él era más visible que los cambios en los demás, no porque fuera mayor sino porque Onésimo era el tipo de hombre cuyas cosas internas siempre terminan haciéndose visibles de alguna manera, y la manera en que se hicieron visibles en este caso fue en la historia que contaba.

La contaba en la cantina de Celia, en el malecón, en los restaurantes de otros puertos donde llegaba de visita, y con el tiempo en el pequeño hotel boutique que inauguraron cuatro años después del hallazgo en una bahía tranquila del Pacífico mexicano donde los turistas extranjeros pagaban cantidades que habrían parecido absurdas en Alvarado por desayunar mirando el mar. El hotel era una idea de Matilde, financiado en parte por lo que habían recibido del reconocimiento oficial y en parte por un préstamo que Pepe negoció con una paciencia que era su versión del mismo oficio que Onésimo practicaba con las redes. Se llamaba El Licenciado, que era el nombre que Onésimo había insistido en poner y que Matilde había aceptado porque era correcto aunque ningún manual de mercadotecnia turística lo habría recomendado.

En El Licenciado, vestido con la camisa de lino blanco que nunca lograba llevar sin arrugar después de la primera hora, con la piel del color de la madera vieja y la voz todavía capaz de llenar un espacio sin esfuerzo aparente, Onésimo contaba la historia del pez. La contaba a turistas que habían pagado suficiente para tener derecho a escuchar buenas historias después de cenar, y la contaba con todas las exageraciones que la historia merecía y algunas que no merecía pero que la mejoraban sin traicionarla, y

los turistas reían cuando el Licenciado Calderilla abría y cerraba la boca por primera vez en la cubierta del camaronero y reían más cuando Onésimo describía el apodo y la cara del presidente municipal y reían todavía más cuando llegaban a las partes que habría sido imposible inventar porque eran exactamente del tipo de cosas que la realidad produce con una falta de consideración para la verosimilitud que ningún novelista se permitiría.

Nunca contaba todo. Dejaba fuera los nombres exactos de algunas personas, las coordenadas que la doctora Fuentes le había pedido que no divulgara hasta que la excavación estuviera completa, ciertas noches de miedo que pertenecían únicamente a quienes las habían vivido, y el contenido exacto de la conversación con Barragán desde los dos barcos en la noche del norte, que era suya y de nadie más.

Pero cuando los turistas reían imaginando al Licenciado Calderilla en su cubeta azul con su expresión de burócrata indignado, Onésimo miraba a veces hacia el horizonte donde el Pacífico terminaba en una línea que desde esa terraza parecía más cerca de lo que era, y pensaba en el Golfo de México que había dejado de ser el mar de su trabajo para convertirse en algo diferente que no tenía nombre exacto pero que tenía la forma de un lugar donde algo había ocurrido que él nunca había buscado y que no había podido rechazar cuando llegó.

Y levantaba su copa.

Por las barbas de Neptuno —decía, con voz ronca y sonrisa de hombre que ha vivido suficiente como para saber que las mejores historias son las que uno no planeó vivir— por el Licenciado Calderilla, que era feo y malhumorado y caminaba en la cubierta de mi barco con una dignidad que ningún político de carne y hueso ha conseguido todavía. Por Pepe, que calculó los riesgos y vino de todas formas. Por Matilde, que llevaba cuatro años con un documento sin contexto y tuvo la paciencia de esperar el contexto. Por Tofico, que aprendió a callar en el momento correcto, que es la habilidad más difícil que existe. Por Celia, que siempre supo más de lo que dijo y dijo exactamente lo que era necesario. Y por el Golfo de México, que guarda todo lo que le cae sin pedir permiso ni dar explicaciones, y que de vez en cuando, cuando decide que algo ha estado suficientemente tiempo abajo, lo devuelve a la superficie por los medios que mejor le parecen, aunque esos medios sean un pez peludo y obstinado con una esmeralda en el estómago y un pescador con demasiada curiosidad para su propio bien.

Porque eso es el mar. No un tesoro. No un misterio. No un peligro ni una promesa. El mar es simplemente el lugar donde las cosas van cuando nadie las cuida, y donde esperan con más paciencia que cualquier ser vivo que haya decidido mirarle la cara.

Y cuando uno le mira la cara suficiente tiempo, el mar devuelve.

No siempre lo que uno esperaba. Pero siempre algo que valía la pena encontrar.